LEYENDAS

DEL

NORTE

A.T.V.
3149

Leyendas del Norte

N - 10481
R - 4695

A.T.V.
3143

Leyendas del Norte

POR

VICENTE DE ARANA

INSTITUCION SANCHO EL SABIO
OBRA SOCIAL
Caja de Ahorros de Vitoria

Autor de

DON LOPE DE MURÉLAGA,

ORO Y OROPEL, LOS ULTIMOS IBEROS,

JUAN ZURIA ETC. ETC.

Vitoria

IMPRENTA DE «LA ILUSTRACION»

1890

Prólogo.

No es empresa fácilmente hacedera el escribir el prólogo de una obra de la índole de la presente, que, por la naturaleza de los asuntos que comprende, se resiste á un análisis detenido y minucioso, y por la variedad de los mismos no puede someterse á un plan fijo y determinado, que permita al prologuista y al lector abarcar de un sólo golpe, y en ventaja de ambos, la esencia de su contenido, y las relaciones de la obra con la personalidad de su autor.

Están una y otro tan sumamente identificados y en tal manera compenetrados, que el espíritu de aquella revela hasta en los detalles, el carácter de éste, de suerte que parece que sólo Arana pudo haber escrito *Las Leyendas del Norte* y la empresa de escribirlas á él únicamente debiera estar encomendada.

De aquí que, para darse cuenta de lo que este libro es y significa, sea preciso conocer ántes al que lo escribió, con lo que nuestro trabajo será mucho más fácil y ahorraremos al lector el de la investigacion de las causas, de las tendencias y del trascendentalismo de todas y cada una de sus partes.

El que pretenda hallar en *Las Leyendas* y en las composiciones que las siguen y constituyen una de las partes del libro, inspiracion vigorosa, gallardía de formas, elegancias de diccion, y otras condiciones, que, si avaloran á veces las composiciones literarias, sirven otras para encubrir la vacuidad del fondo, se engañará de fijo; pero encontrará, sí, una fecundidad exhuberan-

te, una cultura admirable, y una magnitud de conocimientos generales y especiales, que son las dotes que distinguen y enaltecen al malogrado Vicente de Arana.

De él, pues, vamos á ocuparnos con anterioridad á la obra, tanto más, cuanto que de ella ha de juzgar el lector mismo y nuestra mision es sólo indicarle el camino, que nosotros ya hemos recorrido, y ponerle, por decirlo así, en comunicacion con el autor, lo cual consideramos de verdadera necesidad para la exactitud del juicio y la seguridad de la apreciacion.

No es la biografía, biología, ó historia de la vida de Arana lo que vamos á hacer; en otra época y en distinto lugar cupiera esto; es la relacion de todas sus obras, indicando en cada una, ó en cada série ó grupo, las diversas tendencias de su autor, la elaboracion gradual y paulatina de su especial genio y la progresion en la importancia de sus trabajos, que en los mismos vá revelándose, y que es conveniente hacer constar.

El autor de *Las Leyendas del Norte*, cosmopolita por la universalidad de sus cono-

cimientos literarios y por la posesion y dominio de diferentes idiomas, era vascongado de raza, de nacimiento y de corazon.

Nacido en el corazon de Vizcaya, era digno, por muchos conceptos,—laudables y honrosísimos todos,—de ser conocido de la generacion actual, sobre todo, de los que, llevados de sus aficiones literarias, han seguido con interés y paso á paso, el movimiento intelectual, el progreso social y los adelantos materiales del país vasco-navarro, en lo que vá de siglo, y conceden su atencion á las manifestaciones del desenvolvimiento de las ideas, en todos los órdenes.

Sucede en el literario, que pocas veces los que á las bellas letras tributan culto fervoroso, alcanzan fama igual, siendo unos popularísimos en la provincia ó region en que sus lucubraciones se manifiestan y apenas son conocidos más allá de los límites naturales de aquellas, al paso que otros, pasan desapercibidos para sus paisanos, que casi no se dan cuenta de que entre ellos vive y alienta y escribe un escritor ó

un poeta, y en cambio la fama se encarga de pregonar sus méritos fuera de su país ó de su pátria, siendo más estimado de los extraños que de los propios y más conocido fuera que dentro de casa.

Algo de esto le ha pasado al escritor que nos proponemos biografiar, el que, si bien es ventajosamente conocido por sus valiosos trabajos en la region vasco-navarra, y en el resto de España lo bastante para gozar en el concepto de las personas entendidas que de estas cosas se ocupan, reputacion de excelente prosista, facil novelador y original poeta y leyendista, profundo conocedor de las literaturas extranjeras, discreto narrador de tradiciones de otros paises, familiarizado con los idiomas europeos y de perspícuo conocedor de los lugares y hechos que en sus obras describe, lo es mucho más fuera de España, hallándose relacionado con insignes literatos extranjeros, que de sus obras han tratado y con Academias y otros centros literarios, que le contaban entre sus más asíduos y estimados cooperadores.

Desde muy jóven demostró grandísima aficion y no ordinarias aptitudes para los estudios y trabajos literarios, en especial, los lingüísticos é históricos, y así en sus primeros años escribió una porcion de composiciones sérias y jocosas en prosa y verso, y las publicó en un libro titulado *Ramillete de flores cogidas en el Parnaso*. Pero Arana que no ignoraba lo poco que el libro valía, no lo firmó, poniendo en lugar de su nombre un pseudómino anagramático.

El libro, como obra de un muchacho de diecisiete años, valía muy poco; con todo, Trueba creyó ver en él algo bueno, puesto que, en carta que el autor conserva, le decia, refiriéndose á una composicion del libro:—«El que ha escrito la *Convocacion á Juntas* puede glorificar á Vizcaya con inmortales cantos, si estudia y trabaja con constancia y con fé.»

Otra persona muy competente (D. Camilo de Villavaso) ha dicho hablando de aquel libro que *desbordan en él la espontaneidad, el entusiasmo, y los brotes vigorosos de un ingenio brillante.*

Por la misma época en que vió la luz el mencionado *Ramillete*, Vicente colaboró en los diarios políticos *Iruracbat* y *Eco de Bilbao* y más asiduamente en el semanario satírico *El Ganorabazo*, que él sólo escribía casi por completo. Entónces escribió tambien los primeros capítulos de la novela vizcaína *Don Lope de Murélaga*, que carece de importancia, relativamente á otros trabajos de la misma época.

Al mismo tiempo no descuidaba Vicente el estudio de la lengua inglesa. Para perfeccionarse en la pronunciacion, única dificultad que ofrece este rico, expresivo y bellísimo idioma, emprendió una série de lecturas de los poetas, bajo la direccion del distinguido, anticuario y filólogo Mr. Curt. Ejercitábase tambien Vicente en escribir en inglés, traduciendo á esta lengua muchos capítulos del *Lazarillo de Tormes, El Gran Tacaño* y otras obras españolas y francesas no ménos difíciles de traducir.

Pasó Arana su juventud entregado á estudios sérios, relacionados con la profesion á que pensaba consagrarse, pero sus

aficiones literarias volvieron á manifestarse. Hizo, en prosa castellana, la traduccion del lindísimo poema *Enoch Arden*, del gran poeta inglés Tennyson, traduccion que fué muy elogiada y que se publicó primero en el folletin del *Irurac-bat*, luego en la *Ilustracion Española* y *Americana*, y por tercera vez en el libro titulado *Oro y Oropel*.

Despues, estando en Burdeos, entre otros trabajos literarios compuso el poema *El brevaje maravilloso*, que segun muchas y muy competentes personas es la obra más perfecta y delicada que ha brotado de su pluma, en cuya opinion abundamos nosotros.

Más tarde, vertió en prosa castellana, el bellísimo poema del poeta norte-americano Longfellow. Dicha traduccion vió la luz en el *Iruracbat* de Bilbao y en *El Bazar de Madrid*, y más tarde en lo obra titulada *Oro y Oropel*.

En 1876 hizo in primir en Bilbao, su obra titulada *Oro y Oropel*, compuesta de trabajos originales y traducciones, de los cuales llamaba *oro* á los segundos y *oropel* á los

primeros. Los trabajos originales eran las leyendas en prosa *Brenda de Kolbein* y la *Rosa de Ispaster*, el ya citado poema *El brevaje maravilloso*, el cuento *Don Trifon XIV* y una coleccion de poesías. Las traduciones eran el admirable poema *Enoch Arden* del gran poeta inglés Tennyson, otros dos poemas del mismo autor, el no ménos bello *Evangelina* del príncipe de los poetas norte-americanos, Longfellow, varias leyendas vasco francesas de Michel, una leyenda alemana de Mosen y una fábula del italiano Bertola. El libro fué muy elogiado por toda la prensa y por los críticos más eminentes, entre ellos Hartzenbusch, Revilla, Miquel y Pacheco.

En 1882 publicó *Los últimos iberos* que es la más importante, y la más caracterísca de sus obras. Esta obra fué extraordinariamente elogiada, no sólo por toda la prensa española sino tambien por muchos de los principales órganos extranjeros.

Algunas partes de la obra citada fueron pronto traducidas al vascuence, y de Francia, Alemania Inglaterra, y Portugal se pi-

dió á Vicente permiso para traducirla á los respectivos idiomas. Además, algunos eminentes literatos de Alemania solicitaron su colaboracion en la gran Revista internacional de Leipzipg titulada *Auf der Höhe* en la que figuraban las primeras firmas de Europa. Correspondiendo á aquella honrosa invitacion, Vicente escribió para aquella Revista una leyenda histórica en prosa y un estudio crítico sobre la vida y obras de su poeta favorito, el gran Tennyson.

Ha escrito un sin número de poesías y artículos, originales y traducidos, cuya relacion sería interminable, habiendo sido traducidas muchas de sus obras á diferentes idiomas.

Arana ha colaborado, más ó ménos asiduamente, en la *Revista Europea*, la *Revista Contemporánea* y la *Moda Elegante*, de Madrid: el *Eco de Bilbao* el *Correo Vascongado*, el *Ibaizábal* y la hoja literaria de *El Noticiero Bilbaino;* la *Euskalerría* de S. Sebastian; la *Revista Euskara* de Pamplona; la *Revista de Vizcaya*, y otras publicaciones que sería prolijo enumerar.

Meditaba Vicente dará luz un *método práctico*, por medio del cual se puediera aprender á hablar y escribir el vascuence en seis meses, cuando le sorprendió la muerte, dejando con ella un vacío imposible de llenar.

Digásenos si, esta fecundidad y la inconcebible variedad de los trabajos de Arana, no hacen á éste acreedor al respeto y admiracion de sus coetáneos y á que su nombre sea respetado y querido en la tierra euskara, á la cual honró y enalteció, consagrándola las primicias de su talento, y si pecamos de exajerados al calificarle de uno de los más exímios y excelentes poetas vascongados y escritor prosista atildado, correcto y entendido.

Su modo literario, su idiosincrasia como escritor, pueden consignarse en los siguientes rasgos.

Reposado, como quien está seguro de lo que hace y dice; dado al contraste simétrico y relevante; descriptivo, como conocedor de la topografía de los lugares y del carácter y pasiones de los personajes que pinta; efectista, como quien sabe lo que

influyen en el ánimo las impresiones súbi-- tas é inesperadas; amante de la verdad, que no está divorciada del arte, sentimental, á veces, á ratos enérgico y severo, segun el tono y el asunto de la obra; sóbrio, sin descuidar los detalles pertinentes y necesarios al conjunto de la composicion; idealista en la concepcion y práctico en la ejecucion; sencillo, sin afectaciones; creyente, idólatra de la libertad, patriota, filósofo y moralista; este es Arana en sus obras y este era en el trato social y familiar, pudiendo decir que aquellas son el trasunto y reflejo del alma de aquél.

Y Arana, que era todo un poeta de originalidad propia, tenía otro mérito de no escasa valía: era traductor de buena ley; y decimos de buena ley, porque en este país, en donde contínuamente vemos traducciones inexactas, incorrectas, plagadas de barbaridades y modismos extranjeros, de obras insípidas, dramas inmorales, novelas sin fondo ni aplicacion, hechas con tan poco gusto y acierto, con tal desconocimiento de la lengua que se traduce como de la á que se ha-

ce la version, por fuerza ha de parecernos *Arana* de buena y aún de excelente ley, que, dotado de verdadero gusto é indisputable suficiencia, dá á conocer una obra notable por su belleza, haciéndola pasar á nuestra lengua con todo su mérito, con todos sus encantos y su colorido local, con tal esmero y correccion que prueba conocer á fondo las lenguas que traduce y su respectiva literatura, teniendo la singularidad de haber sido el primero en dar á conocer determinadas obras que en el país vasco á todos nos interesan, porque el que no ha sido héroe de alguna semejante, tiene tal hermano ó compañero, que allá en la barriada hermosa que hace frente al sol, ó en el caserío del alto blanco que parece una paloma que se eleva por los aires, ha hecho sufrir á una *nescatilla* fresca y alegre ciertas penitas que ponían sus ojos tristes y llorosos y su alma tan destrozada que la pobre moría por el amargor de la indiferencia ó del desprecio.

Este es el autor; veamos ahora la obra.

Aunque después de leido lo que dejamos

apuntado, baste una simple lectura para juzgar, aunque no profundamente, de su carácter y méritos, vamos á hacer una brevísima reseña de la misma. Dieciocho leyendas y cincuenta y cinco composiciones sueltas, contiene el libro del Sr. Arana, á más de un Preludio, Dedicatoria, Exposicion é Invocacion, algunas de las cuales son imitaciones y traducciones del vascuence, del inglés, del alemán y del portugués, á cuyos idiomas se han vertido muchas composiciones y trabajos originales del Sr. Arana. Las leyendas están todas escritas en verso libre endecasílabo lo cual, si dá monotonía y algo de aridez á la forma, presta al lenguage aquella sencillez y concision que impiden las trabas de la rima. Todas están en forma narrativa, excepto la titulada *La Cautiva*, en la que el autor adoptó la forma dramática, esquivando las descripciones y las digresiones sentenciosas propias de aquella. Los asuntos están tomados de la historia y tradiciones de la Escandinavia, y se ajustan perfectamente á lo que aquella nos ha trasmitido

respecto á épocas, lugares, acontecimientos, y personages que les dieron causa ó en ellos tomaron parte, revelando el poeta un profundo conocimiento de la materia que trata y un discernimiento especial para elegir los momentos y las situaciones más culminantes y presentarlas de suerte que causen en el ánimo más profunda impresion y le muevan á sentir y pensar como el poeta se propone, lo cual consigue casi siempre, no obstante la severidad del estilo, que es de lo más clásico, y la elevacion que á veces toma el lenguage, correcto y atildado como pocos, aunque vulgar y casi trivial en ocasiones en que la nobleza ó sublimidad del asunto parecía exigir mayor elegancia.

El conjunto de estas leyendas constituye una página de la historia de Suecia y Noruega que, en los archivos y bibliotecas, en los anales y crónicas y en las consejas populares de aquellos pueblos tan poco conocidos, ha reunido Don Vicente Arana, dándoles la forma más adecuada y presentándolas como el fruto de sus expediciones por aquellos países y del estudio de su ca-

rácter, costumbres usos y tradiciones, á las cuales ha dado el nombre, que tan bien les encaja, de *Leyendas del Norte*.

En ellas no se revela la personalidad del autor, si no es en el prurito de la concision, en el desden á todo lo incidental y contingente, de suerte que puede asegurarse, sin que esto sea calificar de desnuda la forma, que es la esencia de los asuntos la que con brevedad estremada, no desprovista de algunas galas, lo que contienen todas y cada una de las *Leyendas*.

Con el nombre de *Poesias Sueltas*, tiene el libro de que nos ocupamos hasta cincuenta y cinco composiciones, en variedad de metros, casi todas en asonante y en diversidad de estilos y tonos, desde el elegíaco al humorístico, y con multiplicidad de géneros y asuntos, desde el idilio y la égloga al epigrama y el apólogo; dedicatorias, apropósitos, romances, orientales, cuentos, anacreónticas, baladas, epístolas, episódios, nocturnos, doloras, canciones, leyendas, sonetos, epitafios humorísticos, etc, etc, en las que todas las materias están tratadas,

todos los sentimientos se hallan expresados; el amor, la amistad, la gratitud, el cariño, el afecto á la pátria, el culto de la libertad, el respeto á los muertos, la alegría, el pesar, los goces de la familia, los desengaños de la vida, en el tono más apropiado para cada asunto y con un lenguage, fácil y ameno, que seduce, cautiva y despierta y mantiene el interés.

En todos ellos el poeta aparece tal cual es, no como quiere presentársenos en el *Preludio* de la obra, en el que se muestra excéptico, pesimista, como herido por los desengaños y los dolores y presa del más desconsolador desencanto.

De todos modos, esta pequeña coleccion de poesías, en la que se vé al poeta pensar, sentir y razonar, bastaría para acreditarle de poeta, si no por la forma, por el fondo de las composiciones y los tonos que ha sabido imprimirlas.

Hemos terminado. El lector benévolo nos dispensará si su juicio, despues de leida la obra, no está del todo conforme con el nuestro, sincero y desapasionado; pero es

la verdad que Arana era un escritor y un poeta verdadero, que consagró sus esfuerzos y su poco comun talento á dar á conocer en nuestra pátria algunas joyas de las literaturas extranjeras y propagar, enaltecer y honrar la historia, las letras las instituciones, leyes y costumbres del país euskaro, que debe vanagloriarse y tener á mucho honor el contarle entre sus hijos ilustres y esclarecidos.

FERMIN HERRAN.

LEYENDAS DEL NORTE.

PRELUDIO.

¡Oh!, dejadme cantar! Bien sé que hay muchos
que desprecian la excelsa poesía;
que si posible fuérales, quemaran
los poemas de Homero y de Virgilio.
¿No saben ellos que el que cantor nace
por fuerza ha de cantar? Dirán en vano
al ruiseñor que permanezca mudo,
y á la alondra que grazne como el cuervo.
¡Oh!, dejadme cantar, que ese es el solo
consuelo de mi vida! Si no fuera
por cantar, há ya tiempo que yo habría
abandonado esta prision oscura
que riego con mis lágrimas ardientes.
Al despertar por la mañana, viendo
que otro dia tristísimo me aguarda,
digo:—«¿Por qué nací? ¿Qué horible crímen
cometí para enviarme á este planeta
de maldicion? Aquí maldad y lágrimas

sólo veo do quiera. ¿Cuándo, cuándo
podré dejar esta prision maldita?»
Y como el colorin, que prisionero
en su férrea jaula, con sus trinos
sus penas dulcifica, yo cantando
quiero mis penas aplacar. Dejadme
que cante, pues; tal vez otros que sufren
hallarán lenitivo á sus dolores
mis cantos repitiendo. Cantar quiero,
y cantando olvidar de los mortales
el destino misérrimo. ¿Hasta cuándo
sus penas durarán? ¿No habrá un terrible
sacudimiento que á la tierra estrelle
contra Saturno, Júpiter ó Marte,
y la convierta en polvo menudísimo?

LEYENDAS DEL NORTE.

DEDICATORIA

Á MI MUY QUERIDO AMIGO, PAISANO
Y COMPAÑERO EL INSPIRADÍSIMO POETA
VITORIANO DON JOSÉ DE ROURE.

¡Hermano amado, orgullo de Vasconia!
Acepta estas leyendas que te envío
en muestra de amistad, y plegue al cielo
que te agraden, José; pues si te agradan,
algo bueno habrá en ellas. Que no pueden
ser digna ofrenda para tí no dudo.
El ánade pesado va rozando
con sus alas los juncos de la ciénaga,
y el águila caudal las altas nubes.
Tú al gran Elcano y al heróico Oquendo
en versos hermosísimos cantaste.
¡Qué bellos cantos, Pepe! Otros mejores

nunca hubo en el Parnaso de Castilla.
¿Cómo, pues, un presente de tí digno
puedo yo hacerte, Roure, amigo caro?
Empero tú lo apreciarás, pues sabes
que el corazon y el alma en él te envío,
y que si más no vale, no es por falta
de voluntad. ¡Así el Señor me ayude!

* * *

Preguntarás por qué yo que otro tiempo
canté historias de Euskaria y los euskaros,
los héroes de Noruega canto ahora?
¡Ay hermano! Aquel arpa sacratísima
que Aitor me dió para cantar las glorias
de los euskaros, tristemente suena;
sólo quejas tristísimas producen
sus doloridas cuerdas, que hirió aleve
quien debió protejerlas cariñoso.
¿No te llevaron, caro amigo mio,
de Somorrostro férreo los ecos,
la horrible maldicion? ¡Ah! Desde entónces
Euskaria está de luto; sus doncellas,
tristes viudas parecen desoladas;
lloran los viejos y los mozos lloran;
y hasta el harpa de Aitor tan sonorosa,
sólo exhala tristísimos quejidos.
Por eso yo la cuelgo de una rama
del venerado roble de Guernica,

hasta que luzcan dias ménos negros.
Del mismo modo, Roure, en dia infausto,
del pueblo israelita los poetas
suspendieron el harpa en los llorosos
sáuces de Babilonia.
Mientras viene
la redencion ansiada, de otras razas
quiero cantar, pues temo la tristura
conmigo acabe si en mi pátria pienso.
Tú cariñoso acogerás mi canto.
A montones en él hallarás ripios,
mas fio en tu indulgencia, amigo Roure.
Bello sería el canto si lograse
de mi alma poner en él un poco;
algo de los tesoros de ternura
que el padecer horrible no ha logrado
agotar todavía.
Escucha ahora
las cosas que pasaron hace siglos,
del helado mar Artico en el borde.
Y si no quieres, Pepe, resfriarte,
pon tus guantes forrados, y de pieles
un buen abrigo; la Noruega es fria.
Yo estoy temblando ya, y me pongo un *ruso*
que estamos en Noruega, y en invierno.

EXPOSICION.

Canto del Norte los valientes hijos,
que en tierra son leones, y en los mares
son de sus enemigos el espanto,
y juegan con las ondas gigantescas,
dominando el fragor de sus bramidos
con risas y con gritos estentóreos.
Canto las bellas vírgenes, por quienes
mueren de amor los hombres y los dioses;
las vírgenes gallardas cual los pinos
que en los noruegos montes se cimbrean;
blancas más que la nieve, y coloradas
cual la temprana entreabierta rosa.
Es su boca de mieles. ¿Quién la vida
no diera por un beso de sus lábios?
Azules como el cielo son sus ojos,

y oro de lo más fino sus cabellos;
su voz es dulce cual celeste flauta;
y hay más lumbre en su espléndida sonrisa
que del sol en el disco fulgurante.
Canto el brazo de mar ancho y profundo,
que, cual queriendo señorear la tierra,
penetra por la ingente cortadura;
la costa acantilada que se mofa
del colérico èmbate de las aguas;
las verdes islas; las marinas aves
que pían tristemente; los bajeles
que en el mar hiperbóreo ráudos bogan
tropezando con témpanos de hielo,
Canto el loco torrente despeñado,
y el mansísimo rio de ancho cáuce;
la cascada gigante y fragorosa,
y el lago azul dormido en la montaña;
la risueña llanura, el ágrio monte,
el bosque umbrío, el peñascal desnudo.
De Escandinavia las deidades canto:
las fuerzas de Natura incontrastables,
que los hombres del Norte deificaron,
viendo en el Universo ilimitado
el sér que lleva en sí el fuego fecundo,
la poderosa llama genesiaca,
madre de cuanto vive y cuanto alienta,
de cuanto llena el mar, la tierra, el aire.
La tierra canto donde á la alta cumbre

le dá la nieve perennal diadema
de plata; donde suben hasta el cielo
los más derechos y robustos árboles
en que dejan oir sus armoniosos
cantos los ruiseñores y los mirlos;
donde habita una raza que á ninguna
en hermosura cede ni en nobleza.
La tierra canto donde más lozanas
y con más profusion, doquiera crecen
las campesinas flores olorosas;
donde soplan los vientos más terribles,
y las más dulces, deleitables brisas;
donde á la par se ven los más risueños
y los más imponentes panoramas;
y donde brilla el Sol á media noche.

INVOCACION.

¡Gigante Dios del Norte. Odin soberbio!
Para cantar la guerra y sus horrores
necesito tu ayuda. Que yo mire
tu vigoroso cuerpo revestido
de hierro, y tus desnudos brazos. Vea
yo tu feroz semblante; tu terrible
testa cubierta con la piel de foca,
tu luenga barba, la acerada pica
que maneja tu diestra tan nervuda,
y en tus hombros subidos tus leales
amigos, los dos cuervos carniceros
que doquiera te siguen porque aman
la matanza; y que tú sabroso pasto
tras el combate dás á su apetito.

Nada aman ellos tanto como el suelo
cubierto de cadáveres, y saben

que si contigo ván todos los dias
han de tener festin ¡oh Dios terrible
Pero para inspirarme tú no bastas,
pues no sólo es la guerra lo que canto.
Venga tambien el Dios de la dulzura;
el amable Forsete, que otro tiempo
en la «ínsula santa» (1) su altar tuvo.

Y como alguna vez será preciso
que del amor celebre los encantos,
venga tambien aquí con su hermosura
á inspirarme, la más bella Valkyria,
que en tu Valála (2)escancia á los valientes
el hidromiel dulcísimo en los cráneos
de guerreros vencidos. Su belleza
me inspirará sin duda. En otro tiempo
inspiracion pedí á las nueve hermanas
que su mansion en el Parnaso tienen.

Hoy no las necesito; fria y pobre
fuera su inspiracion para cantaros

(1) Forsete, dios de la dulzura y de la reconciliacion, tuvo su templo en Forsetisland, que es la actual isla de *Heligoland*. Este nombre equivale á *tierra santa*.

(2) El paraiso gótico se llama la Walhalla; pero me ha parecido conveniente dulcificar el nombre, ya que escribo para los españoles.

¡héroes del Norte! ¡vírgenes bellísimas
de ojos azules y cabellos de oro!
Quiero que Odin me inspire, y que
[me inspiren
Forsete, y de mis sueños la Valkyria.
Sólo así mis acentos serán dignos,
de los héroes del Norte, y de las vírgenes
que en belleza compiten con las diosas.

Comunícame, Odin, tu ardor guerrero;
envíame, Forsete, tu dulzura;
y tú, Valkyria de risueño rostro,
envíame palabras adecuadas
para cantar de amor goces y penas!
Yo cantaré del Norte las deidades,
y pondré á los helenos diosecillos
por escabel de Odin y de Forsete,
de Thor y de las célicas Valkyrias.
Fama os daré de inspiracion en cambio
Enviadme, pues, inspiracion, oh dioses
de la brumosa tierra escandinava,
de los mares helados, de las selvas
de gigantescos pinos y abedules!

De las Valkyrias el divino aliento
del Bóreas temple el soplo frigidísimo
que mi sangre en las venas helaría,
y ahogaría mi voz en la garganta,

¡Dioses del Septentrion! Vuestros loores
yo mientras viva cantaré, si ahora
no me negais la inspiracion que os pido.

¡Así siempre reineis en la Valála!
De vuestro excelso trono, que domina
á las nubes más altas, siempre, siempre
á los mundos guiad, que en el espacio
eternamente sin descanso ruedan.

HARALD

EL DE LOS CABELLOS DE ORO (1)

I

Mediaba del Señor el siglo nono,
tiempo en que aún Noruega no tenía
rey, sino muchos muchos reyezuelos,
que entre sí peleaban sin descanso,
sembrando en la comarca sangre y luto.
Pero llamarse *rey* nadie osó nunca,
contentándose todos con el título
más modesto, de *conde*. (2) Poseía

(1) Ó lo que es lo mismo «Herald Haarfagr,». que es como las antiguas crónicas de Noruega llaman á este famoso personaje. Pronúnciese «Járald».

(2) Se daban en realidad el título de «jarl»; pero como el vocablo es tan duro, no me he atrevido á usarlo. Además, creo que ese vocablo ha dado orígen á la palabra inglesa «earl», que equivale á «conde».

cada uno un pequeño territorio;
mas no á su antojo cual tiranos suelen
podía gobernar, que una asamblea
del pueblo, la comarca gobernaba.
Uno de aquestos belicosos condes
era Harald el rubio, *rizos de oro*,
apellidado así porque eran rubios
como el oro su barba y sus cabellos.
Harald era muy bravo; en los combates
nunca mostró un asomo de blandura;
pero su corazon no era insensible,
ni cerrado á las dulces emociones
del afecto más tierno y más profundo.
Que amar sabía este relato muestra.
El portento del Norte, la divina
Guida, era entónces astro brillantísimo,
que en el cielo noruego fulguraba
con no visto explendor. No fué la esposa
de Menelao tan bella, que otro tiempo
por su hermosura á Troya hundió en el
[polvo.
Ni la esposa de Arturo, (1) aunque tenida
por la mujer más bella de Occidente,
tan bella fué con mucho. Ni la jóven (2)

---

(1) La reina Ginebra ó Guinevere, á quien amó Lanzarote del Lago.

(2) La hija del conde D. Julian.

que al rey Rodrigo encadenó y la pérdida
fué del imperio gótico de España,
en beldad competir con Guida puede.
Harald la vió y la amó. No de otro modo
quien vé el Sol reconócelo al instante
por el más admirable de los astros
que sin descanso en el espacio giran.
Harald la amó, y sin ella pareciéndole
cárcel sombría el mundo, y la existencia
intolerable carga, un mensajero
decidió enviar á Guida.—«Nadie—dijo—
puede servirme en esta coyuntura
como mi amado Hawk, mi amigo noble,
de todos mis guerreros el más bravo.

II.

Ya parte Hawk. Miradle; muy pequeño
es su caballo, aunque en vigor grandísimo,
y si así continúa, en breves horas
á la mansion le llevará de Guida.
Y en efecto, así fué. Antes que la noche
con sus sombras la tierra ennegreciera,
vió Hawk sobre una roca la morada
de la bella sin par, del Norte orgullo.
Dominaba la roca el mar helado,
en el que descollaban cien islotes

de esmeralda. De unas á las otras
de aquellas islas las marinas aves
piando tristemente revolaban.
La mansion de la bella era de forma
piramidal, construida con maderas
de pino, de haya, de abedul y roble.
Más suntuosa morada tiene hoy dia
cualquiera mercachifle enriquecido,
que la mansion de Guida la orgullosa.
Hawk tañó el cuerno de oro que llevaba
para anunciar su arribo á la doncella,
y casi al mismo tiempo dos mancebos
del palacio salieron tan extraño.
Se acercaron á Hawk; llevóse el uno
su palafren, y el otro de la niña
á la mansion guió á Hawk el valiente.
En una estancia circular muy ancha
entraron; pero el guía salió pronto,
dejando sólo á Hawk. Y Hawk entónces
examinó la estancia. Alegre fuego
en medio de ella ardía, rodeado
de un círculo de altísimos sillones
de pino, entre ellos uno, aunque sin arte,
adornado á cincel con mil figuras
y caractéres rúnicos. Y este era
de todos los sillones el más alto.
Era el sillon de Guida. Pieles de osos,
de renos y de focas tapizaban

el suelo y las paredes. En el techo
una abertura circular veíase,
que daba paso al humo, y otras veces,
á través de una tapa trasparente,
á la luz daba paso. (1) Hawk no tuvo
que esperar largo rato, pues la bella
bien pronto apareció; con ligerísima
inclinacion correspondió á la grande
reverencia de Hawk. En el más alto
sillon como una reina tomó asiento.
¡Qué bella era la jóven! Odin mismo
sin sentirse morir no la mirára;
morir de amor, de admiracion, de asombro.
Poco más de tres lustros contaría;
mas era descollada su estatura,
su pecho levantado, las caderas
mostraban una curva tentadora,
y sus brazos, muy gruesos y torneados,
envidiaría Juno y tambien Vénus.
¡Qué bello era su rostro! Sus azules
ojos ¡qué dulces! ¡qué resplandecientes!

---

(1) La abertura circular de que aquí se habla la tenían en aquella época todas las casas de Noruega y por ella salía el humo del hogar. La tapa fué en un principio de madera, y sólo se colocaba durante el mal tiempo; despues se hizo de entrañas de animales.

¿Qué frente cual la suya? ¿Qué diadema
á sus cabellos de oro no envidiára?
¡Qué nariz! ¡qué barbilla! ¡oh Dios que labios
para besar formados! ¡Cual los lirios
y rosas, en su rostro combinándose,
forman conjunto encantador! La tierra
nunca vió criatura tan divina;
así es que Hawk la contemplaba absorto.
Habló la jóven; su divino acento
al bravo Hawk extremeció de júbilo.
—«Bien venido, señor, á esta morada,
de la risa mansion en otras lunas,
hoy mansion del dolor. ¿Quién sois amigo?»
—«Soy Hawk, hijo de Einar.»—«¿Quién
[os envía?»
—«El conde Harald de los rizos de oro,
hijo del noble Halfdan (1), por mal nombre
el negro apellidado.»—«¿Es el mensaje
que traeis importante?»—«Sí, doncella.»
—«Fatigado estareis; venís de lejos.
Sentáos un instante; haré que os sirvan
saludables viandas, y buen vino
del Mediodía. En un lecho muy blando
luego bien dormireis toda la noche,
y cuando el nuevo dia nos alumbre,
sin fatiga podreis comunicarme

---

(1) Pronúnciese «Jáfdan».

el mensaje del conde vuestro dueño.»
—«No quiera Odin altísima señora,
que yo bocado tome, ni me siente,
ni pruebe el vino; ménos aún que duerma;
sin cumplir mi mision. Escucha, Guida,
llamada la sin par, lucero fúlgido,
del Norte adorno, orgullo y regocijo.
Escucha: por mi boca te habla el conde.
Muy noble es mi señor, y como pocos
poderoso en Noruega. Un vasto estado
tiene á orillas del mar. Sus treinta naves,
las más gallardas que jamás se vieron,
el mar en todas direcciones surcan,
y hacen continuamente presas ricas.
No hay en el Norte un jóven más hermoso.
Alto de siete piés; cabello y barba
rubios cual oro, suaves y lustrosos;
fornido el cuerpo, y el semblante noble,
dulce y enérgico á la par. Las rubias
hijas del Norte con agrado míranle,
y codician su amor; más él adora
á Guida la preciosa, deslumbrante
estrella de Noruega, y sólo ansía
su corazon ganar, ganar su mano;
ser suyo y ella suya; hasta la muerte
consagrarse á servirla y adorarla.
Eso dice mi dueño. ¿Qué respuesta
he de darle, doncella?» Guida dijo

—¡Oh Hawk, hijo de Einar! Veo que á Guida
no conoces aún, ó no vinieses
con un mensaje tal. ¡Bien has pintado
á tu señor! Mas ¿puedo á un pobre conde
enlazarme? Como él hay en Noruega
treinta, cuarenta, ó más. Algo más alto
y más grande deseo. Escucha, escucha,
¡oh Hawk, hijo de Einar! Y mis palabras
á tu señor repite. Ya mi padre
y mi madre murieron. Doce hermanos
tuve, fornidos como tú, mas todos
en las guerras cayeron que sin tregua
á Noruega devastan. Ya no tengo
quien me aconseje; mas con todo, noble
respuesta quiero darte, como cumple
á la hija y hermana de valientes.
¡Escucha, hijo de Einar! El conde siga
de Egberto de Inglaterra el alto ejemplo;
á Gorm de Dinamarca, Eric de Suecia,
y otros valientes, por modelo tome.
Como ellos, á los régulos subyugue,
que con guerras sin fin, la desventura
labran de la comarca, y establezca
una sólida paz; rey se proclame,
y veré si escucharle puedo entónces,
veré si ser su esposa me conviene.
Hasta entónces respuesta dar no quiero.»
—»Tu respuesta me aflije, niña hermosa;

mas he de repetirla al noble conde
que á tí me envió. ¡Adios, pues; Odin te
[guarde!»
—»¡Oh, señor, descansad! En mi morada
la noche pasareis. ¿No veis qué obscuro
está ya? Cuando luzca el nuevo dia
podreis partir.»—»¡Oh no, noble doncella!
Perdonad que vuestra órden contraríe;
mas impaciente mi señor aguárdame,
y aún mejor que de dia vén mis ojos
en medio de las sombras de la noche.
Guerrero soy, y para mí las horas
iguales todas son, y si preciso
fuese, estuviera sin dormir diez meses,
y aun entónces con un ojo abierto
dormiría, que siempre el que es soldado
debe estar vigilante.»—»Mas siquiera
descansa un rato, y tu vigor restaura
con algunas viandas y con vino;
y si no quieres más, toma, suplícote,
un sorbo de hidromiel.»—»No; ni una gota.
La sed y el apetito, tu respuesta
me ha quitado, tan triste para el conde.
¡Guárdete Odin, que yo á Harald me
[vuelvo!»
—»¡El te acompañe, Hawk, de Einar re-
[toño!»

III

Grande impresion causó á Harald el conde
la respuesta de Guida.—»¡Bien, amigo!»—
dijo á Hawk.—»Razon tiene la doncella.
Tan sólo un rey una mujer merece
tan bella, de tan altos pensamientos.
¡Así Odin la bendiga! A Odin yo juro
la empresa realizar que ella señálame
cual digno objeto de ambicion. ¡Oh dioses
del Norte helado! Os juro por mi vida
subyugar á los condes, de Noruega
ser rey, y á la era dar principio
de paz y poderío y de ventura.
Y juro á Odin que hasta llevar á cabo
tal empresa, la barba y el cabello
he de dejar crecer; á Odin yo juro
que no los cortaré, ni con el peine
los tocaré jamás mientras no sea
de toda la comarca soberano.
A Guida mostraré que de ella digno
soy ¡por Odin! Mis armas bien prepara,
valiente Hawk. En breve nos pondremos
en campaña. Y el fiero dios del Norte
nos dará el vencimiento y la corona.

IV.

No fué vano del conde el fiero voto.
Guerra movió á los condes; uno á uno
fuéles venciendo, y á los doce años,
dueño viéndose ya de la comarca,
rey de Noruega declaróse, y luego
fué coronado con no vista pompa,
y fijó en Alrekstad su residencia.
¡Qué barba y qué cabellos el buen conde
su gran empresa al terminar tenía!
No hay selva tan espesa en todo el mundo,
ni tan enmarañada. Ya cumplido
el voto, pensó Harald que era tiempo
el cabello y la barba de cortarse,
pues aunque de oro eran, gran molestia
le daban, y calor en el verano.
Llamó á Rognwald de More, el más valiente,
tambien el más querido, de los condes
que había subyugado.—«Conde—díjole—
córtame los cabellos y la barba,
que ya casi de lunas ciento y medio
cuentan.» Y entónces el valiente Rognwald
de barbero el oficio tan sublime
hizo á satisfaccion del rey su amo.

Y ya afeitado, mozo más garrido
que el rey Harald no había en todo el
[Norte

Empero Harald quiso que la barba
y el cabello crecieran unos dias
antes de presentarse á la doncella
de sus sueños; á Guida la adorable
de Escandinavia lumbre esplendorosa

V.

En el mismo aposento en que á la jóven
vió Hawk, hijo de Einar, el rey hallóla,
en el sillon sentada como reina.
Ella al verle se alzó, y él de hinojos
prostrándose, habló así:¡-Oh Guida, Guida!
¡Bella sin par! ¡Del Septentrion orgullo!
Mira á Harald el conde aquí á tus plantas,
trocado en rey por tu belleza. ¿Quiéres
ser reina, amada mia, y en mi pecho
y en Noruega reinar?»—Alzate, príncipe,
y bésame en la frente. Por esposo
te acepto, Eres magnánimo, y mereces
todo el amor de Guida la orgullosa.»
Dijo Guida, y alzándose el monarca,
estrechóle en sus brazos con ternura,
y en su frente de diosa estampó un beso.

EL CONDE INGOLFO. (1)

De los condes noruegos que el rey Harald
venció, era el más ilustre el noble Ingolfo.
Si quereis escucharme, una aventura
suya os he de contar, que junto al fuego,
de Navidad en noche frigidísima,
un anciano narróme, de cien años,
en la lengua del norte misteriosa.

I

Pensaba Ingolfo en la cruel fortuna
que hizo que el rey Harald le venciese

---

(1) El viaje de que se habla en esta leyenda se realizó antes de la conquista de Islandia por el rey Harald.

y le quitara todos sus estados;
pero pensaba más en una jóven
bellísima cual pocas, á quien viera
partir en un navío para Islandia.
¡Cuánto á las aves envidiaba Ingolfo,
que de un vuelo llegaban á la fria,
á la helada Thulé! (1) Si alas tuviese,
bien pronto pisaría el conde Ingolfo
las playas de aquella ínsula remota.
Pero ¿qué hacer allí, si no sabía
el nombre de la jóven é ignoraba
donde tenía su mansion? Extensa
es la vieja Thulé. ¿Hácia que lado
buscaría á la jóven? No era fácil
volverla á ver; mejor era olvidarla.

II

Pero olvidarla no queria Ingolfo,
y si hubiese querido no pudiera.
Decidió, pues, buscarla, y el verano
para Islandia partió. Yo de su viaje
no diré una palabra, que el mareo
por mí temo y tambien por las lectoras.
A más que de ese modo evitaremos

---

(1) Nombre antíguo de Islandia.

el pasaje pagar, y socaliñas
que en viajes no faltan casi nunca.
Ingolfo saltó en tierra; á la ventura
por los campos vagó.
Mas quiso el hado
que á la puerta llegára de una casa
en la que celebrábase un banquete,
un banquete de bodas, segun díjole
un servidor que de la gran vivienda
estaba en el umbral. «-Entrad, os ruego,»—
aquel hombre añadió,—«Mi señor quiere
que no pase ni un sólo caminante
que no asista al festin, y que no beba
á la salud del novio, y de la novia,
que es la más bella jóven de Noruega.»
—«¿De Noruega decís?»—exclamó Ingolfo,
y en el salon entró. Allí cien personas,
sentadas á la mesa, alegremente
la boda celebraban, mil manjares
sabrosos devorando, y con delicia
apurando las cuernas que el copero
de aquel licor henchía generoso
que del Rhin dan las cepas tan preciadas.
En lugar preferente allí veíanse
uno al lado del otro los casados;
él era el conde Osborn, guerrero rudo,
de barba gris y de mirada torva;
ella una doncellita de quince años,

más hermosa que el sol y que la luna.
¿Cuál quedaría Ingolfo que en la jóven
reconoció á la hermosa que adoraba?
Disimuló con todo, y tomó asiento,
y sin ganas comió, y bebió sin ganas.
Un anciano que Ingolfo á la derecha
tenía, le contó la triste historia
de la novia, de Güerda la divina,
que así en Islandia la llamaban todos.
Al darla á luz murió su pobre madre;
y hacía pocos meses que la jóven
de Noruega llegó á cerrar los ojos
á su adorado padre moribundo.
Osborn, que era pariente del finado,
fué nombrado tutor de la doncella;
y aunque ésta aborrecíale, el infame,
tentado por su angélica hermosura,
y sus grandes riquezas, se casaba
con la niña infeliz. Tal fué la historia
que al conde Ingolfo refirió el buen viejo
añadiendo que todos los presentes
al banquete vinieron por la jóven,
á quien amaban mucho. Por el novio
nadie venido hubiera; en toda Islandia
hombre no había tan brutal y odiado.

III

Se animaba el banquete. Una matrona
pidió á la novia una cancion, y todos
la súplica apoyaron. La doncella
tuvo, pues, que cantar. De mejor gana
llorado hubiera la infeliz. Su canto
pongo aquí. ¡Plegue al cielo que pudiese
su hermosa voz poner, tan dulce y triste!

—

LA CANCION DE GUERDA.

Envidia me tienen las hijas de Islandia;
que soy bella y rica que dicen ya sé;
mas si conociesen mi pena extremada,
dirían que es Guerda la mas desgraciada
niña de Thulé.

—

Madre nunca tuve; besos maternales,
maternal cariño, lo que son no sé;
no como vosotras tuve yo en la vida
una compañera amante y querida,
hijas de Thulé.

—

Lo que es verá un padre amado espirando
lo que es verse sóla por desgracia sé;
dichosas vosotras sino habeis perdido
en edad temprana un padre querido,
hijas de Thulé.

—

La muerte y el luto y el llanto sin tregua,
desde pequeñita lo que son bien sé;
y aunque el mar anchísimo se hubiera secado
Guerda con sus lágrimas lo hubiera llenado,
hijas de Thulé.

—

El dulce contento, los juegos alegres,
la paz y la dicha lo que son no sé;
¿mas podeis vosotras decir otro tanto,
ni sentisteis nunca tan fiero quebranto,
hijas de Thulé?

—

Lo que es el morirse, lo que hay tras [la tumba,
si los muertos sufren y lloran no sé;
¿más quién como Guerda, la muerte tan fea
aguarda con ánsia, con ánsia desea,
hijas de Thulé?

—

Así cantó la niña. Sus sollozos
la última estrofa ahogaron. Los presentes

tambien llorado hubieran, mas temían
al fiero novio, y su emocion profunda
trataron de ocultar. Mas no pudieron
dejar de verter lágrimas, las muchas
hermosísimas niñas que allí estaban,
de la isla helada ornato. Osborn se puso
en pié, y con una voz atronadora,
de este modo cantó, segun refieren:

—

LA CANCION DEL DESPOSADO.

¡Linda cancion para una desposada!
¡Linda cancion á fé!
Si debo yo cantar del mismo modo,
os juro que no sé.

—

Lo que quieren decir esas palabras,
los gemidos tambien,
y esas lágrimas tan inoportunas,
os juro que ya sé.

—

Decid ¿qué debo hacer en este trance
con mi hermosa mujer?
¿Hacer que ria ó permitir que llore?
Os juro que no sé.

—

Que yo el esposo soy de esta doncella,
y su señor tambien,
y que tiene que hacer lo que yo ordene,
os juro que ya sé.

—

Tan odiosas palabras irritaron
á todos los presentes. ¡Ay del novio
si en el instante mismo álguien se hubiese
lanzado sobre él! Todos siguiéranle,
y en un momento Guerda la preciosa
sin dejar de ser vírgen fuera viuda.
Todos allí tenían sus espadas,
y sus hachas de guerra formidables;
que nadie desarmado en aquel tiempo
osaba andar.

La cólera de Ingolfo
en su rostro leíase. Se puso
en pié y cantó con furia estas estrofas:

—

LA CANCION DE INGOLFO.

Mal caballero es quien así se expresa,
mal caballero á fé;
que con su sangre mi hacha de batalla
he de manchar ya sé.

—

Si en toda Islandia ó en el mundo todo
tan preciosa mujer
como la bella Guerda habrá una sóla,
os juro que no sé.

—

Mas que de una doncella tan hermosa,
de tan supremo bien,
no es digno el hombre rudo que es su esposo,
os juró que ya sé.

—

Alcese Osborn si es que no tiene miedo,
póngase pronto en pié,
que ansioso estoy de derribar la fiera,
vergüenza de Thulé.

—

Calló Ingolfo, y el hacha de batalla
enarbolando, al novio dirigióse.
La muerte en su mirada se leía.
Osborn furioso, como un tigre herido
de su asiento saltó. Con las dos manos
su espadon empuñaba.
Poco tiempo
duró el combate. Ingolfo con dos golpes
de su hacha de batalla, las muñecas
cortó al novio infeliz, cayendo al suelo
el pesado espadon, y las sangrientas
horribles manos. El valiente Ingolfo

á Osborn dió un tercer golpe, separando
del tronco su cabeza de bandido.
Un grito de alegría los presentes
lanzaron; pero Ingolfo arrojó el hacha,
y á los piés de la novia arrodillóse.
—«Libre sois, bella niña,—dijo el conde;—
el que su esclava os hizo ya se encuentra
en el Nifleim (1) de allí no saldrá nunca
Yo os amo, bella niña. De Noruega
sólo por veros vine. Por esclavo
ó por esposo recibidme ¡oh Guerda!
si no quereis que muera á vuestras plantas.
Y vuestras plantas permitid que bese
en muestra de perpétuo vasallaje.»
—«¡Alzáos, conde! Por marido os tomo.
Besadme no en los piés, en las mejillas.»

(1) Nombre del infierno en la mitología escadinava.

ROLF EL ANDARIN.

I

Era en aquellos tiempos memorables
en que los bravos hijos de Noruega,
con poseer su tierra no contentos
colonias famosísimas fundaron,
extendiendo su fama en todo el Norte.
La helada Islandia (1), las de Orkney, las
[Hébridas,
las de Shetland, Feroe y otras muchas
islas poblaron. Pero más famoso
fué su establecimiento en Normandía,
del que ahora voy á hablar. Había entónces
en la Noruega, tierra de piratas,
uno como muy pocos atrevido.

---

(1) Este nombre equivale á *tierra del hielo*.

Rolf (1) hijo de Rögnwald (2), aquel valiente
que al rey Harald cortó barba y cabello (3).
Rolf era alto, muy alto y muy membrudo;
por eso en las frecuentes excursiones
que tierra adentro hacía, los caballos
de Noruega, aunque fuertes pequeñísimos,
no podían llevarle, y á pié siempre
tenía que viajar. Y era tan grande
su agilidad, tan largas las trancadas
que daba el bravo Rolf, que en todo el reino
el *andarin* llamábanle. En Noruega
su renombre subsiste todavía.
Algunas veces en extrañas tierras
halló caballos que su peso enorme
podían soportar: más la estatura
del corsario era tal, que por muy alto
que su caballo fuese, siempre al suelo
llegaba con los piés. Por eso siempre

---

(1) Los historiadores meridionales, que siempre desfiguran los nombres del Norte, llaman á este héroe *Radholf*, *Rodolfo*, y más frecuentemente *Rollon*; del mismo modo que á su contemporáneo el rey *Harald* llaman indebidamente *Harold*.

(2) Reinaldo.

(3) Como se refiere en la primera leyenda de la coleccion.

andaba Rolf á pié, y los que veíanle
de su asombrosa agilidad pasmábanse.
El bravo Rolf las tres islas de Vigten
poseía, que aún hoy así se nombran,
algo al Norte situadas del llamado
golfo de Folden. En aquellas ínsulas
el bravo Rolf sus barcos reparaba;
de ellas salía á recorrer los mares
para volver cargado de despojos.
El noble Rolf, como un hermano, cuentan
que amaba al bravo Ulf, hijo de Liffey,
incansable pirata, que robando
en los mares juntó tesoro inmenso (1)
Ulf Liffeysón (2) tenía una hija hermosa,
de rostro sonrosado; y de cabello
castaño, sin igual en todo el Norte.
Amóla Rolf y la pidió á su padre;

---

(1) En aquel tiempo y en aquel país considerábase muy honroso el ejercicio de la piratería, que era la única carrera abierta á los jóvenes de familias nobles. Los poetas del Norte celebran las hazañas de los piratas, les llaman *Reyes del mar*, y los consideran como héroes y no como bandidos.

(2) *Liffeysón* equivale á *hijo de Liffey*. Así en muchos casos, se formaban los apellidos en el Norte.

más Ulf el opulento, que sin duda
criaba á Minna para ser princesa,
se la negó, aunque en términos corteses.
Ulf Liffeysón decía que su hija
era muy niña aún, y al matrimonio
adversa siempre fué. Quedó muy triste,
triste en extremo Rolf, que la adoraba;
mas trató de calmar su sentimiento,
con más ardor que nunca consagrándose
á sembrar en los mares el espanto,
y amontonar innúmeras riquezas.

II

Mas tuvo un contratiempo. Cierta noche,
sin víveres hallándose sus buques,
de Noruega en la costa saltó el bravo
Rolf, con una partida de los suyos;
y de muchos ganados, por la fuerza
se apoderó, á sus buques conduciéndolos.
Esto irritó al rey Harald, que quería
que sus súbditos sólo en tierra extraña
tales actos piráticos hiciesen.
El rey tenía sin igual afecto
á los piratas que extranjeras costas
pillaban, y por eso su propio hijo
primogénito Eric (1), el que más tarde

(1) Apellidado *Hacha sangrienta.*

en Noruega reinó, desde los doce
años pirata fué. Pero irritado
Harald, porque un Noruego osado habia
en Noruega robar, á Rolf el bravo
sin tregua persiguió. Y Rolf entónces
sus naves aprestó, juntó buen número
de marinos sin par y de valientes,
y se lanzó á la mar. Odin guiábale,
y Thor con su martillo ponderoso
empujaba las naves hácia donde
el sol se oculta al espirar el dia.

III

Mientras que Rolf el ancho mar surcaba,
tras qué destino ya veremos luego,
su anciana madre, que le amaba mucho,
á los piés se arrojó del soberano,
rogándole que á su hijo perdonase,
y volver á Noruega le dejara.
Implacable fué el rey, y de la viuda
escuchó los sollozos insensible.
Irritada la anciana, en pié poniéndose,
así le apostrofó:—¡Oh rey! Arrojas
como enemigo de tu reino á un hombre
de exclarecida extirpe; lo que digo
escucha, y nunca olvides. Arriesgado

es atacar al lobo. Si se irrita,
en los rebaños que en la selva pastan
desahogará su rabia. Vive alerta.

IV. (1)

El andarin enderezó las naves
á las playas de Francia; con los suyos
desembarcó en la costa del Noroeste,
y conquistó un extenso territorio
llamado desde entónces *Normandía* (2)
que equivale á *morada de los hombres del Septentrion*.

Reinaba en aquel tiempo
en Francia *el simple* Cárlos, de la raza
del *Magno* emperador del nombre mismo.
Pero éste no era *Magno*, sino *Simple*.
Si heredó de su abuelo la corona,

---

(1) El acontecimiento que aquí se relata lo ponen en 912 Hénault, Munch y otros. *La Crónica Sajona* dice, hablando del año del Señor, 876: «En este año Rolf recorrió la Normandía con su ejército, y reinó en ella cincuenta inviernos.»

(2) No falta quien diga que aquel territorio llevaba ya ese nombre ántes de la irrupcion de Rolf y sus noruegos.

con ella no heredó las altas prendas
de aquel monarca, orgullo de Occidente.
Rolf obligó al rey Cárlos á que en feudo
la Normandía entera le donase,
que él conquistó, y que ya no soltaría.
Como señor feudal al *Simple* Cárlos
reconoció el buen Rolf, y aquél á éste,
de Normandía cual señor y duque.

V.

El bravo Rolf con sin igual empeño,
el territorio extenso mejoraba
que conquistado había. Las oscuras
selvas hizo talar, labrar la tierra;
los rios encauzó. Fuertes castillos
en las marcas alzó y en las orillas
del espumoso mar. Y en pocos años
hizo de Normandía una comarca
floreciente cual pocas. Pero hallándose
así ocupado recibió una nueva
que de amargura el corazón llenóle.
Su amigo Liffeysón había muerto
en un combate, en la orfandad dejando
á Minna la sin par. Los enemigos
del pirata, á la jóven de sus bienes
cuantiosos despojaron, y la niña

en ciudades y aldeas mendigaba
en compañía de su anciana madre.
No es decible el dolor que á Rolf el noble
estas nuevas causaron. Sin demora
disfrázase y se vuelve á la Noruega
para buscar á Minna, y sus trabajos
cariñoso aliviar. ¡Odin le guíe!

VI.

Vaga Rolf por las calles de Nidaros (1)
alfombradas de nieve. El cielo oscuro,
más nieve envía aún; los duros copos
y el viento frigidísimo, el semblante
azotan del mancebo. Por fortuna
avezado está al frio y á la nieve.
Rolf vió un grupo de gente y acercóse
pensando hallar á Minna. La esperanza
no le engañó, que allí estaba la niña,
á su infelice madre sosteniendo,
porque la pobre anciana, á duras penas
podía en pié tenerse. ¡Oh Dios, qué cuadro!
La niña estaba pálida; las rosas
desparecieron ya de sus mejillas;
sólo azucenas hay en el semblante,

(1) Hoy Dron-theim ó Tron-dhjem.

otros dias tan fresco, ahora ajado
por duras privaciones y congojas.
Sus lindísimos piés, que en otros dias
se hundían en riquísimos tapices,
desnudos pisan el desnudo suelo.
Las ateridas manos, antes suaves
más que la seda, rojas y agrietadas
se hallan como las de una labradora.
¡Oh mudable fortuna! ¿Tus rigores
por qué en seres tan débiles ejerces?
¿No te avergüenzas ¡oh fortuna impía!
de atormentar á una doncella tierna
y á una anciana decrépita?
La jóven
quiso cantar para implorar limosna.
Su dulce voz temblaba con el frio.
Entónces Rolf se adelantó, acercóse
á la niña, que no soñó quien fuera,
gracias á su disfraz. ¡Ah! Los presentes
con asombro miraban al gigante,
el cual, con su postiza barba blanca,
alta estatura y majestuoso aspecto,
más parecía un Dios que un infelice
descendiente de Adan. Rolf á la jóven
dijo:—¡Pobre muchacha! Tienes frio
y no puedes cantar. Cantar yo quiero
mientras descansas tú. Cúbrete, hermosa,
con esta piel—Rolf añadió entregándole

la piel que á él le abrigaba, una piel de oso
que no admiraron poco los presentes.
Tomó la piel la jóven, y á su madre
cuidadosa abrigó, diciendo:—¡Anciano!
¡Prolongue Odin tus dias! Eres bueno.
Por siempre morarás en la Valála (1),
bebiendo el hidromiel que las valkyrias
escancian en brillantes copas de oro.
Permíteme que abrigue á la ancianita,
que se muere de frio. Yo bien puedo
el frio resistir, pues soy muchacha.

VII

Rolf el bravo guerrero, el admirable
arte de los *escaldas* (2) conocía,
y así cantó en la lengua de Noruega:

LA CANCION DEL PIRATA.

Ulf Liffeyson fué siempre el más valiente
corsario de Noruega;
no sólo era famoso en todo el Norte,
sino en toda la tierra.

---

(1) O mejor *Walhalla*. Nombre del Paraiso escandinavo.

(2) Poetas escandinavos.

A Noruega un marino tan valiente
los pueblos envidiaban;
y á sus gallardas naves, las extrañas
nunca esperar osaran,
¡Qué ricas presas hizo! Las naciones
todas, al gran noruego
tributo valiosísimo pagaban
en joyas y en dinero.
Así fué rico Liffeysón el bravo,
más rico que diez reyes;
y en su casa abundaban las monedas
más que en el mar los peces.
Mas ¡oh desgracia! feneció batiéndose
el heróico noruego;
y con cantos su muerte celebraron
todos los extranjeros.
La hija de Ulf y su esposa así quedaron
sin amparo en la tierra;
de envidiosos rodeadas, que anhelaban
robarles sus riquezas.
Lo lograron por fin; las infelices
viéronse sin abrigo,
pues expulsadas fueron de la casa
que alzó Liffeysón mismo.
Mendigas son ahora; nuestros pueblos
recorren implorando
la compasion, y hay dias que á los labios
no llevan ni un bocado.

Los delicados piés que antes calzaban
zapatitos de lazos,
ya zapatos no tienen; por la nieve
los pobres van descalzos.
Las que vivieron siempre en la abundancia,
tienen hambre á menudo;
y ya no duermen en mullidos lechos,
sino en el suelo duro.
Aunque tiemblan de frio, aunque con ganas
de llorar están siempre,
por fuerza han de cantar, si es que las tris-
[tes
de hambre morir no quieren.
Compadeced á la hija y á la esposa
del héroe de Noruega;
en sus manos vaciad vuestros bolsillos.
¡Así Thor os proteja!
Tal fué el canto de Rolf, Rolf el intrépido,
llamado *el andarin*; los circunstantes
no desoyeron su ferviente súplica,
y en las manos de Minna y de la anciana
los bolsillos vaciaron.
Aquel dia,
la jóven y su madre, buen albergue
tuvieron, y buen fuego, buena cena,
y bien mullido lecho; todo gracias
al duque Rolf, *el andarin* llamado.

VIII.

El duque meditaba descubrirse
á las pobres mendigas, y su mano
á la niña pedir, y si accedía,
darle ducal corona, y manto rico
de brocado de plata, perlas y oro,
y hacer que hasta las reinas envidiasen
de Normandía á la sin par duquesa.
Mas su proyecto realizar no pudo.
A pesar del disfraz, supo el rey Harald
dónde estaba el pirata y lo que hacía.
Mandó que le prendieran y que fuese
al punto á su presencia conducido,
cargado de cadenas. Pero el duque
supo lo que pasaba: de Nidaros
se escapó, y de Noruega. Mas de Minna
no pudiendo olvidarse, con un nuevo
disfraz volvió á Nidaros, y buscóla.
Pero estupendas nuevas aguardábanle.
Habíase sabido que la jóven
no era hija de Ulf, el gran marino,
sino de estirpe altísima. El corsario,
en una de sus grandes incursiones
en la Francia, robóla siendo niña.
Aclaradas las cosas, para Francia

Minna marchóse, á ser allí princesa,
ó cosa así. Y como amaba mucho
á la viuda de Ulf, que cariñosa
sirviérale de madre tanto tiempo,
consigo la llevó. Tales noticias
pena y placer causaron al buen duque;
placer sabiendo á Minna en puesto altísimo,
digno de su virtud y su hermosura;
pena al mirarse de ella separado,
sin duda para siempre. ¡Amarga pena!
A más, era la cosa tan extraña,
que sólo á medias la creyó. Muy triste
volvióse á Normandía. Allí sigámosle,
que de su historia lo mejor aún resta.

IX.

Pocos dias habían trascurrido
desde que Rolf *el andarin* volviera
á Normandía hermosa, cuando envióle
su feudal soberano *el Simple* Cárlos
mensaje cariñoso. El rey de Francia
darle quería testimonio público
de su real favor; solemnemente
darle la investidura de su feudo.
Expresaba además deseo grande
de casarle con su hija, su Gisela,

de Francia orgullo y de su padre encanto.
A su señor feudal contestó el duque
que sus bondades mucho agradecía;
que con venir á verle y la solemne
investidura darle, grande gozo
daría á él y á todos los normandos,
pero que no podía á la princesa
la mano dar, porque á la hermosa Minna
el corazon entero había dado.
La jóven fuése lejos de él, á Francia,
mas á qué parte de ella, nunca, nunca
averiguar él pudo; no esperaba
hallarla ya. Con todo, á su memoria
siempre sería fiel.
El mensajero
del monarca volvió diciendo al duque
que el rey iba á llegar, y que consigo
traía á la princesa. De seguro
no le parecería ménos bella
que su adorada Minna. Aún esperaba.
hijo poder llamar á Rolf el bravo.

X.

A la orilla del Epte, en Santa Clara (1),

(1) En francés *Sainte Claire*. Creo que los nombres geográficos se deben escribir como los

se vieron Rolf y el rey de Francia Cárlos,
aquel rodeado de sus más valientes
soldados de Noruega y Normandía,
y Cárlos de los nobles de su corte.
De manos del monarca tomó el duque
una brillante espada, saludándole
como á señor feudal; el rey entónces
declaró que la Neustria y la Bretaña
le daba en feudo para sí y sus hijos
y sus nietos por siempre. El duque puso
sus manos en las manos del monarca,
y le dijo:—«Señor, desde este instante
soy vuestro servidor, vuestro vasallo;
y con hacienda y vida, vuestra vida
juro he de defender, y vuestros miembros,
y vuestro real honor.» Mas como luego
le dijeron que al rey el pié besara
en señal de homenaje, dijo el duque:
—«No; no lo haré jamás. Su feudatario
soy; pero no su esclavo. Ni á Odin mismo
besara yo los piés.» Pero los grandes
de la córte de Cárlos insistían;

---

escriben los naturales del país á que pertenecen, y así se puede hacer siempre cuando se escribe en prosa; pero las personas algo familiarizadas con el arte de versificar comprenderán que ese nombre francés hubiera hecho muy triste figura en un endecasílabo castellano.

Rólf viéndolo hizo un signo á un hombre suyo;
tomó éste un pié del rey para llevarlo
del gigante á la boca; mas tan alto
lo levantó, que el rey cayó de espaldas.
¡Lindo homenaje al nieto del más grande
monarca de Occidente! El rey alzóse,
su cólera ocultando. En aquel punto
se oyó una voz en una estancia próxima,
una voz de mujer, ¡oh Dios! ¡cuán dulce?
cantando ¡cosa extraña! en el lenguaje
de la helada Noruega. La sorpresa
de Rolf ¿quién pintará? Aquellos acentos
eran de Minna, Minna su adorada,
á quien creía ya no encontrar nunca.
Encantóle la voz, y las palabras
encantáronle aún más. Aquí las pongo
en la sonora lengua de Castilla.

LA CANCION DE MINNA.

Bella es la Francia, nobles los francos,
doquiera encuentro respeto, amor;
mas si los valles de mi Noruega
pronto no veo, moriré yo.

Aquí está el cielo siempre azulado,
y allá en Noruega muy negro está;
mas ¿qué dirían los nobles francos

si brillar viesen la luz boreal?

Aquí están lindos los altos árboles
con su precioso manto estival;
mas quien ver quiera gigantes pinos,
por fuerza al Norte se ha de marchar.

Lindos caballos hay en las Galias;
pero los renos me gustan más,
cuando corriendo sobre la nieve
van más veloces que el huracan.

Aquí en las Galias, todos los dias
muy ricos vinos suelo beber;
mas yo suspiro por aquel dia
en que en Noruega beba hidromiel.

Bella es la Galia, nobles los galos,
muy esplendente brilla aquí el sol;
mas por las brumas, hielos y nieves
de mi Noruega, suspiro yo.

Así cantó la jóven y el monarca,
viendo tan conmovido al duque, díjole:
—«Os agrada la voz?»—«Señor, de todas,
es para mí la voz más agradable.
Mas, ¿cómo aquí se encuentra esa doncella?»
—«¿Pues dónde quereis se halle mi hija amada,
mi preciosa Gisela, á quien perdida

largo tiempo lloré, pues la robaron
los piratas del Norte? Es la princesa
cuya mano aceptar no habeis querido.
En buscarle marido ahora me ocupo.»
—«¡No hagais tal, señor rey! Bretaña y
[Neustria,
y de mi vida la mitad, daría
por obtener la mano de esa jóven
á quien siempre adoré y á quien adoro.
¡Dádmela, señor rey! ¡Y Odin os pague!»
—«¡Odin! ¡Odin! ¿Quién es ese sujeto?
Nada quiero con él. Yo mi Gisela
he de darte gozoso, si consientes
en adorar á Cristo, y de tus ídolos
olvidarte por siempre.»—¿Adora á Cristo
tu bella hija, oh rey?»—«Sin duda alguna.»
—«Acepto entónces, pues el Dios de Minna
es de todos los Dioses el más grande.»
—«Ven, hijo mio, á ver tu bella novia
y estrecharla en tus brazos con ternura.
Odin te hizo infeliz, Cristo dichoso
te hace. Ven á ver á tu duquesa.»

LOS DOS REYES.

Harald está en su estrado ¿en qué medita?
Tal vez en los doce años de combates
que el sólio en que se sienta le ha costado;
tal vez en la conquista realizada
de las Orkneys, las Shetland, Man, las
[Hébridas,
y otras islas del Norte; en su querida
mujer piensa tal vez, Guida la hermosa,
de Escandinavia refulgente lumbre,
que ya le ha dado cuatro hijos fornidos
y una hija trasunto de su madre.
Pensativo está el rey; pero contento,
á juzgar por la plácida sonrisa
que ilumina su rostro. Del estrado
se abre la puerta y el ugier anuncia:

—«Hthelredo de Louth, que viene en [nombre
del heróico Athelstan, rey de Inglaterra.»—
Entró el enviado, adelantóse, y luego,
hincando la rodilla ante el monarca,
una espada le dió resplandeciente,
diciendo:—«¡Rey heróico! Mi buen amo,
rey Athelstan el de Inglaterra, envía
este presente en muestra de cariño
al gran Harald,(1) monarca de Noruega.»—
La espada tomó el rey, y con asombro
la empuñadura de oro contemplaba,
que era una verdadera maravilla,
cuando una carcajada el mensajero
lanzó y le dijo al rey:—«¡Oh rey! Ahora
tú vasallo eres ya del soberano
que reina en Inglaterra, pues sin duda
como señor feudal le reconoces
aceptando la espada.» (2)—Bien pudiera
castigar el monarca al insolente;
pero callóse y perdonó el ultraje.
Mas nunca lo olvidó, y rara venganza
tomó del rey inglés. Harald tenía,
además de sus cuatro hijos legítimos,

---

(1) Léase Járald.

(2) La aceptacion de una espada de la manera dicha era en aquel tiempo el reconocimiento de la soberanía feudal.

otro niño lindísimo, que hubo
en una bella jóven de alta extirpe,
por azar de la guerra esclava suya.
Hakon (1) el tierno infante se llamaba,
y era, si la crónica no miente,
lindo como un querube. A Hawk el bravo
llamó el rey y así díjole:—«Enseguida
toma á mi niño Hakon, que há dos lunas
cesára de mamar; treinta hombres toma,
valientes, que te escolten, y á Inglaterra
trasládate.»—Y lo que haría díjole,
en cuanto allí estuviese.
Y una noche
que Athelstan en su estrado meditaba,
vió entrar de pronto á Hawk y sus valientes.
Hawk llevaba en el brazo un tierno niño
más hermoso que el sol, y adelantándose,
del rey inglés en las rodillas púsolo
con reverencia grande, y en silencio.
—«¿Qué es esto?»—dijo el rey, con gran
[delicia
al querubin mirando.—«Este es el hijo
del rey Harald, tenido en una esclava,
y te lo da para que tu hijo sea.»—
El rey furioso desnudó el acero;
pero le dijo Hawk:—«¡Oh rey, sosiégate!

(1) Léase Jákon.

¿Al niño en tus rodillas no has tomado
adoptándole así por hijo tuyo?» (1)
Sosegóse el monarca, guardó el niño,
y fué para él un padre cariñoso;
de él hizo un cristiano y un valiente.
Este fué el que despues, de sus mayores
el sólio conquistó, (2) y no sin trabajo
en su pátria implantó la ley de Cristo. (3)

---

(1) La ceremonia de colocar á un niño sobre las rodillas, se consideraba en aquel tiempo como símbolo de adopcion.

(2) Hakon *El bueno*. Reinó despues de su hermano Erico *el del hacha sangrienta*.

(3) Este rey introdujo el cristianismo en Noruega; pero la idolatría no fué por completo extirpada en aquel reino hasta el siglo XII.

EGIL EL ESCALDA.

Egil, famoso escalda (1) dos muy bellos
hijos tenía, que placer y orgullo
eran del buen anciano. Mas su dicha
no debía durar. Fatal dolencia
al buen Gunnar hirió, su primogénito;
y cuando el pobre jóven espiraba
presa de sufrimientos horrorosos,
supo el padre infeliz que su otro vástago,
su querido Bandvar, hallado había
en el mar su sepulcro. ¿Quién del viejo
podrá el dolor decir? Una hija hermosa
quedábale, en verdad; mas con sus hijos
y su esposa vivía en otra parte.

¡Ay escalda infeliz! Como un demente,
lanzando fuertes gritos,

---

(1) Poeta escandinavo.

á la playa corrió del mar terrible.
Y al mar allí los puños enseñaba
diciendo:—«¡Mar cruel! vuélveme al punto
de mi vejez el báculo; el contento
de mis helados años; la alegría
y la esperanza de mi hogar. ¡Oh, vuelve,
vuelve, maldito, á un padre su hijo hermoso!»
Así gritaba él viejo, desalado
corriendo por la playa; mas detúvose
un cadáver al ver. Era su hijo,
el más jovial mancebo en otro tiempo
y el más bello de toda aquella costa,
ahora objeto de horror! El pobre padre
sintió una conmocion asaz terrible;
con tan inusitada violencia
su sangre circuló, que sus zapatos
estrechos, y su túnica ajustada
estallaron, segun dice la crónica.
Sobre el helado cuerpo cayó el viejo,
y la vida trató de devolverle,
comunicándole el calor escaso
de su cuerpo decrépito. Cien ósculos
imprimió en aquel rostro que las rocas
desfigurado habían. Pero viendo
que la muerte su presa no soltaba,
en brazos tomó el cuerpo, y lentamente
se alejó de la orilla. Así hasta el monte
se fué de Skalagrim, en cuyo seno

depositó el cadáver. Y llorando
volvió á su casa, se encerró en su alcoba,
acostóse y no quiso ver á nadie.
Así estuvo tres dias y tres noches
sin tomar alimento. Nadie osaba
hablarle, ni aún su esposa. Por fin, ésta
llamó á un esclavo y le ordenó que al punto
á caballo montara, y como el viento
volase á la morada de Torguda,
que era de Egil la hija adoradísima.
Torguda no tardó; su madre díjole
que descansara un poco y que tomase
algunos alimentos; mas la hermosa
alzó la voz y dijo:—»No he probado
el pan en todo el dia; ya no como
hasta que me halle en la mansion de Freya.«
Luego rogó á su padre que le abriese
la puerta de su estancia, pues quería
en el último viaje acompañarle.
Egil abrió, y Torguda en otro lecho
arrojóse de espaldas. Dijo el padre:
—»Mucho te amo, Torguda, y bien mereces
todo mi amor. Me das hoy grande prueba
de tu ternura, pues la gran jornada
hacer conmigo quieres, mi Torguda.«
—»¿A tan grande infortunio cómo puedo
sobrevivir?«

Un rato silenciosos

quedaron. Luego Egil á su querida
Torguda preguntó:—»¡Dime! ¿Qué comes?«
—»Algas estoy mascando, porque ansío
la tierra abandonar; aquestas hierbas
la vida acortan.«—»¡Cómo! ¿Es eso un
[tósigo?«
—»Y muy activo, padre. ¿Tú lo quieres?»
Egil tomó las hierbas que la jóven
le ofrecía y mascólas con delicia.
—»Quiero beber,—dijo ella:—en este cuerno
un veneno me han dado eficacísimo.«
Un sorbito bebió; luego, al anciano
dijo, dándole el cuerno:—«Bebe, padre;
esto conduce á la mansion de Freya.»
El viejo vació el cuerno, mas Torguda
—«Engañado nos han»—dijo;—«era leche,
Tenemos que vivir algunas horas.»
Estremecióse Egil y mordió el cuerno
de rabia. Y su hija siguió hablando:—«!Oh
[dioses
¿Qué hacer? Tú, padre bien pudieras
en loor de Bandvar hacer un canto.
Bien lo merece un hijo tan valiente.
Yo en un baston lo grabaré.¡Comienza!»
El escalda empezó: mas á medida
que estrofa tras estrofa, se alargaba
la fúnebre cancion, sentía el viejo
disiparse su pena. Poco á poco

su alma antes turbada serenóse.
¡Oh poder de la excelsa poesía!
Egil terminó el Canto, y á Torguda
—«Ven—le dijo—tu madre querrá oirlo.»
Fueron juntos, y juntos el brebaje
sagrado prepararon, que se bebe
en honor de los muertos; el escalda
su alto asiento ocupó, reconciliado
con los tristes deberes de la vida.
Luego, colmó de elogios y presentes
á su buena Torguda. Esta, gozosa,
á la morada conyugal tornóse,
donde sus pequeñuelos la aguardaban,
y de su vida el dulce compañero.

EL PRIMER REY CRISTIANO.

I

Siendo ya viejo Hárald, fatigándole
de la corona el peso, entre sus hijos
que mandar deseaban, la Noruega
dividió; mas á Eric, su primogénito,
nombró rey soberano, á quien los otros
como señor feudal reconocieran,
cada un año pagándole tributo.
Este arreglo fué orígen de desgracias.
El fuerte Eric, que desde edad bien tierna
pirata fué famoso, en verter sangre
se gozaba, y así, en muy corto tiempo
exterminó á los reyes sus hermanos
que el tributo á pagarle se negaban,
haciendo así que todos le llamasen

Eric *Hacha sangrienta*. Los Noruegos
temíanle y al par le aborrecían.
Cuando esto supo Hakon, aquel hijo
del rey Harald, que había prohijado
el ilustre Athelstan, rey de Inglaterra,
resolvió destronar á Eric el fiero,
y sentarse en el sólio de su padre.
Fuerte y bravo era Hákon, y la empresa
no desproporcionada á sus alientos.
El rey inglés al mozo con delirio
amaba; de sus prendas orgulloso
estaba con razon. Así sus planes
enseguida aprobó; dióle dos barcos,
y hombres le dió y dinero. El bravo jóven,
ansioso de combates y de gloria,
al mar se lanzó al punto. Conocía
del miedo sólo el nombre. Saltó en tierra
en Trondhjem; luego allí quien era dijo,
una asamblea convocó del pueblo,
y por ella por rey fué recibido
en medio de frenético entusiasmo,
por ódio al rey Eric, y porque el mozo
era bello, gallardo y muy amable.
La noticia corrió por todo el reino,
como la llama por la hierba seca,
dice un viejo cronista. Eric *el Malo*,
con su esposa Gunilda y sus siete hijos
tuvo que huir. Se fueron á las islas

Orkneys, de allí marcharon á Inglaterra,
donde Athelstan á Erico le dió en feudo
Northumberland, con título de conde.
Erico murió pronto; viuda é hijos
á las islas tornaron; pero hallándose
en ellas mal, á Dinamarca fueron,
y allí el rey Hárald, *Diente azul*, amparo
les dió. Y á más, del hijo primogénito
de la pobre Gunilda, declaróse
padre adoptivo; mas no fué buen padre.
En contínua discordia con Noruega
estaba *Diente azul*, y así alegróse
de tener á su lado aquel mancebo
que la guerra civil llevar podía
al país enemigo. ¡Carta buena
el infeliz doncel era en sus manos,
si hábilmente á su tiempo la jugaba!

II.

Hákon en tanto se mostraba digno
de ceñir la corona de Noruega.
Beneficiosas leyes á su pueblo
daba, y al mismo tiempo las frecuentes
invasiones que osado dirigía
el hijo de Gunilda, aquel muchacho
que adoptó *Diente azul* de Dinamarca,

rechazaba valiente, y ya en Noruega
Hákon *el Bueno* lo llamaban todos.
Mas si de Dinamarca los ataques
mucho que hacer le daban, otra cosa
preocupábale siempre en primer término.
Su empeño puso en derribar los ídolos;
del paganismo disipar las nieblas,
del Evangelio á la esplendente lumbre.
En esta empresa trabajó constante,
luchando sin cesar con los idólatras,
que sus viejas creencias sostenían
con sin igual firmeza. Sacerdotes
y obispos de Inglaterra trajo Hákon,
en el reino á extender la *buena nueva*
pero muy lentos eran sus progresos
para el celo del rey.
Todos los años,
los idólatras jefes celebraban
con entusiasmo la pagana fiesta
del solsticio invernal, en el alcázar
mismo del rey, segun vieja costumbre
que no logró extirpar el rey cristiano.
En esa fiesta á Hákon los idólatras
querían obligar á que sus ritos
bárbaros observára; que bebiese
con ellos la cerveza consagrada,
y que comiera carne de caballo;
querían, además, que se rociase

con sangre de caballo. Tan odiosos
ritos el rey cristiano aborrecía,
y se esforzaba en rechazar. Entónces
en su ayuda venía el noble conde
Sigurd, (1) que aunque pagano, tolerante
era y conciliador; este atentísimo
para sacar al rey de estos aprietos
estaba siempre. Así cuando en la fiesta
se alzó un grande clamor para que Hákon
bebiera la cerveza consagrada,
el conde persuadióle á que bebiese
en aras de la paz. Tomó la copa
con la siniestra mano el rey, y luego
hizo sobre la copa con la diestra
la señal de la cruz, y bebió un trago.
—«Muy bien;»—dijeron todos—«¿más que
[ha hecho
con la derecha mano?» Pero el conde,
tan vigilante siempre, dijo: «¡Cómo!
¿no lo sabeis? El signo del martillo
de Thor es lo que ha hecho.»
Y se calmaron.

III.

La carne y aun el caldo de caballo
aborrecía el rey. Con todo, á veces,

(1) *Jarl* ó conde de Lade.

por consejo del conde, á los idólatras
complacía, aunque á medias, grandes males
por evitar. Por eso cierto dia
consintió en aspirar, no con delicia
de caldo de caballo el vapor denso,
y otra vez á la boca llevó un poco
de hígado de caballo, aunque de fijo
no lo tragó. Del conde con la ayuda
de este modo lograba con sus súbditos
no reñir; mas con todo, lentamente
minaba el edificio antes tan sólido
del paganismo. Y á la ley de Cristo
poco á poco las gentes convertíanse.

IV.

En Frost (1) se reunió por aquel tiempo
general asamblea de las gentes
de Trondhjem. (2) El rey Hákon presentóse
en ella y dijo que llegada la hora
era de que señores y villanos
los ídolos dejasen, y tuvieran
un sólo Dios, el hijo de María,

---

(1) Froste.

(2) No sólo de la ciudad, sino de todo su territorio.

Cristo llamado; fuerza era cesaran
los cruentos sacrificios; ya los ídolos
fuerza era derribar de los altares.
Seis dias al trabajo entregaríanse,
y el séptimo al descanso. Y este dia,
santo sería siempre, consagrado
á la meditacion. Y en él no sólo
de trabajo abstendríanse. Ni carne
probarían, ni pan; porque el ayuno
á Cristo era agradable, pues seguidos
cuarenta dias ayunó.

Murmullos
de desagrado ahogaron del monarca
la estentórea voz.—«¿Quitarnos quiere
la fé de nuestros padres, y hasta el tiempo
de trabajar? ¿Se vió mayor locura?
¿cómo labrar la tierra de ese modo?
¿Y cómo trabajar sinó comemos?
El ayune en buen hora; no trabaja,
y bien puede ayunar.»—Así decían
y el tumulto aumentaba. Por fin, uno
de los señores, con su voz potente
las otras dominó. Aun se recuerda
del orador el nombre; érase Osborn
de Medalhusin Gulathal. Y dijo:
—«Nosotros, hacendados de este reino,
cuando por vez primera en la asamblea
de Trondhjem pareciste, y te aclamamos

rey de Noruega, y tú nos entregaste
las tierras y las casas y otros bienes
patrimoniales que usurpado habíannos,
locos ¡oh rey! estábamos de gozo.
Mas en este momento no sabemos
si nuestra libertad hemos ganado,
ó si hacernos esclavos tú deseas.
Porque ¿qué significa lo que dices?
¿Por qué pretendes, rey, que á nuestros
[padres
injuriemos, la ley que nos legaron
abandonando? ¿no sabían ellos
más que nosotros? Esta venerable
creencia, que en la edad ya tan remota
en que el fuego á los muertos consumía,
y en esta edad en que en la tierra encié-
[rranse,
nuestra dicha hizo y hace, ¿por qué quieres
arrebatarnos, rey? Pero te amamos;
la fé que aquí jurámoste otro tiempo
quebrantar no queremos. Mientras uno
tan sólo de nosotros vivo se halle,
tú serás nuestro rey, porque te amamos;
mas lo que es imposible no nos pidas.
Mas si te obstinas, rey; si por la fuerza
tus creencias pretendes imponernos,
estamos decididos á negarte
la obediencia y buscar otro monarca

que nuestra libertad y nuestro culto
respete siempre.»

Así el orador dijo,
y la asamblea toda:—«Eso queremos,
y así se hará,»—gritó. Sigurd entónces
intervino, cual siempre. La tormenta
se apaciguó, y las cosas como ántes
quedaron. Así siempre sucedía,
mas en tanto avanzaba el cristianismo
en toda la comarca poco á poco.

V.

Durante mucho tiempo el rey cristiano
rechazó las frecuentes invasiones
de los hijos de Eric, y de su amigo
Diente azul Hárald, rey de Dinamarca.
Hákon, para evitar una sorpresa,
estableció vigías, de la costa
á lo largo, en los puntos culminantes
que cuando amenazára algun peligro,
la alarma diesen encendiendo hogueras.
Esto muy útil fué; pero notándose
que sin real motivo muchas veces
las hogueras sembraban el espanto
en el país, y todos los noruegos
á las armas corrían como locos,

cayeron las fogatas en desuso,
con tanta más razon cuanto que Hárald
Diente azul y los otros, parecían
ya bien escarmentados. Ya los fuegos
no se encendían, y Noruega al cabo
tranquila descansó; mas bien se sabe
que la confianza es madre del peligro.

VI.

En la isla de Stord, en un banquete
estaba el rey cristiano, cuando aviso
dado le fué de que una numerosa
flota del Sur llegaba, y bien veíase
que eran todos los buques de combate.
La escuadra era seis veces más potente
que la de Hákon; el mejor partido
era entrar en los buques y escaparse.
Pero el rey se negó: «Que sean muchos
¿qué importa? Yo me alegro. Así tendremos
más sangre que verter. Nunca se diga
que Hákon se escapó ante el enemigo.
Aunque todas las naves de la tierra
por todos los humanos tripuladas
vinieran contra mí, no escaparía.
Buena tumba al guerrero el mar ofrece;
y á más, morir por Cristo ¡qué fortuna!
es nacer á una vida más hermosa.»

VII. (1)

Pronto la isla se llenó de gente.
Dice un cronista que para un noruego
seis daneses había. Pero Hákon
y sus amigos todos, tal esfuerzo
y tal ardor mostraron, que los otros
declaráronse en fuga, y á sus buques
tuvieron que volver. En lo más fuerte
de la batalla, se veía á Hákon
el espanto sembrando en torno suyo.
Cada golpe de su hacha ensangrentada
derribaba un guerrero que de fijo
ya no se alzaba más. Pero el dorado
yelmo del rey al sol resplandecía,
llamando la atencion del enemigo.
Así contra el rey flechas volaban
á centenares, y con gran trabajo
los golpes de las hachas detenía
que contra él se alzaban numerosas.
Así rompió su hacha, y arrojándola,

---

(1) No pocas crónicas medio evales he tenido que consultar para saber cuándo se dió el combate naval que aquí se refiere; fué en el año del Señor, 961.

blandió su fuerte espada *corta piedras.* (1)
El peligro del rey vió uno que al lado
combatía, Eyvind Finnson (2) el escalda,
y tomando un sombrero, el yelmo de oro
cubrió, al rey por salvar. Pero en las filas
enemigas había dos valientes,
Skreya y Alf, hermanos de Gunilda,
viuda del rey Eric *Hacha Sangrienta*,
que inmolar al rey Hákon deseaban;
y no viendo ya el yelmo, Skreya dijo
con tono fanfarron;—«¿Es que se oculta,
ó se ha escapado el rey de los noruegos?
¿Dónde está el yelmo de oro reluciente?»
Y así diciendo, Skreya y Alf su hermano
cual locos avanzaron. Y gritóles
el rey:—«Venid aquí, que aquí os aguarda
el rey de los noruegos á pié firme.»
El acero blandiendo llegó Skreya,
y al rey dirigió un tajo formidable;
mas un bravo islandés, Thoralf *el fuerte*,
que al lado del monarca peleaba,
el escudo con fuerza lanzó á Skreya,
y le hizo tambalearse fuertemente.
En el mismo momento el rey alzando

---

(1) «Quernbiter», nombre de la famosa espada del rey Hákon.

(2) Skaldaspillir.

con ambas manos su tajante espada,
hendió de Skreya el yelmo y la cabeza.
En tanto el islandés, de un sólo golpe
al otro hermano le arrancó la vida.
Y por haber buscado al rey noruego
á cenar fueron con Odin y Freya.

VIII.

Con la muerte de Skreya y de su hermano,
hasta los más intrépidos daneses
que todavía con ardor batíanse,
perdieron la esperanza, y en la fuga
la salvacion buscaron. Los noruegos
tras ellos corren, sin piedad matando.
Su rey les dá el ejemplo. ¡Cuántos bravos
envió aquel dia al reino de las sombras!
A más de los caidos en la huida,
del vencedor bajo los duros golpes,
muchos se ahogaron en el mar; los pocos
que lograron volver á sus navíos,
hiciéronse á la vela en el instante,
ansiando verse en salvo en Dinamarca.
¡Dia de gloria aquel para Noruega,
mas de luto tambien, pues ¡cruda suerte!

un dardo disparado á la ventura
en el sobaco izquierdo hirió al rey Hákon!
A su buque lleváronle; enseguida
para Alrekstad hiciéronse á la vela.
Mas como el rey hallábase muy débil
por la sangre vertida, detuviéronse
en Hella (1), y allí Hákon, conociendo
que llegaba su fin, su postrimera
voluntad expresó. Sólo tenía
una hija adorada, y ningun hijo;
y así dispuso que su real corona
heredasen los príncipes á quienes
venció aquel mismo dia; los valientes
hijos del rey Eric *Hacha sangrienta*.
—«Pero de mis amigos y parientes
cuiden cual yo cuidé toda mi vida.»
—»Si mi herida se cura—añadió,—fuera
iré de esta comarca entre cristianos,
y allí haré penitencia de las culpas
que contra Cristo Dios he cometido.
Pero si en tierra de paganos muero,
sea mi funeral como os agrade.»
Tales fueron sus últimas palabras.
Y así el rey Hákon, aunque tan celoso

---

(1) «La Roca Plana.» El rey Hákon fué casualmente á morir al mismo sitio en que había nacido.

cristiano, fué con ritos idolátricos
sepultado y cantaron en su tumba
vates paganos como Eyvind. Su muerte
lamentaron sus mismos enemigos.
—«Como Hákon *el Bueno*, un rey tan bueno
en Noruega no habrá jamás,» decían.

LA TRAICION

I.

En un hermoso dia de verano
y á la hora en que Febo, en lo más alto
del cielo, de su carro rutilante
los caballos flamígeros guiaba,
sentado el conde Hákon (1) á la orilla
de un mansísimo arroyo trasparente,
que sombreaban valientes abedules
y cŏrpulentos sauces lacrimosos,
pensaba en sus proyectos atrevidos;
y como nadie allí podía oirle,
en voz alta expresábalos:—»Mi padre,
—decía Hákon—fué el más fiel vasallo
que el rey Hákon *el Bueno* jamás tuvo.
Mucho el conde Sigurd sirvió á Noruega (2)
¿y cómo le pagó? ¿Cómo? Los bárbaros
hijo del fiero Eric *Hacha sangrienta*
muerte alevosa diéronle. Venganza

---

(1) (Pronúnciese Jákon.)

(2) Del conde Sigurd, padre de Hákon, se habla en la leyenda titulada *El primer rey cristiano*.

su sangre clama. Yo sabré vengarle,
aunque en el sólio de Noruega siéntanse
los asesinos sin piedad (1). Del sólio
arrojarles sabré, que con sus crímenes
han deshonrado. Yo la áurea diadema
he de ceñir; bien puede sustentarla
mi cabeza habituada al férreo casco.
¿Mi frente es ménos ancha que la frente
del rey *Pielgris?* ¿Su mano es más nervuda
para empuñar el cetro? Yo en Noruega
he de reinar, y ¡guay de los malvados
que á mi padre mataron alevosos!
¡Guay de los asesinos! ¡Guay! Entónces
su crímen llorarán, llorarán sangre.
Desde que vine á Dinamarca muéstrame
gran afecto el rey Harald, á quien llaman
Diente azul. Con su ayuda, en poco tiempo
ganaré la corona que codicio,
y gozaré el placer de la venganza.
También podrá ayudarme Harald *de Oro,* (2)

---

(1) Los cuatro ó cinco hijos de Eric *Hacha sangrienta* reinaban al mismo tiempo en Noruega; el mayor, Harald *Pielgris*, como rey soberano, y los otros como reyes feudatarios.

(2) Este famoso pirata, que debía su sobrenombre á las grandes riquezas que le había proporcionado su honrosa profesion, era primo ó sobrino del rey de Dinamarca Harald *Diente azul*.

que robando en los mares ha ganado
montes de oro y de joyas preciosísimas.
Pronto podré vengarme. ¡Qué delicia
mirar las manos tintas en la sangre
del rey noruego y sus ruines deudos!
Hasta los elfos que en el bosque moran
á vengarme me incitan con su canto.»

CORO DE ELFOS.

———

Hákon, levántate,
toma el acero,
y á la lid lánzate
terrible y fiero.
¡Sus! á lidiar.
De tu buen padre
el fin cruento,
¡oh conde Hákon!
llegó el momento
ya de vengar.
De la su sangre
por cada gota,
rios de sangre
debes verter;
álzate, Hákon,
toma el acero,

y á la lid corre,
corre á vencer.

—

En la humeante
sangre maldita
del rey noruego
te has de bañar;
y su corona
de oro y de perlas
en tu cabeza
se ha de ostentar.

—

¡«Sí! brillará en mi frente la diadema,
y cubrirá mis hombros régio manto.
El cetro empuñaré; ¡guay! á mis plantas,
de hinojos postraranse los noruegos;
y dichosos serán si les permito
mis chinelas besar, aunque teñidas
en la sangre de Harald y los suyos.»

CORO DE ELFOS.

——

Somos los séres
más pequeñitos,
los más bonitos
que alumbra el sol.
Sobre los lindos pétalos

de las flores, bailamos;
de rocío en las gotas
gozosos nos bañamos,
y nos sirve de lecho
el cáliz de la flor.
Aunque pequeños somos
los hombres nos envidian,
pues con la muerte lidian;
esclavos de ella son.
Nuestra vida es eterna;
siempre alegres bailamos,
siempre alegres gozamos;
no hay fin á nuestro ardor.
Muy corta es tu existencia,
fugaces son tus dias,
breves tus alegrías,
eterno tu dolor.
Pronto verás marchita
tu juventud hermosa;
porque, como la rosa,
pierde pronto el color.
A gozar apresúrate;
mas si embriagarte quieres
con vino y con mujeres,
con vino y con amor;
conquista el sólio de oro
y el manto de brocado.
¿Qué bella no ha cegado

del trono el esplendor?

—

«¡Sí, alegres geniecillos de los campos!
Me sentaré en el trono de Noruega,
y de Noruega las más bellas damas
mi amor desearán y mis caricias.
¡Qué feliz voy á ser! ¿Mas, por qué pierdo
el tiempo así en soñar? ¿Vendrá sin lucha
á mis manos el cetro que codicio?
¡Hora es ya de luchar! Mi edad lozana,
en esta oscuridad tan miserable
deslizarse no debe. Hasta las fúlgidas
ondinas, que del rio se recrean
en la argentada linfa, con su canto
me incitan á luchar. Razon les sobra.»

UNA ONDINA.

—

¿Porqué el hercúleo jóven Noruego,
sobre la hierba tendido está?
Si los combates no le seducen,
tome la rueca, póngase á hilar.

—

Pero no espere que las doncellas
á un hombre muelle quieran amar;
corazon tímido no logró nunca
de las hermosas amor ganar.

—

Si amores quieres la adarga embraza,
el hacha empuña, corre á lidiar;
cuando cargado vuelvas de lauros,
todas las bellas te han de adorar.

CORO DE ONDINAS.

—

La adarga embraza, bravo noruego,
la pica empuña, corre á lidiar;
de la Noruega la áurea corona
en el combate corre á ganar.

—

«¡Sí, lidiaré! mi brazo es vigoroso,
y mostraré que el cetro aguantar puedo,
hendiendo cascos, cercenando testas
con mi hacha de batalla. La venganza
y la ambicion mis fuerzas centuplican.»

II.

El ambicioso Hákon proponíase
para llevar á cabo sus intentos,
servirse del pirata Harald *de Oro,*
y de su primo el rey de Dinamarca,
llamado Harald *Diente azul*. Los primos,
hombres eran muy rudos, de carácter

irascible, violento y quisquilloso;
en armonía rara vez estaban.
Habilidad necesitó el mancebo
para ser de los dos el confidente,
y por ellos no ser aniquilado.
El pirata, orgulloso de sus bienes,
ansiaba coronar sus aventuras
sentándose en el trono; y así un dia
dijo á su primo *Diente azul*:—«Tu reino
es vasto, Harald, y cederme debes
la mitad ó algo ménos. Te aseguro
gobernarlo sabré discretamente.»
Hecho una fúria púsose el rey Harald,
tan atrevida pretension oyendo,
y por aquella boca de demonio
un raudal vomitó de horribilísimos
juramentos. Durante algunos dias
nadie osó hablarle; tal era su rabia.
Para entónces ya Hákon comprendiera
que entre el rey y el pirata, conveníale
al monarca inclinarse, y de ese modo
el sólio conquistar de la Noruega,
y arruinar al ricacho, cuyo orgullo
y ambicion desmedida le irritaban.
Ya meditado un plan, un dia dijo
al famoso pirata:—«Si la vida
teneis en algo, no diréis, paréceme,
otra vez al que reina en esta tierra

que la mitad os ceda de su reino.
Diente azul no tolera tales bromas.
¿Pero no os gustaría, Harald *de Oro*,
en el trono sentaros de Noruega,
si conseguís lograrlo con mi ayuda?«
—«No me parece mal«—dijo el pirata.
—«Listos tenedme, pues, los nueve buques
que acabais de aprestar para lanzaros
en busca de botin al mar sin límites;
listos tenedlos cuando yo alce el dedo»

III.

Harald, rey de Noruega, no soñaba
en la tormenta próxima. Hasta entónces
sin gran trabajo derrotado había
á su enemigo *Diente azul*; con todo,
paz quería tener con su enemigo,
que si no peligroso, era molesto.
Gustoso recibió, pues, un mensaje
de Harald *Diente azul*, que aconsejado
por Hákon, le decía:—«Que anhelaba
con él establecer paz permanente,
deseaba zanjar las diferencias
que á ellos y á sus reinos separaban;
y tan ganoso estaba de mostrarle
su buena voluntad, que le pondría

en posesion de los hermosos feudos
que en Dania reclamaba. Perdurable
paz jurarían, amistad sin dolo,
para las dos naciones necesaria.»
Pero para tratar de los detalles
del tratado de paz, á una amistosa
entrevista invitábale. El noruego,
valiente, noble, y sin doblez, acepta,
y puntualmente en el lugar fijado
se presenta con fuerzas escasísimas,
fiado en la hidalguía de los danos.
En Lymfiord Sund (1), si no miente la crónica,
esperó á *Diente azul* el rey noruego.
Entónces Hákon el traidor, al rico
pirata Harald *de Oro*:—«Llegó el dia;
—le dice.—Con tus nueve buques vuela
á Lymfiord Sund. Si quieres la corona
gánala combatiendo. «Ni un instante
el pirata vacila; al mar se lanza,
y navega á Lymfiord. Reta al noruego,
y Harald, aunque tan escaso en fuerzas,
el combate no esquiva; peleando
cae, y con él su gente casi toda.
¡Paz á tu sombra, valeroso Harald!
En tan crítico instante llegan Hákon
y *Diente azul* con numerosa flota,

(1) Lymfjord Sound.

y á Harald *de Oro* atacan con denuedo,
que aunque triunfante, estaba cansadísimo,
así como su gente. Prisionero
le hacen, y le cuelgan de una entena,
con gran placer del rey de Dinamarca, (1)
No perdió el tiempo Hákon; sin demora
la Noruega invadió; los reyezuelos,
hermanos de *Pielgris* y tributarios,
esperarle no osaron, y á las Orkneys
huyeron, no queriendo con el trono
perder tambien la vida. Y así Hákon,
por medio de traicion tan miserable,
la diadema ciñóse de Noruega,
y empuñó el codiciado cetro de oro;
pero no sé por qué, no tomó el título
de rey; se hizo llamar Hákon el conde,
ó *Jarl*, y así le nombran los cronistas.

(1) Ponen unos esta traicion en el año de 975, otros en 969, y Munch en 965. Paréceme que la primera fecha es la que más se acerca á la verdad.

LA BATALLA DE STAD

El Báltico infestaban los piratas
que del Oder en la ancha embocadura
su temeroso nido habían puesto (1);
de allí salían con sus grandes naves,
el pillaje, la muerte y el espanto
llevando más allá del Belt, al mismo
Océano, de Flandes á los puertos,
y á la entónces anárquica Inglaterra,
en cuyo trono se sentaba el torpe
Ethelredo. Cien veces el valiente
Hákon, rey de Noruega, nominado
el Conde por los más; y por algunos
el Rico, con su flota á los piratas
rudas lecciones dió. Ellos, furiosos,

(1) En Jomsburg. No se sabe hoy á punto fijo dónde estuvo situada esa localidad. Es probable, sin embargo, que no se hallase en la embocadura misma del Oder, sino cerca de ella.

y viendo que enemigo tan terrible
sus mejores empresas malograba,
vengarse decidieron y arruinarle.
Una flota juntaron poderosa,
compuesta de setenta grandes buques,
cerca del cabo Stad, en Firda Fylke.
Allí les atacó Hákon *el Conde*,
que conocía sus intentos negros.
Terrible fué el combate; en ambos lados
triunfar ó perecer todos ansiaban,
y así, como leones combatían,
y combatía cual leon herido
el animoso Hákon, que de gloria
entónces se cubrió. No era muy fácil
saber quién vencería. Mas de súbito
ennegrecióse el cielo; fragoroso
el trueno retumbó, las negras nubes
piedras enormes vomitaron; fiero
el mar rugió; las encrespadas olas
al cielo al parecer llegar ansiaban.
Tan sólo los relámpagos la horrible
obscuridad rompían por momentos;
más heridas que el hacha y que la espada
el granizo causaba crecidísimo.
Sin duda Thor con su martillo enorme
estaba golpeando; pero ¿á quiénes
favorecía el dios, á los piratas

—

ó al rey Hákon *el Rico* de Noruega?
No sé; mas los piratas, sospechando
que Thor tonante estaba contra ellos,
se amedrentaron; treinta y cinco buques
al mando del famoso Palnatoke (1)
huyeron. Con los otros treinta y cinco
quedó el valiente Bue. A los que huían
sus hombres denostaron; y más nobles,
aunque sin esperanza, peleando
continuaron con fúria redoblada.
Bue, que en la refriega tremebunda
perdido había la nariz, los lábios,
y las orejas, viéndose perdido,
las dos cajas tomando en que guardaba
el oro que en los mares reuniera,
gritó:—«De Funen (2) las doncellas
ya no me han de besar. ¡Oh mis valientes!
al mar saltad conmigo.» Y de los suyos,
muchos con él saltaron. De ese modo
terminó la batalla luctuosísima,
con gloria grande para el bravo Hákon
y para su hijo Eric, que como pocos
peleó, si la crónica no miente.

---

(1) Hace unos ochenta años se representó en Copenhague una tragedia de Ochienschläger, cuyo protagonista era este mismo pirata Palnatoke.

(2) Fünen.

LA BATALLA DE LONCARTY

I

Gran golpe recibieron los piratas
de Jomsburg en Stad; pero lograron
rehacerse. Debía destruirlos
Magnus *El Bueno*, cien años más tarde.
Lograron rehacerse, y á su horrible
vida volvieron, de matanza y robo.
La opulenta y anárquica Inglaterra
era en aquellos tiempos la comarca
de su predileccion. Presas riquísimas
en ella hacían sin temor alguno;
gracias al desconcierto incomparable
que había en el país, muy mal regido
por el torpe y estólido Ethelredo,
Ethelredo *el pesado*. Los piratas
desdeñaban saltar en otra costa,
porque cosecha como allí, en ninguna

era posible hacer. Con gran frecuencia
iban, pues á Inglaterra, Y así, un dia
que los labriegos de la costa de Angus,
en Escocia, la enorme flota vieron
de los piratas de Jomsburg terribles,
pensaron que á Inglaterra dirigíase,
pues era su país sobrado pobre
para poder tentar de los bandidos
del mar, la gran codicia. Mas la escuadra,
del promontorio Rojo (1) á sotavento
se detuvo y ancló. No pocos dias
allí permanecieron los navíos.
De Angus los honrados moradores,
no sin temor decían:—»Esas gentes
á Inglaterra dirígense, y debaten
si han de honrar antes esta pobre tierra,
desembarcando en ella y asolándola.»
Por fin desembarcaron, y pillando
y destruyendo todo, á sangre y fuego
llegaron hasta Perth, ciudad insigne,
que se baña del Tay en la corriente.
Y sitio á Perth pusieron. Mas no era
el pesado Ethelredo rey de Escocia.
Kenneth reinaba allí, Kenneth tercero,
quien llegando con hueste muy lucida,
con vigor atacó á los sitiadores.

---

(1) Red Head Point.

En la hermosa llanura de Loncarty (1)
la gran batalla fué; las claras aguas
del Tay y de su hermoso tributario
el Almond, se tiñeron con la sangre
de los bravos noruegos y escoceses.
Todos bien pelearon, la fortuna
favoreció á los bravos que cual buenos
por su pátria querida combatían.
A sus naves huyeron los piratas;
Escocia quedó libre, y coronado
de laureles quedó Kenneth tercero.

II

En lo más empeñado de la horrible
batalla de Loncarty luctüosa,
notó el rey que un mancebo, desbarbado,
lindo como una niña, peleaba
con valor asombroso, y ardimiento
no igualado jamás. Hizo el rey Kenneth

(1) En Loncarty se halla hoy establecida la mayor blanquería de lienzo que existe en el imperio británico. Es Loncarty un hermoso campo de batalla, apropiadísimo para un duelo entre dos naciones. La batalla debió darse al empezar el reinado de Kenneth III; esto es, hácia el año del Señor 975.

que despues del combate en su presencia
compareciera el jóven, y le dijo:
—¡Jóven! ¿Cómo os llamais?—Ormiston [llámome
Alfredo de Ormiston.—Por tu bravura
yo las gracias te doy.—No las merece
el que cumple un deber. He peleado
por Escocia y el rey, y hacen lo mismo
todos los escoceses.—Mas no todos
tienen el mismo ardor y valentía.
¡Por San Andrés! Muy bien he visto, jóven,
lo que hoy has hecho. Quiere el rey pre- [miarte.
Dí, jóven: ¿Qué deseas? Nada, nada
te negaré. Medita. No te turbes.
—Yo quisiera, señor.... mas, será mucho.
Por loco me tendreis. No, no me atrevo.
—Habla, que para tí todo es muy poco
¿Qué deseas? ¿Ser duque?—Peleando
puedo aún ganar títulos y honores.
Soy muy jóven, señor.—Pues ¿qué deseas?
¿Un estado en la más bella provincia
de mi reino tal vez?—Bienes ni títulos.
Otra cosa deseo que más vale.
Hay en tu córte ¡oh rey! hay en tu casa
una adorable huérfana á quien sirves
de protector y padre; la graciosa
Nora de Somerled, y yo deseo

mi mano darle.—En ello yo gran gozo
tendría, mas la jóven, de la suya
dispone, como es justo. Ella decida.
Y si acepta, Ormiston, conde he de hacerte,
conde y teniente de mi guardia; un vasto
estado te daré, diez mil monedas
de oro con mi busto daré en dote
á tu preciosa novia, que es la niña
más bella y más virtuosa de este reino.
¿Mas la doncella accederá? Yo mismo
me encargo de rogárselo.—La hermosa
accederá señor. No más estrecha
union, entre la flor y su perfume,
ó entre la luz y el sol, que entre nosotros
existe, señor rey.—Cómo! tan jóven
y ya tu amor le has dicho?—Nunca; nunca
á tanto me atreví.—Pues no comprendo.
—La doncella vivía con sus padres
cerca de la morada de los mios.
Muy unidas estaban las familias
por antigua amistad. Yo con mi amada
paseaba á menudo por el campo,
y éramos muy felices. Las más bellas
flores para ella yo cogía, y Nora
adornaba con ellas su alto seno
y su admirable cabellera rubia.
Cuando el camino era áspero, en mi brazo
se apoyaba; su mano de princesa

yo en la mia tomaba tan nervuda
para salvar las zanjas y los charcos;
y pasábala en brazos como á un niño
de dos meses, de la una á la otra orilla
del susurrante arroyo pedregoso.
—Eso no basta, jóven. Tú no sabes
si lo bastante quiérete la bella
para tu esposa ser.—Sí; porque Nora
me sonreía con amor; su dulce
vocecita más dulce se tornaba
cuando hablaba conmigo. Ella me quiere,
y yo la adoro, ¡oh rey! Estad seguro.
—Tal vez tengas razon. Aunque tan mozo,
de amor sabes bastante. A Nora hermosa
he de hablar sin tardanza en cuanto torne
á mi alcázar. Y quiera el señor Cristo
te sea la respuesta favorable.

III

¿Quién cantará las bodas de la rubia
Nora de Somerled, y de su amado
Alfredo de Ormiston? Nunca se vieron
en el Reino de Escocia tan hermosos
festejos, ni pareja más preciosa
se vió en el Norte nunca. Dios bendíjola;
hijos y nietos dióle gallardísimos,
de Escocia orgullo, encanto de sus padres.

LA CAUTIVA.

LEYENDA DRAMÁTICA EN UN ACTO.

Personas.

Hákon *el Rico*, rey de Noruega, llamado tambien *el Conde, y el Malo.*
Astrida, *la cautiva*, novia de
Einar, de Fogelsang, *capitan de la guardia del Rey.*
OHur Ulfson, *soldado de la guardia.*
Swertha *vieja camarera de Palacio.*

La escena en una estancia del alcázar real de Noruega, en el último tercio del siglo X de nuestra era.

Escena I.

Habitacion lujosa en el alcázar de los reyes de Noruega. Puerta lateral, y otra mayor en el fondo. Ventana lateral, que dá á los jardines.

Astrida y Swertha.

Swertha.

¡Calmáos! ¿Qué ganais con afligiros?
Ya remedio no hay; perder el tiempo
es afligirse y suspirar. ¡Calmáos!
Aquí hallareis cariño y atenciones,
y nada os faltará.

Astrida.

Fáltame, anciana,
todo lo que más amo en este mundo;
mis queridos hermanos y mi madre.
De sus amantes brazos me arrancaron
los sicarios infames del que reina
en Noruega, tirano aborrecido.

Swertha.

¡Reportáos! Noruega mucho debe
al bravo Hákon, que aunque *conde* (1) nóm-
[brase,
rey es y de los buenos. El la antigua
fé restauró, y alzó soberbios templos
á Forsete y Odin, á Thor y Freya.
El fué quien labrar hizo la admirable
estátua del Dios Thor, tan imponente.

---

(1) Hacíase llamar Hákon el *Jarl* ó *Conde*; pero era en realidad rey y señor de Noruega, y do los diez y seis *jarls* que en su tiempo había en aquel reino.

Alta es de veinte piés; tiene en la mano
el terrible martillo (1), y en el cuello
ostenta un admirable anillo de oro (2),
cuyo igual no se ha visto en esta tierra.
Así á los dioses honró el rey. Valiente
además se ha mostrado cual ninguno.
El fué quien en Stad á los piratas
venció, que nuestros mares infestaban,
y tenían su nido temeroso
en Jomsburg, en la boca del rio Oder.
No es, pues, Hákon *el Conde* un despreciable
tirano, cual decís. ¡Qué! ¿No ha servido
á su pátria y á Thor?

Astrida.

Pero, ¿qué valen
sus más gloriosos hechos, si los borra
con su conducta actual tan vergonzosa?
Hákon *el Rico* llámanle ¡ay! sí, rico;
rico en lascivia, rico en impudencia,
y aborrecido por el pueblo todo.
Decidme ¿no es horrible que un anciano
como Hákon *el Rico* así deshonre
sus canas? ¡Desgraciada la doncella

---

(1) Miölner.

(2) Más adelante se vuelve á hablar de este collar famoso, que no era de oro macizo, como se creía.

ó la matrona que al tirano agrade!
La arranca del hogar á viva fuerza,
y á su alcázar condúcela; más tarde,
al cabo de una luna, ó dos ó cuatro,
al padre ó al esposo la devuelve
mancillada, infelice criatura.
Eso es lo que me aguarda. Y vos, señora,
siendo mujer ¿quereis que no me apure?

Swertha.

Porque es del todo inútil. Vuestras lágrimas
no ablandarán á Hákon. Le cautivan
las mujeres llorosas, y más tiempo
á su lado os tendrá si llorais mucho.
¡Calmáos, pues! Vuestro semblante hermoso
ilumine una fúlgida sonrisa.
Pronto estará aquí el conde. Que no vea
que habeis llorado. Con agrado habladle,
y más conseguireis que con desdenes.

Astrida.

¿Que agrado muestre al que deshonra el [sólio
y á los hogares lleva la amargura?
No lo espereis jamás. Palabras ásperas
ha de oir de mis lábios. ¡Oh, señora!
¡Piedad! ¡piedad! Si es el corazon vuestro
corazon de mujer, si habeis tenido
una hija adorada, del tirano

defendedme. ¡Ocultadme! no me vean
sus ojos, porque mancha su mirada.

Swertha.

Ya os calmareis, ya tomareis las cosas
con más sosiego; pero no conviene
que en ese estado mi señor os halle.
Bajemos al jardin; la suave brisa,
y de las flores el aroma grato,
creo os han de calmar. ¿Venís doncella?

Astrida.

Os sigo, anciana, mas las lindas flores,
ni las brisas más suaves y odoríferas,
pueden calmar mi padecer horrible.
Salen Swertha y Astrida por la puerta lateral.

Escena II

Hákon EL RICO y Einar de Fogelsang entran por la puerta del fondo.

Hákon.

Venid, Einar; una órden he de daros.
¡Cómo! ¿No hay nadie aquí? *(Con extrañeza)*
Sin duda se hallan
en el jardin. *(Mirando por la ventana.)*
Las veo. Se pasean

en la calle de abetos. Es hermosa
la muchacha, en verdad. Miradla, amigo;
pues jamás habreis visto, de seguro,
una doncella tan gentil, tan linda.

(Mira Einar de Fogelsang, y dá muestras de gran sorpresa y sobresalto, que no nota Hákon.)

¿Nada decís?

Einar.

¿Es esa la doncella
que habeis hecho robar?

Hákon.

La que he *tomado*
para ocupar el puesto de la amable
Gudrun, mujer de Raud, de Raud *el Flaco*;
tiempo es ya de volverla á su marido.
Ha ya cuarenta dias que aquí se halla,
y temo que la olvide Raud, se crea
soltero, y tome otra mujer. El pícaro
quejarse no podrá. Su bella esposa
ha mejorado aquí. Se la devuelvo
más blanca y sonrosada, y más robusta.
De ella quería hablaros. Que mañana,
á la hora que fije la adorable
esposa del buen Raud, llamado *el Flaco*,
á casa de su esposo conducida
sea. Podeis marchar. Esa es la órden

que tenía que daros.

Einar.

¡Un instante,
un instante, señor! Oidme, os ruego.
Y primero decid; ¿os he servido
lealmente, mi rey? ¿Alguna queja
teneis de mí?

Hákon.

¡No, por Odin! Tú eres
mi servidor más fiel. Tú me salvaste
la vida un dia; no puedo olvidarlo.
No tengo yo un soldado tan valiente,
tan fiel, ni tan querido.

Einar.

¿Que yo os amo
bien, no dudais, señor?

Hákon.

¿Cómo es posible
que dude? Antes dudára de mí mismo.
Mas ¿porqué preguntais? ¿Qué es lo que
[ocurre?

Einar. Algo grave, señor; algo muy grave.
Claro he de hablar, pues que sabeis que os
[quiero.

Del pueblo los clamores, cada dia
más altos son. Oidlos, ó en el fango
se hundirá vuestro trono, y con el trono

la vida perdereis. De los noruegos
respetad el honor. Hijas y esposas
no arranqueis del hogar. Pues el más grande
sois en Noruega, sed el más honrado.
En buen hora volved á Raud su esposa,
su bella esposa; mas la linda jóven
que en la calle de abetos se pasea
devolved á su hogar.

Hákon.

¿Estais demente?

Einar.

Y si no os mueve la razon de Estado,
si no escuchais del pueblo el clamoreo,
¡apiadáos de mí! Y así los dioses
os colmen de venturas! Esa jóven
fué en la niñez mi dulce compañera,
y ahora es mi prometida. Ella me quiere,
y yo la adoro. ¡No querais matarnos!
Noble sed, sed magnánimo, cual cumple
á quien empuña el cetro de Noruega.

Hákon.

Digo que estais demente. Si esa niña
os agrada, yo alabo vuestro gusto;
pero tambien me gusta, y me la guardo.
El rey es ántes, todas las noruegas
me deben su ternura y sus caricias.

Einar.

Ved lo que haceis, señor. ¿Qué caballero
ya serviros querrá? Sólo rufianes
han de pisar vuestro real estrado,
compañía excelente para el que obra
como rufian.

Hákon.

Que os olvidais observo
de quien sois y quien soy.

Einar.

No, no lo olvido;
y de los dos, señor, soy el más alto;
que si teneis corona y teneis cetro,
mi honra sin mancha vale más. Con todo,
aunque olvideis quien sois, y los deberes
altísimos que impone la corona;
aunque todo olvideis, yo mis deberes
no olvidaré de noble y de Noruego.
Mas mirad esta espada *(desenvainándola);*
muchas veces
en servicio del rey y de la pátria
en sangre la he teñido; no, no quiero
deshonrarla sirviendo á un miserable,
Clavarla en vuestro pecho debería;
mas dad gracias á Odin y á mi paciencia
(Rompe la espada y la arroja á los piés del rey)
Tomad, señor, tomad; quien ciña espada

ya no os querrá servir; sólo bufones
y rufianes tendreis en vuestro alcázar,
hasta el dia terrible en que los dioses
castiguen vuestros crímenes.
(*Váse Einar por la puerta del fondo.*)

Hákon.

¡Qué loco!
¡Y por una mujer! Los mozalvetes
ingobernables son. Con todo, siento
lo sucedido. Buen servidor era.
Voy á ordenar á otro que se encargue
de conducir de su marido al lado
á la bella Gudrun, de Raud esposa.
(*Váse Hákon por la misma puerta.*)

Escena III.

Swertha y Astrida vuelven del jardin por la puerta lateral.

Swerta.

Venid, niña, venid. Aun no ha llegado
el que al jardin envióno el mensaje
pidiendo una entrevista en esta estancia.
¿Pariente vuestro es por ventura el noble
capitan de la guardia?

Astrida.

No señora;

pero es mi prometido.
¡Ah! Ya comprendo
vuestro dolor ahora. Aquí está el jóven.

Escena IV.

Entra Einar por la puerta del fondo. Swertha echa el cerrojo á la misma puerta, y se retira á un extremo de la estancia para que los jóvenes puedan hablar con entera libertad.

Einar.

¡Amada mia! ¡Qué terrible suerte
encontraros aquí! Mis ojos gozan
vuestra beldad mirando; pero tiembla
el corazon, pensando sois cautiva
del hombre más cruel y licencioso.
Mas no desespereis; amigos tengo,
y aún salvaros podré sin duda alguna.

Astrida.

El rey os ama, Einar; todos lo dicen.
Pedidle compasion; tal vez se apiade
de nosotros.

Einar.

Ya nada con él tengo.
Ya piedad y justicia he demandado
en vano. Ya no estoy á su servicio.

Astrida.

Si habeis roto con él, es muy posible
que se quiera vengar. Bueno sería
que os pusieseis en salvo.

Einar.

Nada puede
el soberano contra mí. Bien sabe
me son afectos todos sus soldados.
Nada temo, y así, tan sólo pienso
en salvaros, y espero conseguirlo.

Astrida.

¿Y si nó lo lograseis? Yo querría
pediros, amor mio.....

Einar.

¿Qué?

Astrida.

Una daga.
Y si el tirano quiere hacerme suya,
mi honra he de salvar dándome muerte.

Einar.

Algo mejor os traigo.
(Saca dos frasquitos, y dá uno á la doncella, quedándose con el otro.)
En estos frascos
guardo licor mortífero. Si el sino
nos es desfavorable; si mis planes

se malogran, el tósigo bebiendo
huimos de la tierra y del odioso
tirano á la mansion de las delicias,
á la mansion de Freya; allí, amor mio,
uno en brazos del otro nos veremos,
y allí celebraremos nuestras nupcias,
más bellas que en la tierra, y más alegres.
Pero aún salvarte espero; no te apures,
ni pierdas la esperanza. Amigos tengo
que á libertarte ayudaránme. Espera.
(Llaman ruidadosamente á la puerta del fondo, que al empezar la escena había cerrado Swertha con el cerrojo.)

Escena V.

Dichos, y soldados.

Soldado. (fuera.)

Abrid al rey.

(Abre Swertha la puerta del fondo, y entra un soldado de la guardia, seguido de otros vários. Astrida apura el contenido del frasco, y nadie lo nota, pues están todos con los ojos fijos en la puerta)

Swertha.

¿Y el rey?

Soldado.

El rey no viene.
Llamé así porque abrierais enseguida.
Tengo que hablar al capitan.

Einar.

¿Qué ocurre?

Soldado.

Todo arreglado está; podeis á Suecia
con la jóven huir. Pero quedaros
os conviene mejor.

Einar.

No te comprendo.

Soldado.

Mandad, señor, mandad; y el que esclaviza
á Noruega, el tirano aborrecido
muerto será. Pueblo y soldados quieren
que reineis en Noruega. Dad las órden,
y el tirano caerá en sangre bañado.

Einar.

Orden tan fiera no daré. Por nada
haré traicion á mi señor. A Suecia
prefiero huir. Que nadie que me ame
atente contra el rey; todos le sirvan
como noruegos fieles; si él mal obra,
no sus vasallos castigarle deben;
castigárale Thor.
(A Astrida.) Venid, Astrida.

La grata nueva habeis oido; libres
somos Astrida, nuestra dicha empieza.
Venid, venid.

Astrida.

¡Einar, Einar querido!
Los dioses no lo quieren. Pronto, pronto
he de encontrarme en la mansion de Freya.

Einar.

¡Oh, cielos! ¿Qué decís mi dulce amiga?

Astrida.

Cuando ha un momento al rey aquí anun-
[ciaron,
perdida me crei. Bebí el veneno,
(Le muestra el frasco vacío)
y ya mis ojos núblanse; las sombras
de la muerte ya veo.

Einar.

¡Suerte horrible!
Nada detener puede los efectos
del tósigo infernal.

Astrida.

No importa, amigo.
Consolad á mi madre desdichada;
sed para ella un hijo cariñoso.
No temais que os olvide. He de aguardaros
en la mansion de Freya.

Einar.

Poco, poco.
que aguardarme tendreis.

(Saca su frasco y bebe)

El que no teme
la muerte, Astrida, del tirano búrlase.
Nos dá la muerte libertad; tan sólo
la tiranía aguanta el que es cobarde.
Esta noche con Freya moraremos.

Escena VI y ultima

Dichos, y *Hákon.*

Hákon.

Einar, que conspirabas he sabido.
Tu plan se malogró. No me arrebatas
la hermosa que codicias, y el verdugo
cortará tu cabeza. Los traidores
así deben morir.

Einar.

Yo nunca he sido
traidor, y miente ¡oh rey! el que tal diga.

Hákon.

Al verdugo dareis vuestros descargos,
al verdugo que es sordo, mudo y sordo,
mas si su lengua está paralizada,
corta su hacha muy bien, os lo aseguro.

De un golpe os matará; no es poca suerte
para vos, ¡por Odin!

Einar.

Odin me libra
del verdugo y de vos. Mi dulce amada
y yo no te tememos. Ahora mismo
vamos á entrar en la mansion de Freya,
do tu poder no llega, ni tu brazo.
Nada teme al tirano el que la muerte
despreciar sabe ¡oh rey! sabe ser libre
el que sabe morir. ¡Vivid alerta!
Grandes son vuestros crímenes, y el cielo
os ha de castigar. El ponderoso
martillo del dios Thor, de un sólo golpe
os quitará la vida y la corona.
Y si es la muerte la mejor amiga
para el hombre virtuoso, para el malo
¡cuán terrible, señor! Con los demonios
morará vuestra alma miserable
en lo profundo del Helheim (1). En tanto,
Astrida y yo felices viviremos
en la mansion de Odin esplendorosa.
Mas se acerca mi muerte, y os perdono.
Dáme la mano, Astrida; entremos juntos
en la mansion de inestinguible lumbre.

(1) Nombre del infierno escandinavo, que tambien se llama *Nifleim*

QUIEN MAL ANDA MAL ACABÁ

HÁKON EL MALO.

I.

En medio de su vida licenciosa
el viejo Hákon supo que un noruego
iba famoso haciéndose en el Norte.
En tierra y en el mar grandes proezas
había hecho, con Suenon (1) aliado,
el príncipe Suenon, que fué más tarde
Suenon el rey, llamado *Doble barba* (2),
Suenon de Dinamarca. No sabía
nadie quien fuese el héroe noruego;
mas llamábanle *Ole*, y sus victorias

---

(1) Svein.,
(2) Zvae Skiaeg.

celebraban los viejos y los niños.
Muy pocos hechos tanta fama diéronle
como de Lóndres el furioso asalto;
que aunque no fué feliz, en él cual fuerte
leon el jóven peleó. Inquieto
estaba el viejo Hákon. Un espía
despachó que con maña averiguase
quien era *Ole* y qué planes meditaba.
El espía llenó su cometido;
pero no con ventaja para Hákon.
A *Ole* halló en Dublin, y por él supo
que su nombre era Olaf, hijo de Triggve (1)
el Triggve aquel que fuera asesinado
por los feroces hijos y la viuda
de Eric *Hacha Sangrienta*. Convinieron
el espía y Olaf en que oportuno
para una expedicion á la Noruega
era el momento, ya que al rey, sus vicios
le habían hecho odioso á sus vasallos.
Y así, con los bajeles y la gente
que reunir pudieron, á la vela
para Noruega hiciéronse. El monarca,
que lo que le aguardaba no sabía,
por aquel tiempo trasladado habíase
á Lade, ahora Trondhjem, donde algun
[tiempo

(1) Olaf Trig-gveson.

permanecer pensaba, como siempre
á los placeres torpes entregado.

II.

Mientras que Olaf y el miserable espía
con sus no escasas fuerzas avanzaban
hácia Trondhjem, el viejo disoluto
que había oido hablar de una preciosa
matrona de belleza incomparable,
siguiendo su costumbre, á dos esclavos
envió por ella á casa de su esposo,
que era un rico señor de la comarca.
Rayo del Sol llamaban á la bella
por su hermosura sin igual; con todo,
su honestidad no era menor. Por eso
contestó á los esclavos que querían
les siguiera:—«No, nunca; antes la muerte.»
Y la misma respuesta dió colérico
de *Gudrun* el esposo; así llamábase
Rayo del Sol. Huyeron presurosos
los esclavos, jurando por los dioses
pronto volver con suficientes fuerzas,
y hacerse respetar. Pero entretanto,
la ultrajada matrona y su marido
toda la poblacion de los cortornos
levantaron en armas. Y los viles

esclavos al volver, sin piedad fueron
despedazados. Mientras estas cosas
sucedían, y toda la comarca
maldecía al monarca disoluto,
acercábase Olaf con sus soldados,
Hákon tuvo que huir, huyó con Karker,
uno de sus esclavos favoritos.

III.

¿A dónde iría Hákon, si de todos
y en todas partes era aborrecido?
Mas acordóse de una bella dama,
de Thora de Rimol, que en otro tiempo
su concubina fué. Tal vez la hermosa
del desgraciado viejo apiadaríase,
y ocultarle querría. ¿Pero dónde?
Allí sus enemigos de seguro
le habrían de buscar. Dudaba Thora;
pero al fin ocurriósele esconderle
en un oscuro sótano que hallábase
bajo de la zahurda en que engordaban
doce robustos puercos gruñidores.
Allí Hákon y Karker se metieron,
y allí pasaron bien horribles horas.
Oían de los puercos los gruñidos
en la pocilga, y fuera, de la gente

los gritos de placer. ¡Con qué entusiasmo
aclamaban á Olaf, que con lucida
hueste llegado había. Oyeron luego
cómo Olaf arengaba al populacho,
ofreciendo ser padre cariñoso
de los noruegos, nó tirano impío.
Oyeron que además grandes riquezas
y honores ofrecía al que llevárale
la cabeza de Hákon el infame.
Dos dias estuvieron en el sótano
el monarca infeliz y el vil esclavo;
y la segunda noche, el triste viejo
oyó á Harker que en sueños esclamaba:
—«Olaf el grande póneme en el cuello,
de oro un bello collar.» Hákon contesta:
—«Ten cuidado; no sea que te ponga
un collar con tu sangre enrojecido.»
Pero temía Hákon que el esclavo
la recompensa por ganar matárale;
por eso procuraba estar despierto.
Pero vencióle el sueño; entónces Karker
le cortó la cabeza, y presuroso
ante Olaf presentóse sonriente.
Olaf, que á los traidores detestaba,
hizo que incontinenti al asesino
el verdugo cortára la cabeza.
Las dos cabezas colocadas fueron,
por mandato de Olaf, en lo más alto

de la horca de Lade; allí la turba
apedréolas con furor, terribles
maldiciones lanzando contra el torpe,
disoluto tirano á quien las crónicas
el Malo denominan con justicia. (1)

(1) No es posible fijar el año de la muerte de Hákon, pues las crónicas del Norte, tan apreciables por diversos conceptos, son muy deficientes en la parte cronológica. Sólo se puede asegurar que aquel trágico suceso ocurrió en el último tercio del siglo X, tal vez en el año del Señor 995.

EL REY OLAF TRIGGVESON.

I.

ASTRIDA.

Cuando Triggve infeliz, asesinado
fué por Gunilda y sus feroces hijos,
huyó Astrida, su viuda inconsolable,
temiendo un fin igual. Estuvo oculta
en islas peñascosas, y en espesos
cañaverales; luego, cual demente,
huyó á través de selvas fragosísimas
donde no se veía huella humana;
y fué en aquellos dias congojosos
cuando dió á luz á Olaf, su hijo amado.
Por fin llegó la inconsolable Astrida
á casa de su padre, al tierno niño
llevando en brazos. Su salud estaba
quebrantadísima, y su pobre padre
fué su sólo enfermero, porque mucho

importaba ocultar donde la pobre
refugiado se había, pues la viuda
de Eric, *Hacha sangrienta*, sin descanso
la buscaba, Gunilda la terrible,
en cuyo pecho de granito nunca
se albergó la piedad. Por fin, Gunilda,
que tenía finísimos sabuesos,
supo donde la viuda se albergaba.
Huyó de nuevo Astrida, fuése á Estonia,
donde tuvo desgracias infinitas.
La pobre, sin amigos, sin recursos,
fué separada de su tierno niño,
como esclava vendida; el pobre infante
vendido fué tambien, y otra vez vuelto
á vender. ¡Oh! Su madre sin ventura
todo lo soportara con paciencia
si de su Olaf privado no la hubiesen.
A punto estuvo de morir Astrida
de dolor, al mirarse separada,
para siempre tal vez, de aquel querube,
trasunto de su esposo malogrado,
de su Triggve infeliz, víctima triste
de la cruel Gunilda y de sus hijos.

II.

PRIMEROS AÑOS.

De su infelice madre separado

el tierno Olaf, vendido varias veces
en Rusia fué; mas quiso la fortuna
que allí con un pariente se encontrase
que ocupaba un lugar encumbradísimo,
de Valdemar en la orgullosa corte.
Era el pariente hermano de su madre,
y Sigurd se llamaba, segun cuentan;
éste le rescató y á su morada
le llevó, con sus hijos educóle,
y cuando ya fué mozo, le dió buques
para pirata ser, carrera honrosa
en aquel tiempo y entre aquella gente.
Empezó pronto Olaf á distinguirse,
y su nombre á sonar como el de un héroe
á quien los altos dioses designaran
para llevar á cabo empresas grandes.
Expediciones numerosas hizo
á Inglaterra, con gloria y con provecho;
á la costa del Sur, de Man á la ínsula,
á Gales y á las Hébridas; su nombre
aún se oye en los cantos populares
de aquellas tierras; *Olaus* le nombran,
Olaus el noruego valeroso.

III.

EL ERMITAÑO.

Olaf de sus trabajos descansaba

en las islas de Scilly, cuando supo
que un piadoso ermitaño allí vivía,
de hierba alimentándose, y orando
por los hombres á Cristo nuestro padre.
Vió al ermitaño Olaf, y sus creencias
hizo que le explicase; ante la lumbre
del Evangelio, el jóven quedó absorto,
y echándose á los piés del venerable
eremita le dijo:—«¡Padre amado!
¡Bautizadme! ¡Yo á Cristo servir quiero,
y por Cristo morir!» Y bautizóle
el santo anacoreta; mas la crónica
la fecha del suceso no señala.

IV.

EL SITIO DE LÓNDRES.

Aunque cristiano se hizo, no por eso
Olaf dejó la vida de pirata.
¿Y qué podía hacer en aquel siglo?
Una de sus empresas más famosas,
aunque no fué feliz, fué la emprendida
en liga con el rey de los daneses,
Suenon (1) apellidado *Barba Doble*.

(1) Svein.

Con una flota de trescientos buques,
bien tripulada, entraron en el Támesis,
y á Lóndres dieron un furioso asalto.
Todos bien pelearon; pero nadie
como el valiente Olaf, hijo de Triggve;
de modo que á los suyos parecióles
ver al terrible Thor, dios de la guerra,
cuyo martillo hasta los dioses temen.
Mas todo en vano fué, que rechazados
los asaltantes fueron con gran pérdida.
Doble Barba, con todo, persistía
en llevar adelante sus propósitos,
pues quería cumplir el juramento
que hizo un dia en el fúnebre banquete
de *Diente azul* su padre; fiero voto
hizo de apoderarse de Inglaterra,
y con razon pensaba que ganando
á Lóndres, pronto la comarca entera
suya sería, cuyo cetro el torpe
Ethelredo empuñaba. Esfuerzos nuevos
hizo Suenon para ganar la hermosa
ciudad que junto al Támesis se asienta.
Mas vió al fin que era Lóndres intomable
al ménos por entónces, y furioso
á Kent se dirigió con sus aliados,
y sin piedad quemó y pilló. La misma
triste suerte les cupo á Hamp y Sussex.
Cómo los tres condados quedarían

fácil es presumir. Viendo Ethelredo
que iban su reino á devastar, cobarde
ofreció á los terribles invasores
fuerte tributo (1) anual, y entónces ellos
al puerto de Southampton retiráronse.

V.

EL OBISPO DE WINCHESTER.

En Southampton Olaf no estaba ocioso.
Ocupado en frecuentes correrías
en la comarca, el jóven ni un instante
de sosiego se daba. Y en alguna
de aquellas incursiones, en Winchester
á Elfego conoció, Elfego el bendito, (2)
que con claras virtudes ilustraba
la sede episcopal. Hombres notables
los dos, y de muy altos pensamientos,
sinceramente amáronse. El obispo
le acabó de mostrar las excelencias
de la cristiana fé, de la que sólo

(1) Este tributo fué el primer año de 16.000 libras de plata; pero más adelante se elevó á 48.000 libras anuales.

(2) El mismo que más tarde fué exaltado á la silla archiepiscopal de Canterbury

débil vislumbre le mostró el indocto,
indocto aunque beatísimo eremita.
Un dia Olaf y Elfego visitaron
en Andóver al rey de Ingalaterra,
llamado el *tardo*, el *desmañado*, el *torpe*
Ethelredo, ludibrio de la gente.
En presencia del rey, el santo Elfego
á Olaf de nuevo bautizó (1) con pompa,
y allí Olaf al prelado hizo promesa
formal de no volver en aquel reino
á quemar y pillar como otras veces.
Y á su promesa Olaf no faltó nunca.

VI

LA PRINCESA.

Llegó en aquellos dias á Southampton
desde la verde Erin, una princesa,
por la fama atraida del valiente
Olaf, hijo de Triggve. Era una viuda,
de su beldad llegada al apogeo.

---

(1) Así dice la crónica; pero no siendo el sacramento del bautismo de los que se reiteran, es lo probable que el obispo celebrára con alguna solemne ceremonia la conversion de Olaf al cristianismo.

Ella y Olaf fueron bien pronto amigos.
La viuda deleitábase escuchando
las historias que Olaf el valeroso
aprendió en su existencia aventurera,
historias que muy bien narraba el jóven.
Una tarde que juntos se encontraban
cabe el tronco sentados de una encina
que á la orilla de arroyo murmurante
ostentaba su copa pomposísima,
pidió á Olaf la princesa que una historia
le contase, y Olaf, amable siempre,
de esta manera habló, segun se cuenta:

LOCURA DE AMOR

Donal amaba á Lilia como ama
la abeja el jugo de silvestres flores,
el ruiseñor la noche, y el jilguero
del esplendente sol la clara lumbre;
cual su escondrijo adora el negro grillo,
el pez el rio, el cenagal el ánade,
y de las nubes la region altísima
el águila caudal. No de otro modo
Donal amaba á Lilia la preciosa,
El seguíala siempre, como siguen
celajes de oro y grana al sol poniente,
las sombras al crepúsculo, á la blanca

luz del alba la aurora, y á la luna
aquella fiel estrella que en pos suyo
marcha como Ismael tras de su madre
Agar, cuando dejó de Abraham la tienda.
Seguíala Donald, como la sombra
al cuerpo sigue, mas la ingrata Lilia
desdeñosa mostrábase. El mancebo
la adoraba rendido, como adoran
los cristianos á Cristo, y los noruegos
al sanguinario Thor, dios de la guerra.
Adorábala el jóven; muy contento
de rodillas hubiérala servido;
besado hubiera con delicia grande
las plantas de su amada; mas la hermosa
más desden le mostraba cada dia.
Y Donal perdió el juicio. El que ántes era
bueno y amable y dulce, dulce y tierno,
en un tigre trocóse. De bandidos
hízose capitan, y la comarca
llenó de sangre, de terror, de luto.
Nunca se vió una fiera tan terrible.
No le movía el llanto de los viejos,
ni de los niños la sonrisa angélica,
ni el acento meloso de las vírgenes.
Idéntica respuesta daba siempre
á la risa y al lloro, á la amenaza
soberbia, y á la más humilde súplica;
respuesta daba su puñal, abriendo

ancha herida en el pecho, por do huía
en un raudal de sangre la existencia.
Mas entre tantos desafueros hizo
una loable accion. Lilia la hermosa
vino á caer en manos de una banda
de foragidos, cuyo infame jefe
quería de la niña, por la fuerza,
su concubina hacer. Donald el bravo
con sus valientes atacó al bandido,
y libertó á la hermosa. Mas el jóven
recibió en la refriega horrible herida,
y Lilia quiso que á su casa fuese
conducido; y allí, segun se cuenta,
le sirvió de enfermera. El pobre loco,
al ver que su adorada, la que tanto
desdeñado le había, le trataba
con cariño, sintió que en su cerebro
operábase un cambio, y de repente
la razon recobró. La bella entónces,
á fuerza de cuidados y ternura
quiso que sus desdenes olvidára
su adorador Donal, á quien ahora
tambien ella adoraba. Mas la herida
era mortal; el jóven, en los brazos
de su amada murió. Y así le dijo
al morir: «¡Adios, Lilia! ¡Soy dichoso!
Vivir con tu desden ¡oh qué tormento!
Y con tu amor morir ¡oh qué delicia!

Abrázame, bien mio; y cuando muera,
mi alma aspira en un beso; eternamente
en tu sér morará mi amante espíritu.»

—

Así terminó Olaf la triste historia.
Y conmovida díjole la viuda:
—«¡Qué triste historia! ¡Qué Lilia tan ciega,
que el mérito no vió del que le amaba
hasta verle espirante! Si cual Lilia
amada yo me viese ¡oh qué ventura!
no tanto amor pagára con desdenes.»
—«¿Y quién no os ha de amar, bella princesa?
Más que á Lilia Donald yo te amo, hermosa,
y de amor moriré si me desdeñas.»
—«No yo cual Lilia, Olaf, hijo de Triggve,
esperaré á que te halles expirante
para decirte que tambien te adoro;
porque en tu acento al referir la historia
lamentable de Lilia y de su amante,
he comprendido que amar sabes. Quiero
amarte siempre, de tu amor en cambio,
y mientras viva ser tu esclava humilde.»
Así habló la princesa; Olaf, gozoso
á sus plantas se echó, y al otro dia
unióles ante Dios el beato Elfego.

—

VII.

LA ASAMBLEA.

Ya casados Olaf y la princesa
marcháronse á Dublin, donde imperaban
los daneses, y allí permanecieron
algunos años. Como en otra parte
dejamos referido (1), allí el espía
del rey Hákon *el Rico* de Noruega
se encontró con Olaf, y le propuso
intentar la conquista de aquel reino.
Una armada juntaron poderosa,
y á la vela se hicieron, por las islas
Hébridas y las Orkneys, á su paso
bautizando y robando en todas partes.
La Noruega infeliz, que á duras penas
el oprobioso yugo soportaba
de Hákon el infame, gozosísima
á Olaf se sometió; y en otra parte
el fin narramos ya, bien merecido,
del rey Hákon *el Conde*, *el Rico*, *el Malo*.
Y un noble rey fué Olaf, hijo de Triggve.
Combatió la anarquía con empeño,

---

(1) Véase la leyenda titulada *Quien mal anda mal acaba*.

y se esforzó ante todo porque fuera
la ley de Cristo ley de la comarca.
A menudo por medio de razones,
y por métodos suaves y hasta cómicos,
porque era hombre ingenioso y muy jo-
[cundo,
el culto combatía de los ídolos,
de los demonios el horrible culto,
y los cruentos horribles sacrificios.
De la fuerza servíase otras veces;
y así, con incesante vigilancia,
con incansable actividad, del feo
paganismo, minaba poco á poco
el enorme edificio. Su manera
de proceder mostremos, recordando
algunos de los hechos más salientes
de su guerra á los ídolos.
Un dia
se presentó sereno ante una ilustre
asamblea, compuesta de señores
principales, de punta en blanco armados,
y al parecer resueltos, bien resueltos
á morir ántes que dejar los ídolos
obedeciendo al rey. Mas sin turbarse
les dijo Olaf:—«Amigos muy amados,
vuestras razones por favor decidme,
vuestras razones para odiar á Cristo,
que es el Dios vivo, y adorar los dioses

de metal, y de barro, y de madera.»
Y uno de los presentes, levantándose,
poseido de ardor parlamentario,
la palabra tomó; pero cortóse
en cuanto tres ó cuatro frases dijo,
y no pudo seguir. La misma cosa
les sucedió á un segundo y á un tercero;
y así los tres confusos se quedaron,
con las bocas abiertas y mirándose
en silencio, cual bobos. Los presentes
encontraron la cosa asaz ridícula,
y riéronse bien; mas sospechando
que en el suceso había algun poquillo
de milagro, tornándose al monarca,
unánimes bautismo le pidieron.

VIII.

LOS DIOSES ACUCHILLADOS.

Algun tiempo despues de estos sucesos,
otra asamblea hubo, junto á un grande,
suntuosísimo templo de paganos,
templo que Hákon, de memoria infausta,
Hákon *el Rico* restauró, poniendo
en él soberbios ídolos, entre otros

una estátua de Thor muy gigantesca,
con un martillo de doscientas libras,
y en el cuello un collar de oro macizo,
sin igual en Noruega. Cuando el vástago
de Triggve en la asamblea presentóse,
los señores á gritos le pidieron
que al templo fuera, que á la luz divina
abriese al fin los ojos, que á los ritos
sagrados asistiese. Y el monarca
al templo fué, mas ¿cómo? Acompañado
de sus fieros soldados, y blandiendo
el hacha de combate ponderosa.
Ejemplo para dar, de un sólo golpe
del hacha, derribó á Thor el gigante;
los suyos imitáronle, á los dioses
de barro y de metal acuchillando;
y así, en pocos minutos, destruidos
fueron todos los ídolos. Y entónces
el monarca y los suyos recogieron
el oro y las demás preciosidades
que una necia piedad, amontonado
había allí, sin olvidar el rico
collar de oro de Thor, del cual de nuevo
más tarde se hablará. Y esas riquezas
llevólas á su casa el soberano,
para aumentar el brillo de su sólio,
y emplearlas del reino en beneficio.

———

IX.

EL BANQUETE.

Aunque era el rey Oláf aficionado
á medidas enérgicas, á veces
se veía obligado á moderarse,
y esperar favorable coyuntura.
Así en una asamblea sucedióle.
Olaf á los presentes arengaba
con no escasa elocuencia, y muy atentos
escuchábanle todos contentísimos
porque de religion nada decía.
Mas cuando dijo que llegado era
el momento dichoso de abrazarse
al madero de Cristo, y á los ídolos
las espaldas volver, los mas risueños
semblantes se volvieron muy ceñudos,
y hubo una tempestad parlamentaria.
Alzáronse briosos los magnates
vociferando, los hercúleos brazos
agitando cual locos, y las armas
haciendo resonar. La batahola
ahogó la voz del rey. Los congregados
declararon que en armas levantáronse
contra Hákon *el Bueno*, que quería
hacerles abrazar el cristianismo;

y no creían ellos que Olaf fuese
hombre más grande que aquel rey famoso.
El rey entónces dijo: «Que pensaba,
de sacrificios á la grande fiesta
del solsticio invernal acompañarles,
y por sí mismo ver lo que sus ritos
eran, y sus creencias religiosas.»
Así se sosegaron por entónces
los magnates. El punto señalado
para la fiesta fué un famoso templo,
erigido por Hákon el vicioso,
aquél á quien mató su esclavo Karker,
como lo hemos contado en otro sitio.
En aquel templo que segun se cuenta,
era el más venerado que tenían
los paganos, debía presentarse
Olaf, hijo de Triggve, ante los nobles
de su reino. Pero antes que llegára
el señalado dia, en su palacio
de Trondhjem el monarca dió un banquete
al que invitó á los grandes del distrito.
¡Qué *gaudeamus!* No en vano se asegura
que en comer y en beber son los noruegos
verdaderos gigantes. ¡Qué *gaudeamus!*
Y apenas terminado, á una ligera
señal del rey, entraron sus soldados,
del banquete en la sala; de los once
principales señores que allí había

se apoderaron, y Olaf dijo:—«Quiero,
puesto que voy de nuevo á ser idólatra,
y á ofrecer á los dioses sacrificios,
ofrecer estos en más alta guisa
que la usada hasta aquí. Ahora humanos
los sacrificios han de ser, y en honra
de Odin y Thor no verteré la sangre
de malhechores y de esclavos viles,
sino la de los hombres más ilustres
de esta region.» En aquel duro trance
al mirarse los once caballeros,
pidieron el bautismo, y abjurando
sus falsos dioses, fueron enseguida
bautizados; mas antes que á sus casas
volviesen los neófitos, dispuso
el rey que le dejaran en rehenes
hijos, hermanos, y otros caros deudos.
Con tales medios y otros más legítimos
Olaf la ley de Cristo propagaba,
y en su empresa laudable le asistían
celosos sacerdotes y prelados
que de Inglaterra hizo venir, los cuales
con la predicacion y el santo ejemplo
dulcificaban el sistema rudo
del impetuoso Olaf, y poco á poco
implantaban la fé en los corazones,
la fé, que nunca es hija de la fuerza.

——

X.

EL SACERDOTE THANGBRAND.

Tenía el rey Olaf en su palacio
un sábio sacerdote, cuyo nombre,
del Norte en los anales he leido.
Thangbrand era llamado esta lumbrera,
si chico en estatura, en ciencia grande
cual pocos. Era teólogo y cosmógrafo;
en los arcanos de la fé cristiana
instruido fué en Roma, do tenía
su silla el Santo sucesor de Pedro.
El más sábio de todos los noruegos
era Thangbrand; tambien era el más gordo.
Como un tonel redondo, no era fácil
verle sin asombrarse y sin reirse.
Su rostro grande, rojo y abultado
diera á la luna llena gran envidia;
y su roja nariz amoratada,
la más tremenda que en el Norte vióse,
indicaba que aquel varon insigne,
del alcohol gustaba y la cerveza.
No la humildad cristiana fulguraba
en el carácter del famoso teólogo.
Era terco, irascible, vengativo,

y aficionado á riñas de taberna.
Así dió á Olaf innúmeros disgustos,
y el rey, por separarle de su lado
y utilizar su ciencia al mismo tiempo,
á Islandia le mandó, para sacarla
con la predicacion de las tinieblas
del paganismo. ¡Qué admirable apóstol!
Hizo con todo algunas conversiones,
en amigos del rey, que al soberano
agradar deseaban convirtiéndose;
pero con su elocuencia y sus virtudes
ni un adepto ganó el insigne Thangbrand.
Este de todos era aborrecido,
y de él se mofaban retratándole
en los muros con un sombrero enorme,
y una nariz monstruosa. Y esta letra
ponían á los piés del mamarracho:
Este es Thangbrand, de Olaf el sacerdote.
Y Thangbrand se vengaba si podía,
que era incapaz de perdonar. De horrores
está llena su vida. En tabernarias
riñas mató tres hombres; el cuchillo
nunca en vano sacaba en las contiendas.
Más que apóstol de Cristo parecía
sacerdote de Odin el sanguinoso,
y del temido Thor, dios de la guerra.
¿Qué extraño es, pues, que todos los isle-
[ños

á Thangbrand el feroz aborreciesen?
En cuanto al sacerdote, despreciaba
de Islandia á los sencillos moradores,
y en sus palabras el desdén veíase;
nunca, nunca cuidóse de ocultarlo.
Así á un isleño que ensalzaba un dia
la ciudad de Altafiord, Tangbrand le dijo:
—«¡Qué ciudad, por Olaf! Ciudad famosa,
cuyo mercado forman muchas veces
un ganso flaco y tres mujeres viejas.
¡Grande ciudad á fé! El sol no luce
sobre otra más hermosa ni más grande!»
De Islandia á los poetas perseguía
que le hacían el blanco de sus sátiros;
mas no pudo lograr que enmudecieran.
Se hizo de este modo tan odioso
el sacerdote á todos los isleños,
que obligado se vió á dejar la isla.
Para salvar la vida huyó á Noruega
y dijo á Olaf:—«Señor; es gente indómita
la que habita la isla de los hielos.
Nada bueno se hará con esa gente.»
Y dijo el rey:—«Yo creo, señor teólogo,
que el más manso cordero se enfurece
cuando el lobo penetra en el aprisco
y diezma con sus dientes el rebaño.»
¿Qué quiso el rey decir comprendió Than-
[ghard?

No lo creo. Cegábale el orgullo.

XI.

THORMOD EL PIADOSO.

El fracaso de Thangbrand en Islandia
grande dolor causó al rey de Noruega;
pero no consiguió desalentarle,
porque de Olaf el corazon fortísimo
jamás amilanaron los obstáculos.
Resuelto á convertir á los isleños,
envió á Islandia á Thormod el sacerdote,
el piadoso Thormod, de quien bien pronto
las excelsas virtudes celebraron
los poetas que á Thangbrand con el látigo
hirieron, de sus sátiras amargas.
Siempre el poeta bueno á los malvados
sin piedad flageló, maldijo el crímen,
y ensalzó la virtud esplendorosa.
Y Thormod merecía ser cantado
por los antiguos y modernos vates.
Sábio era como pocos; mas no estaba
con su ciencia engreido. Era sencillo,
y con todos afable; de ese modo
se hizo querer de todos en la isla
antes que el Evangelio predicase;

así cuando anunció la *buena nueva*,
todos con gran contento le escucharon,
y al cabo de algun tiempo en la grande ín-
[sula
no quedó ni un idólatra. En Thingvalla,
de Islandia la asamblea reunióse,
y decretó que era la ley de Cristo
la santa ley de todos los isleños;
que había concluido de los ídolos
el infausto reinado; que si un dia
olvidados de Cristo los de Islandia,
adoraban los dioses de madera,
irritado el Dios vivo, en un instante
sabría aniquilar á los perjuros.
En el mismo momento en que así hablaba
de la asamblea en nombre el sacerdote,
resonó en el espacio ennegrecido
un fragoroso trueno. Otro tan fuerte
los allí congregados nunca oyeron;
y así cayendo todos de rodillas:
—«¡Piedad, piedad,—gritaron—Dios po-
[tente!
Siempre en Islandia reinará tu Cristo!»

* * *

Y cuando Olaf lo sucedido supo,
gozo inmenso sintió y con grandes fiestas,

de sus buenos isleños, la dichosa
conversion celebró, y al piadosísimo
Thormod colmó de honores y presentes.

XII.

RAUD EL FUERTE.

—«Ya los antiguos dioses han caido
de la supersticion se hundió el imperio;
Cristo y señor es el que vive y reina;
y por todas, por todas mis provincias
del Evangelio llevaré la lumbre.»
Olaf así exclamó, la mano puesta
sobre el libro de Lúcas el apóstol.
Mas con todo, en la noche interminable,
la roja luz veía pavorosa (1),
y la gran voz oía, ronca y fuerte,
que retaba al Señor crucificado (2).
De tan horribles sueños, el monarca
habló á su confesor, el santo obispo

(1) El resplandor que despide la roja barba de Thor, y que segun los paganos produce las auroras boreales.

(2) Segun las sagas, el dios Thor retó á Cristo.

Sigurd, luciente antorcha de Noruega.
Y contestó Sigurd:—«Los viejos ídolos
aún viven, ¡oh rey! Thor sanguinoso
reina aún, y entre condes y barones
las viejas brujerías aún florecen.»
De esta manera á Olaf, hijo de Triggve,
habló Sigurd, Sigurd el santo obispo.
—«En el helado Septentrion, muy lejos,
en el golfo de Salten, Raud *el fuerte*,
el terrible pirata, á fuego y sangre
la comarca devasta, y es de todos
tenido por el señor; él, y sus hordas
de paganos, dominan en las islas
de Godoe, señor;»—dijo el obispo
Sigurd al soberano de Noruega.
—«Es un brujo, es un mago Raud *el fuerte*;
es señor de los vientos y los mares;
y gracias á sus artes endiabladas,
cuando á la vela se hace, siempre muéstranse
los vientos favorables; es un brujo.»
El rey al escuchar estas palabras
se persignó; y así siguió el prelado:
—«Y con ritos, señor, que aborrecemos,
dá culto á Odin y Thor; á estos adora:
no puede, pues decirse que los dioses
antiguos perecieron, y las artes
de mágicos y brujos y hechiceros.»
Así, rojo de cólera, el obispo

al rey dijo, y Olaf, con voz tonante.
—«Con Raud—exclamó,—Raud *el fuerte*,
he de hablar, por el nombre de mi padre.
Y en el golfo de Salten, con la espada
predicaré de Cristo el Evangelio,
y estirparé la vieja idolatría,
ó me traerán envuelto en mi mortaja.»
Por eso de Trondhjem se hizo á la vela
el rey Olaf, para el remoto Norte.

XIII.

EN EL GOLFO DE SALTEN.

Rugía el viento con no vista furia,
cuando de Olaf los buques, navegando
de Trondhjem hácia el Norte, aparecieron
á la boca del golfo maldecido
de Salten, do imperaba Raud *el fuerte*.
Aunque del mar la espuma candidísima
en sus bancos mojaba á los remeros,
nadie temía; que ningun cobarde
sigue del rey Olaf el pendon santo.
Horrible aspecto presentaba el golfo.
Las gigantescas olas con estruendo

azotaban la orilla y los bajeles;
una danza infernal estos danzaban.
que al más bravo llenára de pavura.
—«¡Es el brujo, el demonio, el hechicero,
Raud el mago el que las aguas mueve—
el obispo les dijo á los marinos—
mas no teme el señor las brujerías
de los que le aborrecen; Él es grande,
y ellos débiles son ante su diestra.»
El obispo Sigurd, á la serviola
subió con sus coristas, grandes ciriós
encendieron, y el aire perfumaron
con nubes espesísimas de incienso.
De pié el bendito obispo en la serviola,
con su cayado y su talar vestido,
parecía en verdad trasfigurado.
En lo alto hizo plantar el crucifijo
apoyado en un maste, entre la lluvia
incesante y la niebla ¡Cuál brillaba
el blanco Cristo en la negrura horrible!
Con agua bendecida roció el buque
el obispo Sigurd, y las campanas
anunciaron la misa, y los devotos
monjes en torno de Sigurd cantaron,
y él leyó en alta voz el Evangelio.
La flota entra en el golfo; las gigantes
olas se apartan para abrir camino,
que parece de plata, plata líquida.

Por él vuelan las naves como el viento.
Durante toda la pesada noche
no cesaron de arder los grandes cirios;
toda la noche entre la niebla espesa
vióse brillar el Cristo, el Cristo blanco,
cual resplandece del bendito apóstol
en el Apocalipsis tremebundo.
Llegó la flota al fin á do tenía
su morada Raud en la pequeña
isla de Gelling; del sombrío alcázar
no guardaba la puerta ni un soldado,
y luz no se veía en parte alguna.
Pero no lejos, primorosamente
esculpida y dorada, estaba surta
de Noruega la nave más magnífica,
que con rico creston y escamas verdes,
en forma de dragon, Raud *el fuerte*
hiciera construir. Olaf y todos
sus valientes, subieron la escalera
de la morada del audaz pirata;
á puñadas las puertas derribaron,
y vieron á Raud allí tendido,
roncando fuertemente; de cerveza
había hecho abundantes libaciones.
Del lecho le arrancaron, maniatándole
mientras él les miraba sorprendido,
y creyendo soñar. De esta manera
Olaf le habló!—«¡Oh rey del mar! ¡escucha!

tenemos para hablar muy poco tiempo.
Hora entre el bien y el mal escoge pronto.
El bautismo ó la muerte ¿qué deseas?»
Y contestó mofándose el pirata:
—«Yo tu oferta desprecio ¡yo no temo
á Dios ni al diablo. A tí te desafío,
á tí y á tu Evangelio mentiroso.»
No se hizo esperar la pena horrible
que el bárbaro pagano merecía:
abriéndole la boca, con un hierro
candente, la garganta atravesaron
del terrible pirata ¡Con qué rabia
Raud mordía el hierro enrojecido!
Así murió el pagano, inaccesible
al miedo y al dolor; nadie una queja
le oyó, mas sí blasfemias horrorosas.

* * *

Luego Olaf bautizó la gente toda
en aquella region, llegando á donde
llega el salmon saltando en las corrientes
que de Salten al golfo dan tributo.
Al lapon atezado, y al noruego
rubio, Olaf bautizó; y Thor y Odino,
hechos astillas, fueron pisoteados
en sus soberbios templos. Pronto el polvo
les cubrió, del olvido. Así el valiente

Olaf, rey de Noruega, con su espada
invicta, predicaba el Evangelio.
Cargado de laureles volvió al cabo
al puerto de Trondhjem con sus navíos.

LA SOMBRA DE ODIN.

Un banquete de Olaf quiero mostraros.
Los convidados eran bulliciosos,
la cerveza era fuerte, los escaldas
cantaban á una voz coplas antiguas,
ya sérias, ya jocosas, y mezclábanse
con las sonoras risas los aplausos.
Súbito abrióse con fragor la puerta,
y entró una bocanada de aire helado
en el salon; en el instante mismo,
plantada en el umbral vióse la forma
de un gigantesco anciano, cuya barba
casi llegaba al suelo. Segun dicen,
el anciano era tuerto; mas si un ojo
sólo tenía, era su brillo grande.
Al viejo viendo Olaf temblar de frio

—«Venid—le dijo—anciano, y calentáos
con esta cuerna de cerveza rica.»
El brebaje espumoso apuró el viejo,
como buen bebedor, de un trago sólo.
Riendo le miraban los presentes.
Y dijo el rey:—«No tengas miedo, anciano.
siéntate junto á mí.» Y aquel sentóse,
comió y bebió por siete; mas por eso
no dejó de charlar un sólo instante.
Cuentos del mar narró y antiguas sagas.
Y el rey Olaf le oía complacido.
Siempre cuando una historia concluía,
otra pedía el rey; pero el prelado
Sigurd, dijo riendo:—«Es ya muy tarde;
hora es ya de dormir ¡oh rey!» Y entónces
salió el rey de la sala del banquete;
mas siguiéronle todos, y con ellos
el anciano locuaz, que no callaba.
Pensado hubiera alguno al escucharle
que leía en un libro ¡oh Dios! qué historias
de hombres, y de gigantes, y de endriagos
de tierras y ciudades de renombre,
de tempestuosos mares, de batallas
en tierra y en las ondas bramadoras.
Cantó el himno de Odin el sanguinoso,
y su voz poderosa parecía
el chocar de las olas en las peñas
de la elevada costa, cuando ruge

la tempestad terrible, Y el anciano,
de su locuacidad misma burlándose,
así dijo:—«Señor ¿no nos enseñan
las antiguas canciones, por los dioses
en caractéres rúnicos escritas;
no repiten hoy dia los escaldas,
que cien mil veces más vale el silencio
que la palabra? ¿A quién, señor, no irrita,
de palabras un flujo interminable?»
Y sonriendo el rey replicó: —«¡Anciano!
No hables así, pues un placer tan grande
como el que tú me has dado con tus cuentos,
no me dieran jamás, te lo aseguro,
los más grandes escaldas y cronistas.»
Pero el obispo dijo:—«Es ya muy tarde.
Tiempo es ya de dormir; la noche avanza,
y pronto asomará la rubia aurora.»
Acostóse el monarca y al siguiente
dia en vano buscó al locuaz abuelo.
Se había ido sin duda; pero ¿cómo?
Cerrada estaba la pesada puerta,
dormido el perro. En el lozano cesped
ni una huella veíase. El monarca
se santiguó, diciendo:—»Odin el grande
ha muerto; nuestra Fé de fijo triunfa.
Odin murió, y el tuerto era su sombra.
Como sombra llegó y así marchóse.
Siempre en Noruega ha de reinar el Cristo.»

SIGRIDA LA ORGULLOSA.

I.

Viuda jóven y hermosa era Sigrida,
reina de Suecia, igualmente notable
por su sin par belleza y por su orgullo;
llamábanla Sigrida *la orgullosa*,
y así la nombran los cronistas todos.
Nunca hembra tan terrible hubo en el Norte.
Si era la forma de mujer, de hiena
tenía el corazon la bella viuda.
Con todo no faltaban pretendientes
que su mano y su reino codiciaban.
Mas ella á todos rechazaba altiva.
Dos había tenaces é importunos
en extremo: de Rusia el soberano,
cuyo nombre la crónica no dice,
y el reyezuelo Harald (1), que en Noruega

(1) Harald Grœnske.

poseía un estado pequeñísimo
en la remota costa de poniente.
Primo de Olaf era éste, y tolerado
por él, como lo fuera en otro tiempo
por Hácon *el vicioso*, *el rico*, *el conde*,
cuya historia se ha visto en estas páginas.
En vano, pues, Sigrida *la orgullosa*
á Harald rechazaba y al de Rusia;
con loca terquedad ellos porfiaban.
Viendo que á sus mensajes la cruel reina
con desden respondía inquebrantable,
el ruso desde el Este remotísimo,
y Harald del poniente tan lejano,
pusiéronse en camino para Suecia,
creyendo conseguir con sus palabras
lo que con cartas nunca consiguieron.
Casi á un tiempo llegaron á la córte
de la insensible viuda. En una vieja
casa alojóles con su servidumbre;
y una noche, cuando ellos descansaban,
tal vez soñando en ella, *la orgullosa*
hizo rodear la casa de soldados,
y la incendió. Los pobres pretendientes
abrasados murieron con los suyos.
Y Sigrida exclamó:—«Me he librado
de los más importunos. Ya esos tontos
no me han de molestar. ¡Odin me valga!»

—

II.

No asustó á Olaf el proceder horrible
de Sigrida la cruel. Y siendo viudo
á la sazon, á Suecia envió un mensaje,
su corazon, su mano y su diadema
ofreciendo á Sigrida *la orgullosa*.
Bien recibió Sigrida la propuesta,
que la halagó, porque era Olaf el hombre
más famoso del Norte en aquel tiempo.
A Sigrida envió Olaf rico presente:
aquel bello collar, *de oro macizo*
al parecer, que como se ha contado
quitára el rey á Thor. Muy grande gozo
al mirar el collar sintió la reina,
que sin duda pensó:—La gran blancura
de mi cuello, esta joya tan magnífica
bien hará resaltar. «A sus orífices,
para que la admiráran, la soberbia
joya entregó. Notando ellos lo poco
que pesaba, parece se miraron
de un modo malicioso, sonriendo.
Viólo la reina, y dijo á los artistas:
—«¿Por qué os reís? Decidme: yolo mando.
Nadie ante mí se ríe sin motivo.»
—«Perdon, señora. Aunque parece deoro,
no es de oro este collar. Mandad romperlo,

y lo vereis vos misma. «Los orífices
lo rompieron por órden de la reina,
y dentro del delgado collar áureo
apareció tosco collar de cobre.·
No era de oro el corazon ¡qué engaño!
De la orgullosa imaginad la furia.
Echó el collar con rabia:—«Nada—dijo—
quiero ya con Olaf. Quien así engaña
me engañaría siempre. Que otra esposa
encuentre el rey. Su corazon es falso
como el de ese collar. No de Sigrida
de Suecia ha de burlarse quien dá cobre
por oro. Y á otra engañe, si es que puede.

III.

La reina empero se calmó, y más tarde
consintió en recibir al rey noruego
para hablar de la boda proyectada,
y disponerlo todo. Cariñoso
estuvo el rey; besó la blanca mano
á Sigrida, y le dijo:—«Yo te quiero
con toda mi alma, bella reina mia.
Eterno cual la luz de las estrellas
será mi amor, te juro.» Y ella dijo:
—«¿por qué no juras como Odin, ¡oh prínci-
[pe!

sobre el anillo?«—«Nada de Odin me ha-
[bles.
Yo aborrezco los ídolos, hermosa,
y ha de adorar á Cristo mi consorte.
El bautismo recibe, y á tus falsos
dioses olvida.«—«No; que son los dioses
de todos mis abuelos. En buen hora
escoge tú los dioses que te gusten;
mas déjame los mios.« El noruego,
que cristiano celoso era ante todo,
insistió suplicante; pero en vano.
Y al ver que eran inútiles sus súplicas,
lleno de ira exclamó:—«Más ¿qué me im-
[porta
de una pagana vieja ya y marchita?«
Y así diciendo, el rey, con la manopla
en la mejilla la tocó, de nieve,
que de fuego tornóse al punto mismo.
Y volviendo la espalda con desprecio,
de la estancia salió. Y dijo la reina,
entre dientes, furiosa:—«Aqueste insulto
bien caro ha de pagar; buena memoria
tengo, y me vengaré.« ¡Ay! No fué vana
la amenaza; Sigrida era implacable.

BARBA DE HIERRO.

I

No había en todo el reino de Noruega
idólatra tan terco y tan ferviente
como «Barba de hierro,» así llamado,
porque áspera y dura era su barba;
áspera, dura y roja, cual la de Hymer,
el famoso gigante. De la tierra,
sin descanso, al cultivo dedicábase
«Barba de hierro» el fuerte; aborrecía
de la ciudad la vida y las maneras.
La libertad gustábale del campo,
y gustábale el trago de cerveza
junto al fuego en las noches del invierno.
Amaba sus caballos y rebaños,
el perfume del heno y de las flores,
el canto melodioso de las aves,
los henchidos graneros, el arroyo

que berros le ofrecía y agua fresca;
y más que todo, amaba á su hija hermosa,
Gudrun, la de las largas trenzas de oro.
Este, pues; era idólatra ferviente,
y aborrecía á Olaf por ser cristiano.

II

En el remoto Norte, en Rogalandia,
hubo gran asamblea de paganos,
junto á un templo famoso, en el que había
un gran Odin, un Thor resplandeciente
y otros ídolos bellos. El rey firme
en su afan de extender el cristianismo,
en la gran asamblea presentóse,
aunque armados estaban los idólatras
hasta los dientes. Y el monarca díjoles
que dejasen los dioses de madera
y al madero de Cristo se abrazasen.
A Olaf respuesta dió «Barba de hierro»
con ronca voz gritando:—«No es posible
que nosotros dejemos nuestros dioses;
nuestros dioses antiguos, y en su trono
coloquemos á un dios á quien no amamos.
¿Cómo el fuerte noruego adorar puede
á un dios tan débil, que matar se deja
clavado en una cruz? ¿Quién osaría
clavar á Odin ó á Thor; á Odin supremo,

ó á Thor, cuyo martillo ponderoso
produce el trueno y lanza el mortal rayo?
Un dios cobarde y débil no queremos.
Sólo sirve ese dios para las razas
muelles del Mediodía. No en Noruega
podrá reinar jamás. ¡Oh rey! No intentes
que esta tierra reniegue de sus dioses.
Eso es hacer traicion á tu buen pueblo;
¡oh rey! y si en tu empresa perseveras,
contigo lucharemos; somos fuertes,
fuertes son nuestras hachas, y sabemos
manejarlas muy bien. Mas si salvarte
quieres, haz como hicieron tus mayores:
á Odin y Thor ofrece sacrificios;
ellos son las deidades de Noruega.»—
Con voz no ménos fuerte, aunque más clara,
repuso Olaf:—«Yo ordeno á mi buen pueblo
que dejando los dioses engañosos,
sólo á Cristo venere. Aquí mi obispo
se apresta á bautizar á los que quieran,
dejando las tinieblas espesísimas
de la pagana odiosa ley, bañarse
en el raudal de viva luz que irradia
la Santa Cruz de nuestro padre Cristo.
Pero si os empeñais en que cruentos
sacrificios de nuevo se celebren
en esta tierra, á ello no me opongo.
Humanos sacrificios ofrezcamos

á los dioses; mas no de pobres rústicos
y villanos la sangre derramemos,
sino la de los hombres más ilustres
de la nacion; su clara sangre corra
en los altares. Ella sóla puede
agradar á los dioses. Orm de Lyra,
y Kar de Gryting y otros hombres grandes
sean en el altar sacrificados
en honor de los dioses de Noruega.»
Esto diciendo, un signo hizo á su gente,
y al templo dirigióse, su terrible
hacha empuñando. Alegres le siguieron
al templo sus valientes, mas no todos,
porque muchos quedaron peleando
con la pagana grey. En el recinto
sagrado había un Thor de doce varas,
y un bello Odin no ménos gigantesco,
de dioses más pequeños rodeado.
En un momento hiciéronlos astillas
Olaf y sus valientes con sus hachas.
Así, pues, destruida en un momento
de muchos meses la obra primorosa,
Olaf salió del templo con los suyos,
y fuera halló gran confusion. Su gente
con los rudos paganos combatía
y estos con gran coraje peleaban:
mas cuando vieron á su bravo jefe,
el gran «Barba de hierro» caer bañado

en su sangre, perdidos se sintieron,
y al ver que muerto estaba, amilanáronse,
y pidieron á gritos el bautismo.

III.

Otra asamblea reunió el monarca
pocos dias despues de estos sucesos,
y asistió á ella grande concurrencia.
Y todos los presentes declararon
que querían seguir la ley de Cristo.
En cambio el rey sabiendo que eran mu-
[chos
los amigos y deudos que lloraban
la muerte del feroz «Barba de hierro.»
declaró que daría á la familia
del difunto una suma no pequeña,
y que pues viudo estaba, por esposa
tomaría á la hija del finado,
Gudrun, la de las lindas crenchas de oro.
Así aquietó el monarca á los amigos
del gran «Barba de hierro.»
Celebróse
la boda con gran pompa; la doncella
parecía contenta, y muy contentos
estaban los noruegos, segun dicen,
de tener una reina tan hermosa.

Mas ¡qué noche de boda! El soberano
despierto estaba hácia la media noche;
pero Gudrun creíale dormido,
pues estaba muy quieto, y con los ojos
cerrados. Mas de pronto, abrió el monarca
los ojos, y ¿qué vió? A Gudrun la bella
blandiendo un gran puñal que iba á cla-
[varle
en el pecho, en venganza de la muerte
de su progenitor «Barba de hierro.»
Saltó del lecho Olaf, y á su consorte
despidió con palabras no muy finas.
Y la tierna Gudrun, con sus domésticos
y sus efectos se volvió á su casa.
Así terminó enlace tan famoso.

LA PRINCESA THYRI.

I.

Suenon, apellidado «Barba hendida,»
reinaba en Dinamarca. Ocupadísimo
estaba en la conquista de Inglaterra,
que aún trece años de guerra costaríale,
cuando negocios graves le llamaron
á su reino. Invadirlo amenazaban
enemigos temibles. Era el uno
el viejo Burislaw, el que regía,
en la costa del Báltico remota,
la tierra de los Wends, de gran renombre;
y era el otro de Suecia el soberano,
el hijo de Sigrida la orgullosa,
la viuda cuya historia habeis leido.
Como Suenon ansiaba la conquista
de Inglaterra acabar, trató prudente
de aquietar á sus nuevos enemigos,
y con dos casamientos consiguiólo.

El dió su mano á la terrible viuda,
que lozana y hermosa conservábase,
y prometió su hermana, Thyri bella,
al viejo Burislaw. Este concierto
no agradó á la princesa.—«¡Vaya un no-
[vio!»
ella decía con razon.—«Idólatra,
y viejo, y feo; ántes morir cien veces
que ser su esposa.» Pero fué preciso
obedecer á su señor y hermano.
De Burislaw salió para la córte,
Thyri, de Dania la princesa bella,
y allí fué con festejos recibida.
El vejete, al mirarla tan hermosa,
sintióse remozar, y que la sangre
más rápida corría por sus venas.
Mas Thyri desdeñosa se mostraba.
Y cuando el viejo rey el matrimonio
dispuso, no logró que ella asistiera
á aquel acto solemne, con gran pompa
preparado. Durante una semana
Burislaw rogó á Thyri que cediese,
y su mano aceptára y su diadema.
Mas ella fué inflexible, y una noche
huyó de aquella tierra, en compañía
de un hermano de leche, que de Dania
vino con ella, y era, segun dicen,
su servidor más fiel. Cuando llegaron

de Suenon á la córte, éste se hallaba
lejos, en Inglaterra. Pudo Thyri
de la ausencia alegrarse, pues, de fijo,
si allí estuviera el cruel Suenon, de nuevo
la hubiese enviado al lado del vejete.
Thyri, pues, de su hermano temerosa,
huyó otra vez, y fué á pedir amparo
al rey noruego Olaf, que en aquella época
era en el Norte el hombre más famoso.

II.

Hombre grande era Olaf, aunque su Es-
[tado
era en Escandinavia el más pequeño.
El rey de Dinamarca, ni el de Suecia,
habían alcanzado tal renombre.
Era hermoso y gallardo, y su atavío
siempre digno de un rey. Era en extremo
alegre y decidor. Con gran fluencia
expresábase siempre; en todo el Norte
hombre tan elocuente jamás hubo.
En la caza ninguno superábale,
ni en batalla campal; lanzaba á un tiempo
dos jabalinas siempre, y nunca el tiro
erraba, segun cuentan. Gran destreza
en el juego mostraba de las dagas.

De estas cinco en el aire mantenía
á un tiempo mismo, y por el puño asiendo
una tras otra á todas, al espacio
las lanzaba otra vez, sin que ninguna
se cayera ó le hiriese. Ménos diestro
no era en saltar, nadar, ni en ningun otro
corporal ejercicio. Tales eran
todas las bellas artes de aquella época,
y de aquella comarca; en todas ellas
era Olaf superior. No es maravilla,
pues, que Thyri, atraida por su fama,
fuera á pedirle proteccion y amparo.

III.

Muy bien recibió el rey á la princesa;
que Olaf con todos se mostraba afable
y más con las doncellas agraciadas.
Oyó con interés su triste historia,
cautivóle su gracia y su hermosura,
su talento admiró, y así le dijo:
—«Tu infortunio, bellísima princesa,
ha llenado de lágrimas mis ojos.
Segura estás aquí; vive tranquila.
Tus temores desecha. Los noruegos
y su rey morirán ántes que nadie
de tus áureos cabellos toque uno.

¡Guay de Suenon y Burislaw si vienen
á buscarte! Tenemos buenos brazos,
buenas hachas y espadas. Nada temas.
No las gracias me dés, pues de otro modo
recompensarme puedes, ángel bello.
Dame tu corazon, y toma en cambio
mi corazon, mi mano y mi corona.
Fugitiva has llegado á esta comarca;
¿quiéres su reina ser, pues lo mereces
por tu virtud, tu gracia y tu hermosura?
Así habló el rey ¿Y qué contestó Thyri?
Adivinen las bellas qué diría,
sabiendo que era él jóven y bello,
y rey valiente; á más hombre famoso,
y amable como pocos. ¿Quién desecha
un novio así en Noruega, ni en España?

IV.

Feliz fué el rey con Thyri la de Dania
Por eso de su historia de casados
poco hay que referir. Sólo un suceso
la crónica recuerda. Aquí lo pongo.
Un muy extenso Estado poseía
en la costa del Báltico la reina,
de Burislaw tocando á los dominios.
De aquellos territorios propietaria

era desde mucho ántes que su hermano
en casarla pensára con el viejo
rey Burislaw; pero éste, por vengarse
de Thyri, apoderóse de su Estado.
Y por eso la reina estaba triste,
en su estancia llorando, una mañana.
El canto de calandrias y jilgueros
en el vecino bosque, no podía
á la reina alegrar; ni las inmensas
bandadas de gaviotas, que graznando
volaban sobre el mar, un sólo instante
distraerla podían. Mucho amaba
sus Estados del Báltico la reina.
Triste así y pensativa su marido
la encontró, que venía sonriente
á ofrecerle de angélicas un ramo,
que llenó el aposento de perfume.
Del rey el bello rostro, de alegría
fulguraba; mas no así el de su esposa,
á una noche de lluvia semejante.
El colocó en sus manos las angélicas,
con palabras tan dulces y agradables
como el perfume de las bellas flores;
de Thyri las riquísimas sortijas,
entre las verdes hojas fulguraban,
como brillan las gotas de rocío
al reir de la Aurora, en la floresta.
Mas ella echó las flores desdeñosa;

lejos de sí arrojólas en el suelo,
con desprecio mirándolas:—«Mejores
y más ricos presentes—dijo Thyri—
daba el rey Harald Gormsen á mi madre;
presentes de más precio que esas hierbas
que nada valen. Más ricos presentes
ganó para ella, cuando en este reino
penetró con su gente, y asolándolo
ganó rico botin. Mas tú no osas
ir á Wendlandia y rescatar mis tierras,
que Burislaw retiene injustamente.
Miedo tienes del viejo, y tienes miedo
de pasar el estrecho tan terrible
del Sund, con tus navíos; miedo tienes
de mi hermano Suenon de Dinamarca,
que tus escuadras dispersar podría,
cual desparrama el viento huracanado
las amarillas hojas en otoño.»
Olaf saltó como un leon herido
al oir las palabras de su esposa,
y dijo:—«Nunca Olaf, rey de Noruega;
ha temido á Suenon de Dinamarca.
He de agarrarle de su «barba hendida»
y he de arrastrarle cual si fuera un perro.
Así dijo á la reina, y de la alcoba
salió, y luego á la calle. Los transeuntes,
al mirarle tan rojo y enfadado
pasar corriendo sin fijarse en nadie,

mas sin perder su aire majestuoso,
asustados parábanse.
El monarca
su gente reunió, juntó su flota,
y se hizo á la vela. Parecían
bandada de gaviotas los bajeles,
volando por la costa de Noruega
y el proceloso Sund. Triggveson mismo
las vergas arreglaba y botalones,
sujetaba la jarcia crujidora,
y gobernaba con su propia mano
el gran timon de la »Serpiente Larga.» (1)
De Burislaw desembarcó en el reino;
aquel halló muy justas sus razones,
y le colmó de obsequios; los Estados
le devolvió, de Thyri; que no era
el anciano monarca rencoroso.
Y Olaf dijo riendo:—»Veinte yuntas
de bueyes poderosos no lográran
arrastrarnos, de fijo, cual arrástranos
una mujer con un sólo cabello.
Y es indudable que brillantes joyas

---

(1) Nombre del mayor y mejor buque del rey Olaf Triggveson. Debía ser del tamaño de una moderna fragata de 45 cañones, y fué construido por Thorberg Skafting.

mejor adorno son para una reina
que angélicas fragantes. Razon tuvo
mi bella Thyri. ¡Dios su vida guarde!
De reina son sus altos pensamientos.»

LA BATALLA DE SVOLDE.

I

Vimos ya que Sigrida «la orgullosa»
se enlazó con Suenon de Dinamarca,
Suenon, apellidado «Barba-hendida.»
Además de orgullosa, era la reina
vengativa, implacable cual ninguna.
De Olaf la ofensa no había olvidado,
y vengarse quería. Su grande ódio
al rey Olaf, creció cuando el noruego,
atrevióse á pasar con su gran flota
el Sund de Dinamarca. A su marido
la reina así decía con frecuencia:
—Ese insolente Olaf, hijo de Triggve,
sin tu permiso se casó con Thyri,
Thyri, tu hermana Thyri, prometida
del viejo Burislaw, rey de Wenlandia.

No contento con eso, el rey noruego
su flota lanza al mar, como si él fuera
el gran héroe del Norte. Que tal piense
de la chica Noruega el soberano,
cosa es que dá vergüenza, por mi nombre!
¡Por qué lo soportais, los que de veras
sois reyes grandes, reyes poderosos?
¿Por qué lo sufres, rey de Dinamarca?
¿Por qué Olaf, rey de Suecia, lo soporta?
Es mi hijo, y lo siento: no querría
tener un hijo así, tan pusilánime.
Pues tú, mi esposo, no eres más valiente,
ni cuidas de tu honor con mayor celo.»

II

Así hablaba Sigrida á todas horas
á su esposo Suenon de Dinamarca;
así logró que el rey se decidiese
á acabar con Olaf, hijo de Triggve.
Suenon alióse con el rey de Suecia,
y con el conde Eric, bravo noruego
que pirateando se hizo poderoso.
Hijo era Eric, de Hakon «el malvado,»
de quien Olaf ciñera la corona
cuando á aquel degolló el esclavo Karker.
Por eso al rey Olaf Eric odiaba;

y así con sus tesoros y sus buques
á los aliados ayudar propúsose.
Y otro aliado encontraron de valía
los fieros enemigos de Noruega.
Era el conde Sigvaldo, invicto jefe
de los piratas de Jomsburg terribles.
¡Lástima que un noruego tan famoso,
de Noruega ayudase á los contrarios,
con la traicion manchando un claro nombre!

III

Despues de recibir de sus aliados
todas las necesarias instruciones,
salió el conde Sigvaldo, con no grande,
aunque excelente flota, á reunirse
como amigo á la armada de Noruega,
que á Wenlandia marchaba. Y así dijo
Sigvaldo al rey Olaf:—»Tambien yo tengo
que ver á Burislaw. ¿Cómo pudiera
ir á verle en más grata compañía?
Sigvaldo en breve la amistad captóse
de Olaf, que era sencillo y confiado.
Burislaw recibióles cariñoso,
y con brillantes fiestas y banquetes
celebró su v.nida. A los deseos
del noruego accedió, que reclamaba

los Estados de Thyri. Así las cosas
arregladas, volverse á su Noruega
ansiaba Olaf, y ni uno de los suyos
otra cosa quería; pero el viejo
rey Burislaw se había aficionado
al noruego y quería detenerle,
y preparaba nuevos regocijos,
y festines sin par. Y el traidor conde,
Sigvaldo el conde, con astucia extrema
conseguía que Olaf allí su estancia
prolongara, sabiendo que sus fieros
enemigos estaban preparándose.

No le dejó partir hasta que supo
que bien dispuesto lo tenían todo
sus aliados. Hiciéronse á la vela
alegremente Olaf y sus noruegos,
del infame Sigvaldo en compañía.
Con sus potentes flotas esperaban
junto á la isla de Svolde (1) los contrarios,
Suenon de Dinamarca, Olaf de Suecia,
y el conde Eric, noruego de renombre,
y vástago de Hákon «el lascivo.»
Sigvaldo, práctico en aquellos mares,
de Olaf la grande escuadra dirigía,

---

(1) En vano he buscado esta isla en el mar Báltico; tal vez, como á la famosa Atlándida, la devoráran las aguas.

y la condujo así á donde en acecho
aguardaban los otros. Luego el conde
dobló el cabo y huyó con sus bajeles.
¡El nombre del traidor sea execrado!

IV.

De estío una bellísima mañana
llegó á Svolde la flota de Noruega.
Eran setenta naves, las mayores
que hasta entónces se vieron navegando;
mas no iban en órden de combate,
pues la traicion ninguno sospechaba.
¡Oh Dios! ¡cómo avanzaban los navíos
como gallardos cisnes! Los aliados
con asombro mirábanlos y miedo.
Cada vez que un navío divisábase
más grande que los otros, con envidia
exclamaba Suenon de Dinamarca:
—«Que es la «Serpiente larga» me parece.»
Y Eric, hijo de Hákon, le decía:
«No, señor rey; mayor, mucho más grande
es la «Serpiente Larga.—Y cuando llegue,
te costará ganarla, si la ganas;
porque fuertes noruegos la tripulan.»
Que esto «aparte» añadió bien se compren-
[de;

irritar no quería al rey de Dania.
Por fin Olaf llegó en su gran navío,
obra maestra de Thorberg Skafting.
De los aliados la admirable flota
entónces se movió en órden perfecto,
para atacar á la noruega escuadra,
y cerrarle del golfo la salida.
Olaf al punto comprendiólo todo;
pero no desmayó. Sus capitanes
le dijeron:—«Señor, si combatimos
es segura y completa nuestra pérdida.
No permitais que esta traicion odiosa
aprovechen tan viles enemigos.
A toda vela huyamos; es lo único
que podemos hacer.» Mas Olaf dijo:
—«Mis hombres nunca huyen, ni mis naves;
de la batalla yo nunca he huido.
¡Arriad, pues, las velas! Dios disponga
de mis naves, mi vida y mi corona.
¡Haced sonar los cuernos! Que Ulf «el Rojo»
tremole el estandarte de Noruega,
y cada uno con ardor combata
sin temor á la muerte. Es fin hermoso
peleando morir.» Con gran estruendo
sonaron, pues, los cuernos, y las velas
con estruendo cayeron. Ya preciso
morir era ó vencer. ¿Quién vencería?

V.

Miraba el rey á la enemiga escuadra,
y viendo en ella á Eric, cuentan que dijo:
—«De daneses y suecos no me importa;
¿por qué con sus mujeres no han quedado
en sus casas? Yo creo que están locos,
pues osan acercarse á mi «Serpiente.»
Es gente afeminada, y mis noruegos
de ellos darán en breve buena cuenta.
Mas ha de ser rudísimo el combate,
y hechos heróicos ha de haber, no dudo,
pues á Eric el noruego allí diviso.»
En el centro venía el rey de Dania,
Suenon, apellidado «Barba hendida;»
de cincuenta remeros al empuje
avanzaba su nave majestuosa.
A la derecha Olaf, Olaf de Suecia,
avanzaba rodeado de sus grandes;
y á la izquierda el noruego Eric venía,
Eric hijo de Hákon «el lascivo.»
De pié Olaf de Noruega en el alcázar
de la «Serpiente Larga,» la gran flota
enemiga miraba sin pavura.
Hermoso estaba el rey con yelmo de oro
y manto de escarlata. Su brillante
dorado escudo, no tenía mancha.

¡Con qué destreza manejaba el arco
de fresno, que lanzaba las mortíferas
flechas de roble! ¡A cuántos infelices
envió el rey á morar con sus abuelos
en la region ignota de las sombras!
De Noruega la enseña tremolaba
Ulf «el rojo,» de proa en el castillo;
parecía de un lobo la cabeza,
la cabeza del fuerte abanderado
con su áspera barba y sus cabellos
más ásperos aún, rojos y grises.
Grandes y agudos como los de un lobo
eran del rojo Ulf los duros dientes.
Contemplábale Olaf con complacencia.
Estaba junto á Ulf Kolbiorn el bravo,
al rey en traje y rostro semejante.
Este era fuerte y duro como pocos.
Su manto carmesí maravillaba
á los pajes de escoba y los belitres;
y su cota de malla relucía
cual un helado rio resplandece
á la süave luz de las estrellas.
Si como el rey vestía, era que ansiaba
que por el rey tomáranle, salvando
de ese modo tal vez tan cara vida,
y muriendo por él cual buen noruego.
Cerca de la mampara estaba el fuerte
señor de Thelemark, alto, delgado,

moreno; en su velludo y seco brazo
llevaba impresa un ancla azul; morena
era su mano enorme, semejante
al martillo de Thor. Junto á tan rudo
guerrero estaba, con sus bucles de oro
flotando en libertad, un bello jóven
delgado y elegante y distinguido;
en sus ojos había la dulzura
que se nota en los ojos de una hermosa
doncella, en el verdor de sus abriles.
Einar de Tamberskelver se llamaba
este valiente jóven, que aquel dia
peleó como pocos por Noruega,
por Noruega y el rey. Los marineros
de la «Serpiente Larga» eran sesenta,
y á sus rudas faenas entregados,
juraban sin cesar; hombres muy fuertes
eran estos, de músculos de hierro:
ámplio pecho y espaldas de gigantes,
manos grandes, morenas y callosas.
Así llena de bravos, avanzaba
la más hermosa nave de Noruega.

VI.

¡Qué terrible batalla! Yo quisiera
de la fama tener la grande trompa,

para de un modo digno celebrarla.
Del piélago los rápidos corceles
se entrechocaban con horrible estrépito;
las piedras, jabalinas y saetas
los guerreros diezmaban de ambos bandos.
¡Cuántos bravos murieron aquel dia!
A veces un bajel á otro acercábase,
y volaban los férreos arpeos,
clavábanse en las jarcias y los palos,
y amarrados quedaban los dos buques.
La gente del primero, sobre el puente
del segundo saltaba, con gran fúria
picas enarbolando y fuertes hachas,
y llevando el terror á los contrarios;
el terror y la muerte. Confundíanse
los gritos de dolor con los horribles
roncos gritos de triunfo, y con el ronco
bramido de las olas; por el puente
corrían rios de humeante sangre,
mas no por eso dábanse reposo
las hachas y las lanzas agudísimas.
¡Oh dioses! ¡Qué festin hubo aquel dia
de los infiernos en las negras salas!
Allí cayó la flor de los guerreros
de los reinos del Norte. ¡Oh miserable
ciega raza de Adam, que sus dolores
en aumentar se goza! ¿No se sufre
bastante en este aborrecido globo?

A los terribles males inherentes
á nuestra triste condicion humana
¿por qué añadimos, locos ó malvados,
los males de la guerra fratricida?
Hermanos somos todos, y debiéramos
aliviar nuestros males, no acrecerlos.

VII.

Arquero como Einar, ¿cuándo se viera?
Apoyado en un mástil, sin descanso
lanzaba agudas flechas, que llevaban
con la muerte el remedio de los males.
Einar vió al conde Eric, y se propuso
á la region mandarle de las sombras.
Varias flechas lanzóle sin herirle,
pues defendían al valiente conde
las batayolas y su gran escudo.
Mas viendo el conde Eric que las saetas
más se acercaban cada vez, y viendo
que el destrísimo arquero no cejaba
en su terrible empeño de matarle,
perdido se creyó, y dijo;—«Paréceme
que es hora de cantar el himno triste
de la muerte de Hákon, pues su hijo
pronto á encontrarle irá en la eterna noche.»
Apénas dijo, cuando una saeta

lanzada por Einar, el diestro arquero,
rozó del conde la bruñida cota.
Einar entónces á un soldado dijo,
que estaba junto á él:—«Pronto, con tu ar-
[co
aquel arquero mata que en el mástil
está apoyado: apunta bien, valiente.»
La saeta partió, bien dirigida,
y fué á romper el arco del noruego.
Olaf el ruido oyó, y dijo:—«¿Qué ha sido?
Diríase un navío destrozado
encallando entre rocas. De este modo
Einar le contestó:—«No ha sido un buque
que destrozado encalla; es otra cosa
que más te importa ¡oh rey! Es tu Noruega
que ha saltado en astillas de tus manos.»
Y contestóle el rey:— Mal profeta eres,
amigo Einar. Otro arco voy á darte.»
Y de sus arcos el mejor tomando,
se lo alargó. Y entónces vió el arquero
que del brazo del rey sangre manaba,
y la férrea manopla enrojecía.
El arco tomó Einar, vió que era débil
y arrojando arco y flechas, así dijo:
—¡Oh rey! para un guerrero tan ilustre,
tus arcos son muy débiles; por suerte
tengo aquí mi gran hacha de abordaje.
Así dijo el muchacho, y sonriendo

al navío subió de Eric el conde,
al dorado dragon que decoraba
la alta proa agarrándose. El valiente,
San Miguel parecía derribando
al dragon infernal. Olaf, gozoso
miraba al desbarbado intrepidísimo.

VIII

No es posible los actos de bravura
que allí se vieron relatarlos todos.
Cual lo había previsto el rey noruego,
la gran flota de Dania, y la de Suecia
no ménos grande, fueron derrotadas,
y maltrechas huyeron. Pero en cambio
el bravo conde Eric y sus bajeles
acosaban los buques de Noruega.
Vencidos y ganados fueron estos
tras largo pelear, menos la nave
en que se hallaba Olaf, la famosísima
«Serpiente Larga.» El conde Eric, dos veces
la abordó, y fué dos veces rechazado;
mas no por eso Eric desanimóse,
y la abordó otra vez. Ya casi sólo
estaba Olaf. Su gente había muerto
por su pátria, y su rey, y su bandera.
El conde Eric, ansioso de venganza,

enarbolando el hacha de combate,
corrió hácia el rey, gritando:—»¡Eres per-
[dido!
¿Del rey Hákon te acuerdas, el llamado
Hákon el conde? Yo á vengarle vengo,
pues soy su hijo Eric. Ya me conoces.»
Mas se quedó perplejo al encontrarse
con dos Olafs, porque Kolbiorn el fuerte
estaba junto al rey; en traje y rostro
eran iguales, y tambien en armas,
sin exceptuar los áureos escudos.
Perplejo estaba el conde, y no sabía
á quién herir. En tan terrible instante,
en voz baja Kolbiorn al rey le dijo:
—«La batalla perdimos; la preciosa
vida vuestra salvad. Es de Noruega.
Al mar saltemos, ¿No sois por ventura
el mejor nadador que hay en el Norte?
Nuestra gran semejanza les confunde.
Aprovechémosla, y ¡Cristo nos salve!»
Así dijo el valiente; á un tiempo mismo
Kolbiorn y Olaf saltaron á las aguas,
el escudo embrazando cual si fueran
á combatir. Al cabo de un segundo
el broquel de Kolbiorn vióse flotando,
y un soldado de Eric cogiólo, y dijo:
—«El escudo es del rey de los noruegos.
Como un valiente ha muerto. ¡Odin le salve!»

Un segundo despues, á gran distancia
vióse otro escudo igual sobre las ondas.
Era el de Olaf, que el rey dejado había
para nadar mejor. Y dice el vulgo
que Olaf se despojó de su armadura
y nadó hasta la costa, y á su reino
volvió; mas no es verdad. Los mamoncitos
de Noruega mancebos se tornaron,
y los mancebos se tornaron viejos,
mas ya al gran rey nunca se vió en Norue-
[ga.

EL REY OLAF EL SANTO.

I.

EL NIÑO.

Harald el reyezuelo, que en mal hora
amó á Sigrida, la orgullosa reina,
y que por ella fué quemado vivo
en compañía de un monarca ruso,
era primo tercero del insigne
Triggve, padre de Olaf, aquel valiente
que en Svolde perdió vida y corona.
Harald era casado; en Groenlandia
su mujer amantísima tenía,
cuyo nombre era Aasta, segun dicen.
El horroroso fin de su marido
mucho afligió á la viuda; mas la triste
morir no quiso de dolor, que estaba

en cinta, y para el hijo de su seno
deseaba vivir. Cuando á luz dióle,
en recuerdo del héroe su pariente
le llamó Olaf. Y á nombre tan famoso
con el tiempo dió el niño nuevo lustre.
Jóven aún y bella era la viuda,
y así en segundas nupcias enlazóse
con Sigurd Syr, un rico reyezuelo,
hombre bueno y prudente, y muy amado
en aquella comarca. Biznieto era
del noble Harald, fundador insigne
de la ilustre noruega monarquía (1).
Dos ó tres hijos á Sigurd dió Aasta;
pero en la casa Olaf fué el favorito.
Su padrastro le amaba con ternura
y le educó con singular esmero.
Un preceptor le dió de gran renombre,
Rane llamado, «el gran viajero» Rane.
Dichosa fué la vida de muchacho
de Olaf, pues en su casa y fuera de ella
adorábanle todos. De aquel tiempo
un suceso refiérese, que muestra
el carácter del niño.

Cierto dia,
en camino teniendo que ponerse
su padrastro, y no hallándose en la casa

---

(1) Harald «el de los cabellos de oro.»

el criado, Sigurd á Olaf le dijo:
—«Ensilla ahora mismo mi caballo;
pues tengo que partir, y el tiempo vuela.»
Olaf tomó la silla, y á la calle
salió, y allí tomando el más barbudo
cabron que pudo hallar, con gran presteza
ensillóle y llevólo á su padrastro.
Frunciendo el ceño, mas sin enfadarse,
así dijo Sigurd:—«¡Vamos, ya veo
que obedecer mis órdenes no quieres!
Para ser mi escudero eres muy alto.
¿Tu madre no te dice á todas horas
que era tu padre un soberano insigne,
el poderoso rey de Groenlandia?»
Rióse Olaf sin replicar: entónces,
ensillando el padrastro con sus manos
el caballo, marchóse á sus negocios.

II.

LA TOMA DE LÓNDRES

Doce años nada más Olaf tenía
cuando provisto de una bella flota
por su padrastro Syr, al mar lanzóse,
á emular de los más bravos piratas
las hazañas terribles. Su famoso

preceptor, Rane el sábio, acompañábale.
«Rey» llamaban á Olaf sus compañeros,
y á ser rey aspiraba de Noruega;
mas reunió primero, pirateando,
grandísimas riquezas. Es famosa
su expedicion á Suecia; varias veces
á los suecos venció, taló sus campos
saqueó sus puertos é incendió sus naves,
vengándose cruelmente de la horrible
muerte que allí á su padre Harald dieran.
En aquella campaña acreditóse
Olaf de gran guerrero. Hasta Inglaterra
llegó su fama; y el monarca estólido
que á la sazon ceñía la corona,
auxilio le pidió contra los bravos
hijos de Dania. Olaf, compadecido
de Ethelredo «el pesado» y de los suyos,
y odiando á más á los daneses fieros,
ayudarle juró con eficacia.
Trasladóse á Inglaterra sin demora,
pues era la ocasion muy favorable
para abatir de Dania la altiveza.
Muerto era el rey Suenon; y su hijo el prín-
[cipe
Canuto, más despues llamado «el Grande»,
ocioso estaba en Dania, aunque decíase
que á Inglaterra muy pronto pasaría
para capitanear á los daneses,

y dejar la conquista asegurada.
Ethelredo y Olaf, sitio pusieron
á la ciudad de Lóndres, que intomable
creían todos, por sus altos muros,
su fuerte guarnicion dinamarquesa,
víveres y pertrechos abundantes.
En el puente encontraron grave obstáculo
los sitiadores, pues desde él hacían
gran estrago en la gente de sus buques,
lanzando grandes piedras, y terribles
armas arrojadizas.—El noruego,
sobre cada navío poner hizo,
á diez ó doce piés sobre cubierta,
de madera una fuerte plataforma,
que al buque defendiese y tripulantes;
de ese modo acercarse pudo al puente
la escuadra, sin peligro. Mas los buques
de Ethelredo «el pesado,» ni así osaban
al puente aproximarse; ejemplo dióles
el heróico noruego. Con sus naves
al puente se acercó; fijó enseguida
en él sólidos cables. Ethelredo
y los suyos entónces animáronse,
y acercándose al puente, á Olaf el bravo
con ardor secundaron. Y del puente
rompiendo los estribos y puntales,
llevaron el terror á los heróicos
hijos de Dania que lo defendían.

A discrecion tuvieron que rendirse,
y Lóndres fué de Olaf y de Ethelredo.

III.

CORAZONES ABIERTOS.

Pero empresa más alta meditaba
el noble, el bravo Olaf. Ganar quería
el cetro y la corona de Noruega.
Una muy favorable coyuntura
pronto se presentó. Regía entónces
aquella tierra el conde Eric, el mismo
que en Svolde venció, como sabemos.
Mas este Eric, con todos sus soldados
y con toda su escuadra, trasladóse
á Inglaterra, á ayudar al gran Canuto,
ocupado en ganar aquella ínsula.
El momento era, pues, oportunísimo;
y sin estorbo entró Olaf en Noruega,
aunque bien decidido á estarse quieto
ántes de consultar á sus amigos,
y meditar la empresa sériamente.
Cuando de Olaf la madre cariñosa
supo que aquel llegaba, preparóse
cual merecía á recibirle. Al punto
hizo que sus criados y doncellas

á trabajar pusiéranse en el campo,
é hizo que su esposo se pusiese
su vestido mejor. El sol se hallaba
próximo al meridiano, cuando el jóven
Olaf llegó. Y en medio del hermoso
valle, de mieses áureas cubierto,
vió á Sigurd, su padrastro, rodeado
de fuertes segadores; las muchachas
ataban las gavillas con presteza,
y Aasta las miraba sonriente.
Despues que el jóven abrazó á su madre,
que de placer lloraba, á su padrastro
se dirigió, quien con amor besóle.
Bello estaba Sigurd, con gran sombrero
gacho, con manto azul y bragas rojas,
con botas bien atadas, y un velito
que el rubicundo rostro defendía
de chupones mosquitos y de moscas.
En un baston con gran puño de plata
se apoyaba Sigurd, que ya era anciano.
Y Olaf á su padrastro así le dijo:
—«Creo que ya conoces mi proyecto
de conquistar el trono de Noruega,
y espero que tu ayuda no me niegues.»
—«Con ella contar puedes, de seguro,»—
replicó Sigurd Syr:—«Hacienda y vida
por servirte daré; de mi adorada
Aasta eres el hijo, y sabes te amo

como te amó tu malogrado padre.
Pero debes ser cauto, ser prudente;
que la empresa no es fácil y sin riesgo.
Con tiento obremos.»—Mas la madre escla-
[ma:
—«Si se lleva muy léjos la prudencia
es falta de energía. No es posible
llevar á cabo empresa tan heróica,
sin gran resolucion. Yo hasta la muerte
te ayudaré, hijo mio. No vaciles.
Tu empresa es justa y noble y generosa,
y gran vergüenza vacilar sería.
A Noruega servir, morir por ella
si es preciso, es deber de los noruegos.
Sin peligros un cetro no se empuña;
mas los arrostra y vence el varon fuerte.»
Y repuso Sigurd: «Lástima grande
sería que una empresa tan gloriosa
la falta de prudencia malográra.
Con calma proceded; yo á mis amigos
consultaré. Si obramos sin cordura,
el plan fracasará. Y hora, la vuelta
de nuestro hijo amado celebremos
con alegre festin, juegos y bailes.»
Así se hizo; los vecinos todos,
en alegre banquete congregados,
carneros devoraron y novillos,
y bebieron á rios la cerveza,

y en honor del mancebo y de su madre
cantaron coplas báquicas. Y luego,
como hermanos mezcláronse en la danza,
pobres y ricos, jóvenes y ancianos,
matronas y doncellas. ¡Qué gozoso
estaba el noble Olaf, de sus amigos
al ver la animacion y la alegría!

IV.

LOS CINCO REYEZUELOS.

Perseverando Olaf en su designio,
una asamblea reunió del pueblo,
y ante ella declaró sus pretensiones.
—«yo soy—les dijo—el deudo más cercano
del celebrado Olaf, hijo de Triggve,
de la real estirpe de Noruega.
Yo debo aquí reinar, y no Canuto,
ni su cuñado Eric, ni de éste el hijo (1).
Todos son extranjeros, y no pueden
en Noruega reinar; que los noruegos
quieren un rey noruego.» La asamblea
al mancebo aplaudió, y rey llamóle,

(1) Hákon, nombrado por Canuto «virey» de Noruega.

y le juró fidelidad. Con todo,
no bastaba con eso, porque había
más de un partido hostil en la comarca;
mas venciólos Olaf uno por uno.
Sus enemigos más terribles eran
cinco bravos caudillos, reyezuelos,
que en la áspera comarca montañosa
sus estados tenían. Estos cinco,
como Olaf, descendían del ilustre
Harald, Rey de Noruega, apellidado
«el de cabellos de oro.» Mas ninguno
era de aquel tan próximo pariente
como el jóven Olaf. Viendo el mancebo
que por rey aceptarle no querían,
y contra él los cinco federados,
de pelear ganosos, avanzaban
con numeroso ejército, una noche,
dando de actividad gallarda muestra,
y táctico mostrándose habilísimo,
de los cinco rodeó el valiente ejército,
que perdido se vió al rayar el dia,
y tuvo que rendirse, á Olaf jurando
fidelidad eterna. De ese modo,
los cinco reyezuelos y su gente
pudieron regresar á sus hogares
en vez de ir al imperio de las sombras.

V.

EL CONDE HÁKON

Aunque rey nunca osára apellidarse,
como rey en Noruega señoreaba
el conde Eric, el que venció en Svolde.
Y cuando con su gente fué á Inglaterra
á ayudar al ilustre, al gran Canuto,
á Noruega envió á Hákon, su hijo amado,
para que él en su ausencia la rigiese.
Supo Olaf que el mancebo con su escuadra
á Noruega volaba, y que debía
desembarcar en cierto estuario angosto.
Allí Olaf precedióle: un gran navío
á cada lado puso de la estrecha
entrada del estuario; un fuerte cable
sumergido en el mar, por cada extremo
fijó á los cabrestantes de los buques,
y el arribo esperó del conde Hákon.
Pronto se vió á la casi real falúa
del estuario á la entrada dirigirse.
Sorprendióse no poco el conde viendo
del estuario á la boca las dos naves;
pero nada temió, y siguió avanzando.
Sobre el cable llegó, do le esperaba
de sus grandes proyectos la ruina.
A un signo de antemano convenido

funcionaron los fuertes cabrestantes,
el cable subió alzando á la falúa,
que cayó quilla arriba, por completo
de pertrechos vaciándose y de gente.
Pero nadie se ahogó; que Olaf á todos
salvó de fin tan triste, y á sus buques
hízolos conducir. (1) Y cuando tuvo
en su presencia á Hákon, así díjole,
su estatura admirando descollada,
su hermoso rostro y su áurea cabellera
más suave que la seda, que un anillo
de oro ceñía:—«No han exagerado
los que dicen que son en tu familia
los hombres bellos como pocos hombres.
Mas Fortuna, que os dió tan bello rostro
no se os muestra propicia en esta hora.»
—«Veleidosa fué siempre la Fortuna.»
contestó el prisionero.—«Si unas veces
á tu raza sonríe, fiero ceño
otras veces le muestra, y á mi raza
sonríe con amor. Siempre mudable
Fortuna fué. Además soy casi un niño,
y defendernos no ha sido posible,
pues ser aquí atacados no esperábamos.
Otro dia tendremos mejor suerte.»

(1) Nada dice la crónica de lo que en defensa de Hákon hizo en esta ocasion su escuadra, á la cual aquel se había sin duda adelantado en su falúa.

Y replicóle Olaf:—«¿No ves, mancebo,
que es tal tu situacion que en adelante
no hay para tí victoria ni derrota?»
—«Eso de tí depende ¡oh rey! el fallo
pronuncia que te dicte tu conciencia.»
—«¿Y qué me darás, conde, si te dejo
libre por esta vez, y te permito,
marcharte sano y salvo?—¡Oh rey! ¿Qué [quieres
que yo te dé?»—«No tomaré rescate.
Sólo exijo, mancebo, tu palabra
de abandonar el reino sin demora
y á la corona renunciar por siempre,
y contra mí jamás hacer la guerra.»
Hákon las generosas condiciones
aceptó agradecido, y enseguida
á la córte se fué del gran Canuto,
y fiel á su palabra largo tiempo
se mantuvo, y jamás la violara
si el gran Canuto á ello no incitárale,
cual veremos despues, en mala hora.

VI.

LA ASAMBLEA DE LOAR.

Aún quedaba á Olaf un enemigo
y un rival en Noruega, en el hermano

del conde Eric, Suenon; pero ganóle
una naval batalla, y Suenon tuvo
que huir á Suecia. A Olaf aún se opusieron
descontentos señores y asambleas;
mas supo con firmeza y diplomacia
á todos aquietar. Reconocido
fué como rey por todos. Pocas veces
la corona ciñó frente tan noble.
Olaf era un mancebo muy hermoso,
de lirios y de rosas el semblante,
de oro la cabellera abundantísima,
sus ojos de poder irresistible
cuando en ellos la ira fulguraba.
Por ser bajo y robusto fué llamado
«el Craso»; pero nombre más excelso
supo ganar con hechos memorables.
Suenon y Eric, aunque cristianos eran,
no hicieron nada por la fé de Cristo,
y en libertad dejaron á la gente
para que dios ó dioses eligiera.
Así á dos dioses muchos adoraban;
en tierra al dios cristiano, y en los mares
al fiero Thor, que allí más poderoso
les parecía. Así la obra de Triggve,
de arraigar en Noruega el cristianismo,
se iba desmoronando; los noruegos,
paganos eran ya ó medio paganos.
Olaf, que esto veía con tristeza,

se esforzó en remediarlo, y nuevo lustre
dar á la fé de Cristo en la comarca.
Hizo que sapientísimos varones
el Evangelio santo predicaran,
y al mismo tiempo con constancia grande
perseguía el odioso paganismo
con fiera coercion; á los idólatras
que no se convertían castigaba
mutilando sus miembros, de sus bienes
privándoles, y á veces de la vida.
Con no ménos rigor á los terribles
piratas, sin descanso perseguía,
por ser su vida de matanza y robo
tan contraria de Cristo á la enseñanza.
Su mayor ambicion era las leyes
de Cristo propagar por todo el reino,
y borrar hasta el nombre de los ídolos:
Así un dia ordenó á los habitantes
de Loar y su comarca, que en seguida
se juntáran en Loar á recibirle,
y renegando de los falsos dioses
los bautizára un venerable obispo.
Y si á dejar sus dioses se negaban,
Loar sería quemada, é igual suerte
correrían las otras poblaciones.
Cuando Olaf llegó á Loar, dicen que dijo:
—«¡Lástima es que poblacion tan linda
tenga que ser quemada!» Los paganos,

acudiendo del rey al llamamiento,
llegaron en gran número; guiábales
Gudbrand el fiero, que era en la comarca
poco ménos que rey. En Loar juntóse
la asamblea sin ley de los idólatras,
hostilísima á Olaf y á sus proyectos.
Olaf estaba aún al otro lado
de la montaña, en Breeden; pero pronto
debería llegar. Y así les dijo
Gudbran á los paganos:—«A Loar viene
un hombre que se llama Olaf, é intenta
hacernos renegar de nuestros dioses,
y hacernos adorar á un dios extraño.
Pretende que es su dios mucho más grande,
mucho más poderoso que los nuestros.
No sé cómo es que abriéndose la tierra
no traga á ese atrevido. Es maravilla
que sin castigo nuestro Dios le deje.
Mas aseguro yo que si sacamos
del inmediato templo á Thor el grande,
el dios que á los noruegos amó siempre,
y ante Olaf le llevamos, de pavura
derretírase el Dios que llaman Cristo;
y de Thor la mirada terrorífica
á Olaf humillará y á sus cristianos.»
Y todos contestaron:—«Eso es cierto.
Es de todos los dioses el más fuerte
el invencible Thor.» Luego, un mensaje

al rey Olaf enviaron, con el hijo
del pagano Gudbrand, á la cabeza
de setecientos hombres bien armados.
Soberbio fué el mensaje; mas por eso
no se amilanó el rey. Se puso al frente
de sus soldados y avanzó; y cuando hubo
llegado á donde estaban los idólatras,
les exhortó á abrazar el cristianismo,
única fé que salva á los mortales.
—«¡Jamás, jamás!»—gritaron los paganos,
golpeando con sus armas las rodelas;
mas el rey avanzó con sus valientes,
y huyeron los idólatras; no todos
empero, porque preso quedó el jóven
vástago de Gudbran. Le condujeron
ante Olaf, quien clemente así le dijo:
—«Eres jóven, y puedes á tu pátria
y á Dios servir; la vida te perdono.
Mas vé á tu padre y dile que quisiera
con él tratar de estos asuntos graves.»
Fué el jóven á su casa, y á su anciano
padre así habló:—«Señor, grande y valiente
es Olaf; tiene gente bien armada,
y un dios poderosísimo le ayuda.
Contra él no pelees, que sería
locura grande.» Y dijo el padre:—Veo
que aunque llevas mi sangre eres cobarde,
y que dejando á Odin sigues á Cristo.

Yo quiero pelear; la sangre corra,
y venza el más valiente.» Así diciendo
el bárbaro pagano, disponíase
para el combate á prepararlo todo;
mas tuvo una vision aquella noche,
que temeroso le dejó y turbado.
Un hombre en sueños vió, resplandeciente
que con voz estentórea le dijo:
—«¡Ay de tí y de los tuyos, si peleas
con el valiente Olaf, hijo de Harald!
Todos caereis; los mutilados cuerpos
pasto serán de sanguinarios lobos,
y de cuervos famélicos. Entónces
Gudbrand refirió el sueño terrorífico
á su compadre Thord (1), hombre muy rudo
que cuando en Loar juntóse la asamblea,
ugier fué de la misma. Y ¡cosa extraña!
Thord había tenido un sueño idéntico.
Dijeron con terror:—«Perdidos somos
si al rey Olaf ayudan los espíritus.
Una tregua pidámosle; pidámosle
que otra vez la asamblea se reuna,
y discuta los puntos en litigio.»
Accedió el rey, y el singular senado
se reunió en un dia muy lluvioso.
Cuando todos sentados estuvieron,

---

(1) Thord, apellidado «Vientre de Olla.»

en pié se puso el rey, y con sonora
voz dijo:—«Los honrados moradores
de Leso, y de Loar, y de Vaage
reniegan de sus ídolos y creen
en el único Dios, Dios verdadero,
que hizo el cielo y la tierra; Aquél que todas
las cosas sabe,» Así dijo, y sentóse.
Mas replicó Gudbrand:—«Nada sabemos
de ese Dios de quien hablas. ¿No es locura
hablar de un dios á quien ninguno ha visto?
Tú no has visto á ese dios, ni puedes verle,
ni puede verle nadie. Mas nosotros
vemos á nuestro dios todos los dias
en su soberbio templo; allí mirarle
puedes tú y pueden todos. Cuando venga
á la asamblea, temblarás de miedo,
y tu sangre helaráse de pavura,
y no osarás hablarnos ya de Cristo.
Nuestro dios hoy no sale porque llueve;
pero ya que es tu dios tan poderoso,
pídele que mañana nos dé un dia
nublado, mas sin lluvia; aquí de nuevo
nos hemos de juntar, y de estas cosas
hablaremos despacio.» La propuesta
pareció bien á Olaf, y retiróse,
en rehenes llevando á su morada
al hijo de Gudbrand, y dando á ellos
en rehenes un hombre de los suyos,

un hombre en la comarca renombrado.
Y al hijo de Gudbrand, aquella noche,
el rey preguntó así: «¿Cómo es amigo,
ese dios vuestro?» Y replicóle el mozo:
—«Es el terrible Thor, sin par gigante;
hueco es por dentro, y en la mano tiene
un pesado martillo. Si del templo
sale á la calle, en un pedestal alto
permanece de pié. Joyas de plata
y de oro le adornan, y recibe
todos los dias cuatro grandes panes,
y de carne un quintal.»

La noche toda
estuvo el rey orando; apenas vióse
la luz del alba, oyó la misa, y luego,
despues de una comida frugalísima,
á la asamblea fué, donde esperaban
con impaciencia grande los paganos.
Allí estaba el obispo, con su traje
talar, su báculo y su mitra de oro.
El tiempo era nublado, pero seco,
cual quería Gudbrand. Y el santo obispo
habló de la bendita fé, y las obras
ensalzó del Señor con unción grande
cerrando el evangélico discurso.
Y el rudo Thord, llamado «Vientre de olla,»
así le replicó con voz potente:
—«Muchas cosas nos dice muy extrañas

el sábio del cayado que termina
cual cuerno retorcido de un morueco.
Pero si es ese dios tan poderoso,
y puede hacer tan grandes maravillas,
pedidle que mañana el sol fulgure
en un cielo sin nubes, y aquí mismo
de nuevo nos veremos; la cristiana
ley hemos de aceptar; ó peleando
veremos qué dios es el que más puede.»
Así se separon aquel dia.
Y por la noche Olaf llamó al famoso
Kolbein, de Islandia, «el fuerte,» y encargóle
que á su lado estuviese en la asamblea
en el siguiente dia, su terrible
clava empuñando. Olaf tambien dispuso
que con industria y disimulo grandes
se abriesen agujeros á flor de agua,
de los paganos en las naves todas,
que vacías anclaban allí cerca;
hombres envió á las casas del contorno
con órden de soltar á los caballos
que en ellas los idólatras tenían.
Y así todo dispuesto, Olaf estuvo
la noche toda en oracion, pidiendo
á Dios que en su bondad ilimitada,
á su reino y á él de mal librase.
La misa oyó del alba el soberano,
y fué luego al lugar de la asamblea;

allí esperaban ya muchos idólatras.
Y apénas llegó el rey cuando vió un grupo
de feroces paganos que avanzaban
conduciendo la imágen de un gigante,
en la que el oro y plata relucían.
Los paganos, que estaban ya sentados,
se pusieron en pié al llegar el ídolo,
y ante él se inclinaron reverentes.
Y allí, en medio del campo, aquella horrible
deidad fué colocada, y colocáronse
á un lado los idólatras, y al otro
el rey con sus amigos los cristianos.
Se alzó entónces Gudbrand, y dijo:» ¿Dónde
está tú dios ¡oh rey? Creo que ahora
no llevará muy alta la cabeza.
No estás hoy, rey Olaf, tan animoso
como otros dias, y lo mismo digo
del anciano del cuerno, que á tu lado
sentado está, y á quien «obispo» llamas.
Que habeis perdido el ánimo bien veo.
Y es que ahora nuestro dios, el que á los [hombres
todos gobierna, se halla aquí presente,
y os contempla con ojos irritados.
Veo que teneis miedo; vuestra sangre
se ha helado de terror. Ni alzar los ojos
osais ahora. Vuestro loco empeño
dejad pues, y acatad al dios de dioses,

que puede en este instante aniquilaros.»
El rey entónces á Kolbein «el fuerte»
en voz baja le dijo, sin que nadie
le notara:—«Cercano está el instante
en que has de hacer lo que te tengo dicho.
Voy á hablar un momento á los idólatras,
y si durante mi discurso dejan
de mirar á su ídolo, los ojos
volviendo hácia otro lado, con tu clava
dale el golpe mayor que puedas darle.»
—«Descuidad, señor rey;—dijo el isleño.—
«Tal golpe le daré que le haré trizas.»
En pié se puso Olaf, y á Gudbrand dijo:
—«Hoy has dicho, pagano, muchas cosas,
y triunfar has pensado, pues presumes
que ver á nuestro Dios es imposible;
mas esperamos que ha de venir pronto.
Tú quieres asustarnos con el tuyo
que es ciego y mudo, y ni moverse puede
si treinta hombres robustos no le llevan;
mas mirad hácia el Este, que ya avanza
nuestro Dios, despidiendo luz y fuego.»
El sol salía, y todos se tornaron
á mirarle. Y entónces el membrudo
Kolbein «el fuerte» alzó la cachiporra,
y tal golpe dió al ídolo gigante,
que lo hizo pedazos; y salieron
del ídolo culebras, y ratones

tan grandes como gatos. Los idólatras
aterrados huyeron; á los buques
saltaron muchos, pero entónces estos
llenáronse de agua, y fué imposible
con ellos navegar. Otros paganos
fueron á las vecinas alquerías
á tomar sus caballos; pero ni uno
encontraron.
Por órden del monarca,
la asamblea de nuevo reunióse.
Y dijo Olaf. Qué significa ignoro
el alboroto atroz que habeis armado,
y vuestra huida. Bien veis lo que puede
vuestro dios, vuestro ídolo gigante,
que adornásteis con joyas de oro y plata,
y á quien traíais carne y pan. Ahora
visto habeis que los dioses que comían
ese pan y esa carne eran culebras,
lagartos y ratones ¡lindos dioses!
Nécio es quien no abandona esa locura.
Tomad las ricas joyas que en el suelo
esparcidas están; vuestras esposas
y vuestras hijas órnense con ellas;
con ellas no adorneis mudos zoquetes.
Oid lo que os propongo: en este instante
recibir el bautismo, ó peleando
defender vuestros dioses. Mis amigos
prontos están á pelear. Y venzan

aquellos cuyo dios sea más grande.»
Gudbrand entónces dijo:—«Es bien notorio
cuanto por nuestro Dios sufrido habemos;
pero puesto que no quiere ayudarnos,
creemos en el dios en quien tú crees.»
Así todos hiciéronse cristianos.
El santo obispo bautizó enseguida
á Gudbrand y á su hijo y á los otros.
Sábios les dejó Olaf que en los misterios
de la bendita fé les instruyeran;
y como amigos firmes separáronse
los que como enemigos se ayuntaron.
Y algun tiempo despues, en aquel sitio,
Gudbrand alzó, en recuerdo, un templo her-
[moso
dedicado á Jesús, Dios verdadero.

VII.

THORARIN EL FEO.

Cuando Olaf á los cinco reyezuelos
cercó con sus soldados, y obligóles
á rendirse, aceptaron muy gustosos
todas sus condiciones; pero uno,
el malvado Rerik (1), ceder no quiso.
Mas matarle el monarca no quería,

(1) Rærik-

pues era, aunque lejano, su pariente;
hizo, pues, que los ojos le sacáran,
y le llevó á su alcázar, esperando
que del salvaje el áspero carácter
algo se suavizára con el tiempo.
Vana fué su esperanza; de aquel hombre
era perversa la índole. Tres veces
quiso matar á Olaf, y tan astuto
era, y tan diestro y hábil el malvado,
que á la tercera vez faltó muy poco
para que el negro crímen perpetrárase.
Juzgaba, pues, Olaf, que era preciso
del bárbaro implacable deshacerse,
cuando una favorable conyuntura
el azar le ofreció.

El rey tenía
en su alcázar un hombre á quien llamaban
«el feo» Thorarin; otro más feo
nunca se vió en Noruega, segun dicen;
pero le amaba el rey porque era alegre,
y bueno é ingenioso, y porque historias
contábale de Islandia, do naciera.
Feo era Thorarin de cuerpo y rostro;
mas sus manos y piés eran horribles,
horribles por su forma y su tamaño.
Este islandés, con otros favoritos
del rey, dormía en la real alcoba;
y un dia, por descuido, de la cama

sacó uno de los piés tan horrorosos.
Al despertar Olaf vió aquel pié feo,
y asombrado exclamó:—«¡Qué pié, señores!
¡Eso es un pié, por vida de mi abuela!
Que otro tan feo no hay, apostaría,
aquí en Nidaros, ni en el Norte todo.»
—¡Ah, rey!—dijo el isleño;—pocas cosas
hay en el mundo cuyo igual no se halle
si despacio se busca, y con cuidado.
Si me permites apostar, yo apuesto
á que hallo un pié más feo.»—«Convenido;»
replicó Olaf. Entónces el de Islandia
el otro pié sacó, y dijo:—«Aquí tienes
un pié más feo aún, pues en la guerra
perdió el dedo meñique.»—«Yo he ganado,
amigo Thorarin;«—el rey repuso.
—«Porque en verdad lo feo es ménos feo
cuanto ménos hay de ello.» Conformóse
Thorarin y exclamó:—"¿Qué penitencia.
señor, me impones, puesto que he perdido?»
—«Que al taimado islandés, mi exclavo cie-
[go,
á «Tierra Verde» (1) lleves enseguida.
Llévalo á Leif, hijo de Eric «el rojo» (2),

(1) Groenlandia.

(2) Segun las crónicas del Norte, este Eric fué el primer europeo que pisó las playas del continente americano.

y dile que yo, Olaf, se lo regalo.
Paisanos son, y antaño eran amigos;
en paz han de vivir.»
Y en paz vivieron,
porque Rérik pacífico tornóse
léjos de Olaf á quien odiaba tanto.

VIII.

LA EMBAJADA DE CANUTO «EL GRANDE.»

Era en el año 26 del siglo
undécimo de Cristo, Padre nuestro,
cuando dos personajes muy fastuosos
llegaron á la corte de Noruega
con un mensaje de Canuto «el Grande»,
Carlomagno del Norte, que reinaba
á un tiempo en Dinamarca é Inglaterra.
El más anciano de los dos enviados
así habló á Olaf:—«Señor; el gran Canuto,
cuyo renombre llena todo el orbe,
debe reinar aquí; suyo es el cetro
de Noruega. Canuto es el retoño
de Suenon «Barba hendida», rey de Dania;
Canuto es el cuñado del valiente
conde Eric, de Noruega soberano.
Del gran Canuto, pues, es la Noruega.

Mas, con todo, no quiere despojarte;
pues tu valor estima y tus virtudes.
Basta le reconozcas enseguida
por tu señor feudal, y un no cuantioso
tributo pagues cada doce meses.
Si no accedes ¡oh rey! el gran Canuto
desnudará la espada triunfadora.»
Sin inmutarse contestó el noruego:
—«Bien sé que Hárald, «Diente azul» por
[mote,
por «reyezuelo» siempre fué tenido,
como su padre Gorm el valeroso;
tambien fué reyezuelo «Barba hendida»;
porque aunque ilustre, estrecha es Dina-
[marca.
Pero Canuto, al reino de su padre
ha unido el de Inglaterra; con su esfuerzo
buena parte ha ganado del de Escocia.
¿Y áun quiere más? ¿arrebatarme quiere
mi corto patrimonio? ¿Por ventura
puede ese gran Canuto comer sólo
las coles todas que Inglaterra cría?
Todas ha de comer, y convertidos
verá en mísero yermo sus estados
antes que yo le rinda vasallaje.
No; mi cabeza no pondré en sus manos;
como á señor feudal no he de servirle;
no pagaré tributo por mi reino

á Canuto ni á nadie. Mi respuesta
escucha bien y á tu señor repite:
Con la espada y el hacha de batalla
defenderé á Noruega mientras viva;
no pagaré tributo á ningun hombre,
aunque rey sea y se apellide «Grande.«

IX.

EL TRIUNFO DE LYMFIORD (1).

La respuesta de Olaf, al gran Canuto
mucho irritó. Juró tomar venganza;
y en el año siguiente—era el undécimo
del reinado de Olaf (2) —una gran flota
juntó, cual hasta entónces nunca viérase.

(1) Los «fiords,» ó brazos de mar de una estructura peculiarísima, son un rasgo característico de la fisonomía de las costas de Noruega. Un traductor de poca aprension los llama «fiordos:» el mismo indivíduo traduce la palabra francesa «glaciers» por «glaciares,» como si en castellano no tuviésemos la palabra «ventisqueros.» En lo relativo á los «fiordos» bien se le puede perdonar, pues no hay palabra castellana que exprese la cosa con exactitud.

(2) 1027 A. D.

El buque de Canuto era el más grande;
«Dragon de oro» llamábase, y tenía
más de sesenta bancos de remeros.
A Olaf no acobardaron estas nuevas.
De Canuto el proyecto adivinando,
á defender su reino preparóse,
y se alió con Onund, con cuya hermana
habíase casado (1). Onund regía
de Suecia el vasto estado fronterizo,
para el cual el peligro de Noruega,
peligro era tambien no despreciable.
Por eso así se unieron los cuñados.
Estaba la estacion muy avanzada
cuando la grande flota de Canuto
llegó á Jutlandia; suecos y noruegos
habían ya esquilmado aquella tierra.
Esperando estacion más favorable,
llevó Canuto su soberbia flota
á Lymfiord, abrigado fondeadero;
allí do los estrechos, y los brazos
de mar, casi en dos parten la Jutlandia.
Allí quedó, con sus hermosas naves
meciéndose en las aguas dulcemente,
sin temor á los vientos ni á las olas.
No sabía qué hacer el gran Canuto.
Por fin llevó su escuadra más adentro

(1) En terceras nupcias.

en el Lymfiord, junto á la boca misma
del rio Santo (1). Y quiso la fortuna
que de aquel mismo rio en abrigado
rincon se hallase la pequeña flota
de suecos y noruegos, que mandaba
el rey de Suecia Onund. Y más arriba,
allá do nace el caudaloso rio,
de la montaña en un enorme lago,
obras hiciera Olaf considerables
previendo la ocasion de utilizarlas
de su enemigo en daño. Onund el Sueco
á Olaf envió noticia del arribo
de la sin par escuadra de Canuto.
Olaf entónces hizo abrir las puertas
que para contener las abundantes
aguas del lago construyó. Espantoso
diluvio de agua, con fragor horrible
llenó el cáuce del rio, sorprendiendo
á los bravos marinos de Canuto,
que confíados, sin temor dormían;
la impetuosa corriente arrastró algunas
naves al ancho mar, muchas rompiéronse
chocando unas con otras; y encallaron
algunas en la márgen arenosa.
El mismo «Dragon de oro,» en el que hallá
[base

(1) Helge-aa.

el soberbio Canuto, estuvo á punto
de perecer. En trance tan horrible,
á Canuto atacaron los dos reyes
Olaf y Onund; mas eran harto chicas
sus naves junto al grande «Dragon de oro.»
Con todo, allí Canuto pereciera,
sino porque el marido de su hermana,
el valiente conde Ulf, de aquel mal paso
le sacó con industria y valor grande.
Nada hizo ya Canuto aquel invierno.
Y Olaf y Onund, siendo sobrado débiles
para atacar á rey tan poderoso,
con pillar contentáronse las costas
de Dania, conduciendo á sus navíos
botin inmenso y muchos prisioneros.
Mas de los dos aliados la pequeña
escuadra estuvo en inacion forzosa;
pues situado Canuto en Elsimore
con su flota, bloqueaba la salida
del Báltico. Allí estuvo, segun dicen,
varios inviernos con su gran escuadra,
del revés de Lymfiord ya bien repuesta.

X.

LA PARTIDA DE AJEDREZ.

Estando el gran Canuto en Elsimore,
acordóse de Ulf, aquel valiente

que en el desastre de Lymfiord la vida
le salvó. Ulf, esposo de la hermana
del rey Canuto, era hombre inquieto, bra-
[vo,
sólo segundo al rey en poderío,
y ambicioso cual pocos. Guida bella,
hermana del conde Ulf, era la esposa
del retoño de Ulnaf, Gudin el conde;
cuatro condes nacieron de este enlace:
Suenon y Mauro (1), Walthiof y Tosti,
y un rey, Harold, monarca de Inglaterra.
Una hermana tambien tuvieron estos,
la hermosa Guida, que despues su mano
dió al rey Eduardo «el Bueno,» que otros
[llaman
«el Confesor.» Veía el gran Canuto,
aunque tan grande, con no buenos ojos
el poder del conde Ulf y su renombre;
así es que aunque la vida le debía,
su ruina meditaba. El mundo, siempre
lleno estuvo de ingratos.
Y una tarde,
de San Miguel la víspera, á caballo
fué Canuto á Roeskilde, donde estaba
el suntuoso palacio de Ulf el conde.
Numeroso y brillante era el cortejo

(1) Mauro-Kaare.

del poderoso rey, cual si quisiera
á su cuñado deslumbrar. Afable
al rey recibió el conde, y obsequioso
se mostró, por servirle desviviéndose;
pero Canuto estaba taciturno,
taciturno y ceñudo. El conde en vano
trataba de alegrarle con su charla;
sério y callado el rey permanecía.
El conde entónces, para distraerle,
una partida de ajedréz propuso,
y Canuto aceptó. Diz que ambos eran
hábiles en el juego; contendieron,
pues, largo tiempo, sin ventaja alguna
de un lado ni de otro. El gran Canuto
defendía sus piezas hábilmente;
pero se descuidó, y el hábil conde
le arrebató un caballo. La perdida
pieza tomó Canuto, y colocóla
de nuevo en el tablero, y á Ulf dijo
que hiciera otra jugada. Y Ulf, furioso,
de un rodillazo derribó el tablero,
y alzándose, se fué. Canuto díjole
entónces:—«¡Ulf tremendo! ¡Corre, corre!
«El tremendo» no en vano muchos llámante»
El conde entónces se volvió, y repuso:
—«Algo más léjos rey, corrido hubieses
si en Lymfiord yo mi ayuda no te diera.
No me llamaste ¡oh rey! Ulf «el tremendo»

cuando arriesgué mi vida en tu defensa,
y de los suecos te libré, terribles,
que como á un pobre perro te azotaban.»
Dijo así el conde Ulf, y retiróse
á su estancia y su lecho, procurando
dormir, la ingratitud dando al olvido,
de su deudo el monarca de Inglaterra.

XI.

IVAR EL BLANCO.

Era el dia siguiente. El rey Canuto,
de dejar acababa el blando lecho,
cuando dijo á su paje:—«Anda, muchacho;
al conde Ulf busca y quítale la vida.»
Salió el paje y volvió tras rato breve.
Y dijo el rey:—«¿Has ya matado al conde?»
—«No le he matado»—el mozo contestóle;—
«porque estaba en la iglesia de San Lucio.»
Habló entónces el rey á Ivar «El Blanco,»
su gentil hombre, de nacion noruego.
Así le dijo:—Ivar, toma la espada,
y busca al conde, y mátale enseguida.»
Tomó la espada Ivar, y fué á la iglesia,
y en el coro halló á Ulf. De parte á parte
le pasó con la espada. Y cayó muerto

el conde, una plegaria murmurando.
Volvió entónces Ivar ante el monarca,
y mostróle el acero enrojecido.
Y el rey le preguntó:—¿Has matado al
[conde?»
—«Le he matado, señor.» Y el rey repuso:
—«Muy bien has hecho, Ivar; muy bien has
[hecho.
No quiero que en mis reinos haya nadie
tan grande como yo. Yo reino sólo.»

XII.

EL COMBATE DE FUNGEN.

Olaf, caudillo bravo y habilísimo,
no temía á Canuto, y fácilmente
hubiérale tenido siempre en jaque;
mas vióse poco á poco abandonado
de los suyos. Porque era justiciero
no pocos le dejaron, que creían
que más blando sería el rey Canuto;
éste á otros compró prodigando oro,
y promesas sin cuento. Y Olaf vióse
de traidores rodeado, y ya sin medios
de defender su reino. Así las cosas,
Canuto con su flota formidable

la costa de Noruega sin obstáculo
recorrió como dueño de la tierra;
desembarcó además en vários sitios
el ambicioso jefe, y reuniendo
asambleas compradas de antemano,
proclamado fué rey. Y Olaf el triste,
con doce buquecillos que quedábanle,
en el golfo de Lindenes estaba,
de unas islas desiertas al abrigo,
incapaz de oponerse á los intentos
de su fuerte enemigo, el gran Canuto.
Y así éste pudo, sin ningun estorbo,
regresar á Inglaterra, apellidándose
rey de Noruega; á Hákon su sobrino
como conde y virey aquí dejando.
Estas nuevas á Olaf entristecieron;
mas no perdió el valor, porque tenía
muy grande el corazon, y fé sin límites
en Dios y en su derecho. Con sus naves
la costa recorrió, buscando gente,
gente y dinero. Y al hallarse cerca
de Jedderen, comarca del osado
Erling, poderosísimo en Noruega;
Erling, que en otro tiempo fué su amigo,
y que gracias al oro de Canuto,
y de Olaf á la rígida justicia,
en su enemigo se trocó más fiero;
al avistar, pues, la elevada costa

del estado de Erling, supo el monarca
que Erling al frente de una flota inmensa
venía contra él, bien decidido
á vencerle, y llevarle vivo ó muerto
á su nuevo señor, el gran Canuto.
Pronto vió Olaf de Erling la hermosa nave,
que siendo muy velera, á la gran flota
dejado había atrás. Erling quería
que su flota llegase y le apoyára;
mas la flota tardaba, y entre tanto
alejábase Olaf con sus navíos.
Sólo siguióle, pues, con su gran buque;
mas dijo el rey Olaf á sus valientes:
—«¡Pronto abajo las velas: de ese modo
no nos verán, aunque andaremos ménos!
¡Los remos manejad con vigor grande!»
Arriaron las velas, y Erling dijo:
—«¡Cuál vuelan, por Odin! De nuestra vista
huyeron ya. Corramos como el rayo,
ó escapan esta vez de nuestras garras!»
Olaf en tanto con sus doce buques
escaparse lograba, y guarecerse
de una isla al abrigo, en el pequeño
golfo de Fungen. Y Olaf dijo:—«Ahora
quietos aquí. Y todos se preparen
á pelear, que avanza el enemigo.»
Este pronto llegó; raudo doblando
el pétreo promontorio, vió las doce

naves de Olaf en órden de batalla,
y con su gente toda bien dispuesta
con sus hachas y garfios de abordaje.
Cayeron sobre Erling cual de furiosas
abejas un enjambre. El gran navío
de Erling quedó sin gente en un segundo.
Sólo el valiente Erling aún resistía.
De pié estaba de popa en el alcázar,
y separaba con destreza suma
las infinitas flechas que lanzábanle.
Jamás otro en Noruega contra tantos
se defendió como él. Y nadie osaba
acercarse al valiente. Pero al número
tenía que ceder. Y Olaf le dijo:
—«¡Oh, Erling! Hoy contra mí fiero peleas,
olvidando quien soy, y que otro tiempo
combatiste á mi lado.» Y dijo el otro:
—«Las águilas pelean frente á frente.»
Estas mismas palabras dijo un dia
el rey á Erling cuando guerreaban juntos,
antes que la traicion los separase.
Y dijo Olaf:—«¡Erling! ¿quiéres rendirte?»
—«Si quiero» dijo Erling. Y al mismo tiem-
[po
quitóse el yelmo, y la tajante espada
arrojó, y el escudo. Y desarmado
hácia Olaf avanzó. Y el rey entónces
le tocó con el hacha en la barbilla,

sin lastimarle apenas, y así dijo:
—«Con todo, bravo Erling, he de marcarte
como traidor al rey.» Y en el momento,
un soldado feroz que cerca estaba,
á Erling dió con el hacha en la cabeza,
y le mandó al imperio de las sombras.
—«Malhayas tú por ese fatal golpe,
fiero Aslak Fitiaskalle;» el rey le dijo
al terrible soldado;—«Con tu hacha
me has quitado Noruega de las manos.»
Pero le perdonó; pues por servirle
había alzado el hacha Aslak el fiero.
Entre tanto llegó de Erling la flota;
y los que un triunfo cierto prometíanse,
quedaron asombrados con la nueva
de la muerte de Erling. Y no teniendo
jefe que les mandase, no pensaron
en pelear. Y Olaf pudo marcharse
con su flota. Y los míseros rebeldes,
con el cadáver del caudillo fuéronse,
dando al aire tristísimas endechas.

XIII.

LA HUIDA.

—

Despues de esta victoria, con sus naves
Olaf se fué hácia el Norte; cada dia

aumentaban sus fuerzas animosos
caballeros noruegos, ganosísimos
de servir á su ilustre soberano.
Mas de tierra venían tristes nuevas.
Se armaban contra Olaf los descontentos,
y Hákon, el sobrino de Canuto,
por él hecho virey de la comarca,
en Trondhjem trabajaba sin reposo
en afirmar su autoridad, y un fuerte
ejército formar que á Olaf cerrase
las puertas de su reino, y una flota
capaz de derrotar á los navíos
del vencedor de Fungen. Las noticias
á Olaf no amilanaron. Envió á tierra
exploradores, que de un alto monte
las enemigas flotas observáran.
Divisaron de allí de los rebeldes
las veinticinco naves, que hácia el Norte
navegaban veloces, á juntarse
con la flota de Hákon. Lo más triste
fué que de Olaf los buques uno á uno
le dejaban tambien, y al enemigo
se juntaban, ¡oh cielos! ¡qué vergüenza!
Y de sus doce naves, cinco solas
quedaron al monarca de Noruega;
que siempre cuando adversa la Fortuna
las espaldas nos vuelve, las espaldas
nos vuelven los amigos más amados.

Eso en el siglo undécimo veíase,
y eso se vé en el siglo diez y nueve;
porque si el tiempo pasa, no se curan
de nuestra pobre estirpe las flaquezas.
Vió, pues, Olaf, perdida la esperanza,
y enderezó su tan mermada flota
hácia el «fiord» de Fodrar. Y allí saltando
en tierra, en una hermosa pradería,
al abrigo del grande promontorio
plantó su tienda, y sobre ella puso
la Santa Cruz, de sus creencias símbolo.
Viéndose, pues, con sólo cinco naves,
y el reino todo contra él en armas,
comprendió que perdido estaba todo,
y era preciso huir, mejores dias
esperando, con fé en el alto cielo.
Hizo á la playa conducir los buques,
hízolos desarmar, empaquetando
su armamento, y guiado por algunos
señores que allí aún éranle fieles,
y con un centenar de compañeros,
se internó en las montañas. La divina
proteccion no faltóle; de otro modo
fuera imposible tan penoso viaje
por solitarios, escarpados montes,
por el borde de horribles precipicios,
y de grandes cascadas fragorosas.
Pero á Olaf el señor le confortaba;

triste estaba en verdad, mas resignado,
y confiaba en Dios, que envía siempre
tras rudo temporal, dulce bonanza.
—«Con la ayuda de Dios, Olaf decía,
he de volver, y mi querido reino
he de reconquistar; diómelo Cristo
y El me lo ha de volver. Bendito sea
El, y adorado en todas las naciones.»
Tras un viaje muy largo y muy penoso,
á Suecia llegó Olaf, y recibido
fué allí con gran bondad por su cuñado,
el rey de aquella tierra. Pero viendo
que su presencia allí, al monarca sueco
la ira acarreaba del temible
poseedor actual de la Noruega,
á Rusia se marchó, en Suecia dejando
á su esposa y su hija. Olaf consigo
llevó á su hijo Magnus, el que tuvo
de una esclava. Este Magnus fué más tarde
hombre famoso. Con este hijo amado
y una escolta de amigos siempre fieles,
á la corte fué Olaf del rey de Rusia,
llamado Jarroslaw, donde podía
seguro estar; y allí con su presencia
daño no causaría á sus amigos.
Dos años allí estuvo, segun dicen,
desterrado, el monarca de Noruega.

XIV.

EL NAUFRAGIO

Mientras que léjos de su amada tierra
gemía en Rusia Olaf, Hákon, sobrino
de Canuto, en Noruega señoreaba
como virey. Y Hákon acordóse
de una bella y amada prometida
que dejó en Inglaterra. Y deseando
enlazarse con ella, con su flota
á Inglaterra partió. En aquella rica
comarca encontraría al mismo tiempo
digno equipo de boda, como nunca
en la pobre Noruega se encontrára.
A la caida de una negra tarde
la escuadra del virey llegó al nordeste
de Pentland Frith; tras un dia oscurísimo
vino una horrible noche tempestuosa,
y los navíos todos se perdieron,
y con toda su gente se ahogó Hákon;
ni una tabla salvóse, ni una rata.
Hundiéronse en el piélago profundo
juramentos de amor, y las risueñas
nupciales esperanzas. La infelice
novia en vano esperó á su bien amado;
mas no creais que se volviera loca

cuando supo su fin. En brazos de otro
al sobrino olvidó del gran Canuto.
Mudables fueron siempre las mujeres.

XV.

LA BATALLA DE STICKELSTAD.

Había algunos grandes en Noruega
que, muerto Hákon, sucederle ansiaban
en aquel vireinato; mas Canuto
de sus deseos no hizo el menor caso,
y á su hijo natural, Suenon, dió el puesto
tan codiciado. Así, no es maravilla
que no fuera Suenon bien recibido
por aquellos altivos naturales,
«castellanos del Norte» apellidades
no sin razon. Cuando estas cosas supo
Olaf, creyó era buena coyuntura
para reconquistar cetro y corona.
Largos dias oró, al Señor pidiendo
que lo que hacer debía le mostrase.
Y un dia Olaf en sueños vió á su ilustre
pariente, el otro Olaf, hijo de Triggve,
que á desnudar la espada le animaba,
y á los intrusos arrojar del reino.
Esto decidió á Olaf, y desde entónces

«¡Vamos, vamos!» decía á todas horas.
Dejando á su hijo natural en Suecia (1)
y con él á la reina, que cual madre
amóle siempre, Olaf tomó la ruta
de Noruega, en Dios puesta la esperanza.
Tres mil hombres no más Olaf tenía,
reunidos los más en el camino,
y seguíale á no muy largo trecho,
con cuatrocientos hombres, su pariente
Dag, á quien halló en Suecia, y que prestóse
en su empresa á ayudarle. En el villorrio
de Stickelstad, en órden de batalla
dispuso Olaf su gente. Los contrarios
iban apareciendo en el opuesto
lado del valle. Muchos, muchos eran;
que Olaf el justiciero, el riguroso,
enemigos tenía en todas partes.
Ejército tan grande nunca vióse
en aquella comarca. De seguro
eran diez mil ó más los enemigos
que á luchar con Olaf se preparaban.
Y viendo Olaf que las rebeldes tropas
buen rato tardarían á ponerse
en órden de combate, y esperando

---

(1) Magnus, hijo de Olaf y de la esclava Alfhild, hembra de noble estirpe, convertida en esclava por un azar de guerra.

que llegára entre tanto Dag de Suecia,
su noble aliado y deudo queridísimo,
órden de descansar dió á sus valientes;
y ánimo para darles y esperanza,
hizo que un santo obispo celebráse
el sacrificio incruento de la misa.
¡Ah! ¡Con qué devocion la oyeron todos,
y en especial Olaf! Un himno bélico
cantó luego Thormod, poeta insigne,
y el ejército en coro acompañóle
de ardoroso entusiasmo poseido.
El honrado noruego que labraba
una heredad vecina, presentóse
ante Olaf, y le dijo:—«Yo deseo
pelear hoy por tí, rey de Noruega.»
Y replicóle Olaf:—¡Gracias, amigo!
Mas te suplico que en tu casa quedes,
y en ella á los heridos desdichados
acojas cariñoso.» Así diciendo
el rey, le dió el dinero que tenía,
y añadió:—«En tí confío. Mi órden cumple.
Quiero que ese dinero emplees todo
en hacer decir misas por el alma
de aquellos de mis míseros contrarios
que en el combate caigan.» Y el labriego
asombrado exclamó: «¿Que rueguen quieres,
rey, por tus implacables enemigos?
Y tus amigos, rey?—«No necesitan

los que por mí pelean, oraciones.
Ellos han de vencer, ó irán al cielo,
donde iré yo tambien.»
De los rebeldes
el numeroso ejército avanzaba
ya en órden de combate. Segun dicen,
Olaf, tras una marcha penosísima,
habíase dormido, reclinado
en las rodillas de Arneson el noble,
Finn Arneson, de todos sus parciales
el más leal. Y Finn, apercibiendo
al frente del ejército enemigo
á Kalf su hermano, que otro tiempo fuera
partidario de Olaf, le increpó rudo,
y aquél le contestó en el mismo tono.
Y viendo Finn que el rey no despertaba
y estaban ya muy cerca los contrarios,
despertó al rey y Olaf así increpóle:
—«¿Porqué me has despertado? ¡Qué delicia
sentía yo soñando!» Y Finn le dijo:
«Pues qué soñabas, rey?-«Grato era el sueño,
sueño de incomparable dulcedumbre.
Soñé que había aquí una gran escala
que llegaba hasta el cielo; poco á poco
fuí subiendo por ella. Ya en el último
peldaño me encontraba, y á entrar iba,
cuando tú, amigo Finn, me despertaste,
¡De qué inefable dicha me has privado!»

Y dijo Finn:—«Tu sueño no me agrada.
Creo, rey de Noruega, que deliras.»
La batalla empezó, que fué terrible;
y pelearon con tan gran bravura
los soldados de Olaf, que el enemigo,
aunque poco, empezó á perder terreno.
Si estuviera allí Dag con sus valientes,
los rebeldes huyeran derrotados;
mas no llegaba Dag. Luego, de súbito,
tornóse el cielo de color de cobre,
cada vez más oscuro; por completo
se ennegreció del sol el disco de oro,
y así la noche vino en pleno dia (1).
Y á oscuras peleando continuaron,
sin que de unos ni otros amenguase
el bélico furor. Oscuro estaba
cuando Dag arribó, y fué tan tremenda,
tan fiera, su embestida á los rebeldes,
que todavía acuérdanse en el Norte,

---

(1) Se cree generalmente que la batalla de Stickelstad se dió el miércoles 31 de Julio de 1033; pero no puede ser, pues ese año no hubo eclipse total de sol visible en Noruega. Tres años antes hubo eclipse: pero no el dia 31, sino el 18. Dahlmann cree que la batalla se dió en 1030, año del eclipse, y de la misma opinion es la «Crónica Sajona.»

de «la carga del Dag.» Por un momento
sonrióle al monarca la victoria;
mas de los enemigos la ventaja
numérica era grande, y vióse pronto
que el rey Olaf sería derrotado.
Empero Olaf como un leon batíase,
y enviaba á muchos á la eterna noche:
mas con un jefe tropezó de nota,
el famoso Thorer (1), que el arte mágica
en Laponia aprendió, segun refieren.
En vano Olaf al mago golpeaba
con su enorme espadon, polvo y no sangre
salía de la fuerte piel de ciervo
que el bárbaro vestía. De seguro
la piel era encantada. Olaf en vano
los golpes redoblaba con fiereza:
que era Thorer el mago invulnerable.
Reconociendo al rey otro rebelde,
enarbolando el hacha á él lanzóse,
y el muslo le partió. Y en una piedra
se sentó Olaf el triste, lamentándose,
y á Dios llamando en hora tan menguada.
Otro jefe le hirió en aquel momento,
y un tercero despues. Y el noble espíritu
del rey voló de esta perrera horrible
do los humanos moran, á la espléndida

(1) Thorer Hund.

mansion en donde cantan los querubes
himnos sin fin á Cristo, rey de reyes.
El sol brilló otra vez, y al poco rato
los rebeldes triunfaron por completo.
Así acabó el combate luctüoso.
Y el cadáver de Olaf, por sus amigos
fué conducido á una alquería próxima:
la del labriego que antes del combate
su brazo ofreció al rey cual fiel vasallo;
allí á poco llegó pidiendo albergue
un mendigo infeliz, un pobre ciego,
el cual tocando á Olaf ¡qué maravilla!
la vista recobró. Con milagrosa
rapidez se trocaron en Noruega
los ánimos del pueblo; muy devoto
adoró muerto al mismo que odió vivo (1),
y ya más no llamóle Olaf «el Craso,»
sino el bendito, «el Santo.» Desde entónces
en su nombre se han hecho inumerables
milagros, no en Noruega sólamente
sinó en todas las tierras de cristianos (2).

---

(1) Extinctus amabitur idem.

(2) San Olaf, rey de Noruega, es un santo muy venerado en todo el Norte. Dedicados á este santo hubo en otro tiempo cuatro templos en Lóndres, de los cuales aún existen dos en el dia. Es tambien seguro que la calle «Tooley» de aquella gran ciudad se llamó en otro tiempo «calle de San Olaf.»

POESÍAS SUELTAS.

FLORESTAN Y GRACIOSA.

Ó

SETIEMBRE Y MAYO.

IDILIO.

A mi querido amigo D. Felipe de Arrese y Beitia.

¿Te acuerdas de las auras perfumadas
que en otro tiempo al pié del cano Amboto
tu sudorosa frente refrescaron?
Allí puso tu cuna Jaungoikoa;
allí en la sacra lengua milenaria
de los hijos de Aitor, tu buena madre
con su canto arrulló tu dulce sueño.
Allí fuí yo también ¡ah! cuántas veces!
sosiego á dar á mi turbado espíritu,
y descanso á mis nérvios fatigados.
Un dia que á la hora de la siesta
allí á la sombra me tendí de un roble,

á la orilla de arroyo murmurante,
del sueño la deidad cerró mis ojos,
y una grata vision envióme el cielo.
Así como surgida de las aguas,
majestuosa mujer á mí acercóse
sonriente. Su célica hermosura
envidiaría Vénus Citeréa.
En libertad sobre los níveos hombros
los cabellos negrísimos flotaban;
finísimo cendal de trasparente
gasa cubría su marmóreo cuerpo;
y unas chinelas de sedoso musgo,
de prision á sus lindos piés servían.
Tal era su atavío. ¿Quién osado
su rostro pintará? ¿quién sus brillantes
ojos, de amor antorchas celestiales?
¿Quién vió una frente igual? Sus arqueadas
cejas ¿quién pintará? ¿Ni quién los lirios,
y las rosas dirá de sus mejillas?
¿Quién dirá la frescura de sus lábios,
y el dulcísimo aroma de su boca?
¿Quién su fina nariz, quién su barbilla,
tan primorosamente modelada,
osará retratar? Su cuello mórbido
su brazo sin igual, su manecita,
carnosa y diminuta ¿quién pintára?
¿Quién sus globos de nieve que parecen
de tan henchidos á estallar cercanos,

osará describir? ¿Ni quién los otros
encantos sin igual, cuyo recuerdo
basta para trabar mi pobre lengua?
Mirábala extasiado, pero vino
su dulcísima voz á distraerme:
—¡Hijo de Euskaria!—exclama—¿porqué
[sufres
el yugo del dolor? Pues avezado
está tu pobre pecho á los dolores,
de la desgracia á los embates rudos
opon brioso un corazon de acero.
Tristísima es tu vida; empero puedes
con tus cantos de amor embellecerla.
No de otro modo el pajarillo triste,
de los que amó por siempre separado,
y en prision estrechísima metido,
olvida con sus trinos sus dolores.
¿No eres el cantor de los euskaros?
¿El que cantó de Lelo la espantable
historia; los amores y los ódios,
las sangrientas discordias, los combates
de nuestros valerosos montañeses;
sus libres asambleas de Guernica,
á la sombra del roble venerado,
que há más de veinte siglos Jaungoikoa
plantó, segun refieren los *aitónak?* (1)

(1) Abuelos.

¿No eres tú el que cantó la noble hazaña
de los hijos de Amándarro, valientes;
la lastimosa historia de la vírgen
purísima de Ispáster; los amores
de Mármex y Graciosa de Lamíndano;
y la sacra leyenda milenaria
del gran patriarca Aitor? ¿Otras historias
de nuestros ascendientes no cantaste?
Vuelve, pues, á cantar, y si no sabes
ya más historias de tu lira dignas,
las que yo sé te contaré, que muchas
son, y muy bellas. Yo en el gigánteo
y eterno peñascal, allá en Amboto,
há tres mil años tengo mi morada,
pues soy del monte la deidad. Mi madre
lo fué tambien de aquella encantadora
y rubia *maitagarri* que otro tiempo
en dulces versos tanto celebraste;
ella misma á las dos amamantónos.
Los secretos no ignoro del pasado,
todo el presente mi mirada abarca,
y á través de las brumas del futuro,
veo á Euskaria radiante, vencedora
de sus torpes y ruines enemigos.
Nada te ocultaré; el tupido velo
que encubre el porvenir y lo pasado,
por tí descorreré. Junto á tí, amigo,
voy á sentarme, y una dulce historia

te contaré en la lengua de las hadas,
que tú comprendes bien. Y tú pondrásla
en el rudo lenguaje de los hombres,
para que hallen en ella un lenitivo
á sus penas, y honesto pasatiempo.
Dijo el hada y sentóse: poco á poco
una historia dulcísima narróme,
como sólo las hadas narrar saben.
Fluían de sus labios los acentos
cual de una fuente el manantial purísimo
suele fluir, formando un incesante
murmullo de inefable dulcedumbre.
Y como no es posible las palabras
del hada repetir, á mi manera
la historia he de contarte. Escucha, amigo.

—

Triste está Florestan. La vista fija
del mar en la extension ilimitada,
por la playa de Algorta se pasea,
en su vida sin sol, sin esperanza,
pensando, como siempre. Todavía
era jóven, mas ¡ay! del sufrimiento
la dura mano en su semblante noble
dejado había una indeleble huella;
y en la flor de sus años, numerosos
hilos de plata á su cabeza daban
aire de ancianidad. ¡Horrible suerte!
Jóven su corazon, lleno de vida,

del amor las dulzuras anhelaba;
mas su aspecto de anciano á las doncellas
daba miedo, ó temor, ó por lo ménos
respeto grande, del temor cercano.
No á todas sin embargo; pues algunas,
al notar sus miradas amorosas,
del infeliz reíanse crueles.
—¡No hay amor para mí!—triste decía
el pobre Florestan.—El escabroso
camino de la vida, siempre sólo
tengo que recorrer. En vano guardo
en mi pecho tesoros de ternura:
nadie lo sabe ó nadie de ello cuídase.
¡Oh Dios! ¿porqué nací? tal sufrimiento
¿cómo he de soportar? Por muy terrible
que el sufrimiento sea, bien se puede
soportarlo, si queda una esperanza
de ver mejores dias. Yo no tengo
la esperanza más leve. Cada dia
más y más se ennegrece mi existencia,
y más reniego de la hora infausta
en que á este mundo vine, de dolores.
Así pensando el triste se detuvo
viendo una hermosa niña que allí cerca
en la arena buscaba margaritas.
Conocíala él; era Graciosa,
Graciosa de Loreaga. Quince veces
puso Mayo sus rosas y sus lírios

en el divino rostro de la niña.
¡Qué fina era su tez! ¡qué delicadas,
qué correctas, qué puras sus facciones!
Sus lindos ojos negros ¡qué brillantes!
¡qué hermosos sus negrísimos cabellos!
y sus lábios fresquísimos ¡cuán rojos!
Vióla y amóla Florestan, pues era
la niña un ángel, que en el cielo mismo
con su belleza hubiese deslumbrado
á los bellos espíritus que flotan
en la lumbre sin par de la sonrisa
eterna del Señor. Empero el triste
le habló del mar, del tiempo, de las conchas,
del extenso arenal; ni una palabra
le dijo de su amor, y es que temía
que de él se riera el angelito.
¡Cuán bella era su voz! Y su sonrisa
infantil, de candor y gracia llena,
¿á quién no cautivára? Conocía
Florestan á Graciosa, aunque muy poco;
nunca en ella fijóse; tal encanto
nunca en ella notó. Su desventura
parecióle mayor, considerando
la ventura sin par del que lográra
ganar el corazon de aquella niña.
Desde aquél dia vióla con frecuencia
en su casa, y en pláticas sabrosas
con sus dulces hermanas y su madre,

amable anciana en años avanzada.
Harto ya de sufrir, y deseoso
de acabar de una vez; de un sólo trago
deseando apurar hasta las heces
la copa del dolor, ó ver la aurora
de su dicha, radiante levantarse,
tomó la pluma y á la noble anciana
tierna carta escribió, pidiendo humilde
la mano de la angélica doncella;
jurando consagrarse únicamente
á labrar su ventura. No tenía
en el éxito fé, aunque sí un poco
de débil esperanza. En verdad eran
las edades no muy proporcionadas;
mas era él rico, y ante todo ilustre.
Respetado y querido era su nombre
en toda la comarca. Sus poemas
á su pátria y á él enaltecían.
No era, pues, imposible que la madre,
su espantoso penar compadeciendo,
su bella hija le diera. Y no dudaba
que á fuerza de cariño y atenciones
haríala feliz cual merecía.
Pero ¡ay! la respuesta de la madre
disipó tal vislumbre de esperanza.
Mostrábase la anciana agradecida,
y expresaba el placer, la honra insigne,
que ella hubiese tenido emparentando

con quien era el ornato de su tierra;
de Vizcaya, esplendente y pura gloria.
Mas ¿no lo notó él? Era Graciosa
todavía una niña, aunque espigada
para sus años. Todavía apenas
su educacion había concluido,
y era preciso que años trascurriesen
ántes que se pensára en darle esposo.
No al triste sorprendió tal resultado.
Esperábalo él; pero con todo
la carta le sumió en dolor profundo.
Ya no fué más á casa de Graciosa;
de los sitios huía en que otras veces
solíala encontrar. Ella entre tanto
nada sabía, pues su anciana madre
juzgó inútil decirle lo ocurrido.
Pero quiso la suerte que una noche,
un monton revolviendo de papeles,
halló la carta aquella en que el poeta
Florestan, á su madre humildemente
la mano le pedía de Graciosa.
Conmovióla la carta, sobre todo
le parecieron bien estas palabras:
—«Bien veo yo, señora, que la niña
»es un Mayo florido, y yo un Septiembre
»triste y desconsolado. Si en Septiembre
»las hojas verdes amarillas tórnanse,
»y sin flores el campo está tan triste,

»mis cabellos blanquean, y mi rostro
»han ajado las penas y los años.
»¿Pero es ménos feliz la tierna hiedra
»porque se enrosca en centenario roble
»de rugosa corteza? ¿Un arbolillo
»prestaríale apoyo tan seguro?»
La lectura de aquella amante epístola
hizo que la doncella comprendiera
el por qué Florestan ya no venía
á verla, ni en la playa le encontraba,
cual otras veces. Era bien seguro
puesto que de ella huía, que su madre
su pretension había rechazado.
Pensativa quedó la doncellita,
y al otro dia en la arenosa playa
al triste apercibiendo, poco á poco
se le acercó y hablaron. Al principio,
de indiferentes cosas su coloquio
fué, pero luego, con su voz dulcísima
ella dijo:—Parece que olvidado
ya nos habeis, señor. ¿Cuántas semanas
há que vuestras visitas suspendísteis?
—Amable niña—dijo complacido
el noble Forestan—si yo supiera
que molesto no soy, que mis visitas
algun placer os causan aunque poco,
con frecuencia me viérais. ¿Pero cuándo
visteis juntos otoño y primavera?

Desde Septiembre á Mayo hay siete meses,
y las flores de Mayo fragantísimas
no están muy bien junto á las hojas mustias
que airado arrastra el viento del otoño.
—¿Qué me decís de Mayo y de Septiembre?
¿qué de flores fragantes y hojas secas?
¡Lindos pretextos son para no vernos!
—Pretextos no, Graciosa. Yo Septiembre
soy; triste, adusto. Aquel mes melancólico
en que el campo se agosta, el cielo llora,
y natura á la muerte se aproxima.
Y vos, Graciosa, sois florido Mayo,
de lirios y de rosas el semblante
adornado; la angélica sonrisa
vuestra seméjase al reir del alba;
y esa risa infantil, tan argentina,
el reir me parece de los campos
cuando llega la dulce primavera.
No Septiembre entristezca al lindo Mayo;
no me parece bien á la hoja mustia
poner junto al lindísimo capullo,
que para abrirse espera las caricias
del esplendente sol.—Ya que de flores
y plantas hablais tanto esta mañana;
decidme, si yo fuese débil hiedra
que jamás sin apoyo crecer puede,
y vos un roble fueseis robustísimo,
¿no me permitiríais enroscarme

en el inmoble tronco, y bien segura,
reirme del embate de los vientos?
¿Qué decís, Florestan?—Que yo quisiera
ser el roble y teneros abrazada,
y amoroso del viento defenderos
hasta caer de viejo.—Bien, Septiembre;
el cielo sabe cuanto os quiere Mayo.
¿Quereis juntar otoño y primavera?
Una estacion más bella de seguro
esta union formará.—¿Por compañero,
Graciosa, me quereis, en el difícil
camino de la vida?—Bien süave
será, y bien deleitoso, si apoyada
en vuestro fuerte brazo lo recorro.
—Yo te adoro, Graciosa. El cielo quiera
premiar tu gran bondad. Dí ¿me permites
que la alianza selle con un beso
en esa frente celestial?—Amigo,
podeis besarme, y como cosa vuestra
tenerme desde hoy; yo vuestra vida
quiero alegrar, y haceros muy dichoso.
Florestan en la frente con respeto
la besó; luego, hincando la rodilla
y besando sus manos, adoróla.

A LA MAITAGARRI (1).

Ninfa que moras en la umbrosa selva
de manso arroyo en la encantada márgen,
¿porqué tendida sobre el verde césped
pasas las horas?
¿Ya sólo piensas en bañar tu cuerpo,
tu hermoso cuerpo en la argentada linfa,
en hacer ramos, y en dormir la siesta
bajo los robles?
¿No es tu mision por los amantes finos
siempre velar cual bondadosa madre,
y hacer que el fuego del amor encienda
pechos de hielo?

---

(1) Hada que habita las selvas, los lagos, y las altas cimas cubiertas de nieve.

¡Cuántas doncellas por tu olvido gimen
viendo que amor sólo les dá dolores!
¡Cuántos mancebos de su amor en cambio
hallan desdenes!
Yo mismo, ninfa, tu cantor amado,
que tantas veces celebré tus gracias
y tu bondad sin par; yo mismo ninfa,
vivo muriendo.
Léjos está de mí la que amo tanto:
su hermoso rostro contemplar no puedo,
ni puedo hacer que á sus oidos lleguen
flébiles quejas.
¡Oh ninfa hermosa de la verde selva!
¡Gloria y orgullo de la euskal-erría!
Pues á los que aman consolar te place,
oye mi ruego.
Vé á donde Luz, la bella Luz que adoro,
brilla cual sol cuyos potentes rayos
de otros luceros el fulgor eclipsan.
Así ella luce.
La encontrarás en deleitoso valle,
sentada junto á bullidora fuente,
á la que prestan apacible sombra
robles añosos.
Besa su frente y sus sedosos rizos;
en sus mejillas besa fuego y nieve;
besa sus ojos, sus carmíneos labios,
y su albo seno.

Y dile:—«Hermosa Luz, tu amante llora
lejos de tí, sumido en negra noche;
pues sin tu luz, en derredor descubre
sólo tinieblas.
«No resplandece ya su amante rostro
que reflejaba tu sonrisa leda,
y en el que ahora retratado mírase
hondo quebranto.
«De sus mejillas el color fugóse,
Su frente nubes de tristeza velan,
sus pobres ojos no te vén y amargas
lágrimas vierten.
¡«Ah, cuántas veces en la larga noche
los brazos tiende ansioso de abrazarte,
y cuántas veces sus ardientes lábios
buscan tu boca!
«Sin tí la vida le parece horrible
Y descansar en el sepulcro ansía;
pero morir ante tus ojos quiere,
viendo tu rostro.
¡«Oh Luz cruel! el desdichado exclama,
¿porqué me niegas tu fulgente lumbre?
Que yo la vea una vez más, y en ella
muera abrasado.
«No eres mujer, ó corazon no tienes,
si no te mueven á piedad sus penas;
y si lo tienes debe ser bien duro,
duro cual roca!

¡«Oh! corre á echarte en sus amantes bra-
[zos,
y cual te adora dile que le adoras;
dile que sólo separaros puede
parca implacable.
«Al verte ¡Oh Luz! y al escuchar tu acento
su corazon palpitará de gozo;
y en un momento olvidará tu amado
todas sus penas.»
¡Oh ninfa hermosa del umbrío bosque!
¡Oh maitagarri hija de Ariel ¡Vé, lleva
mis tristes quejas á mi Luz querida.
¡Vete! ¡No tardes!
Así por siempre en esta selva habites,
no se marchite tu sin par belleza,
y ponga Ariel sobre tu pelo rubio
áurea corona.

A SACHER-MASOCH (1)

De los ásperos montes de Vizcaya,
do la franqueza ruda tiene asiento,
y en cuyos riscos arraigar no puede
la adulacion, mi débil voz saluda
al hijo insigne de Lemberg.
Ya espira
el bello otoño, y pronto su arrugada,
melancólica faz, y sus guedejas
nevadas mostrará el helado invierno.

(1) Esta composicion formó parte del álbum de autógrafos que en muestra de admiracion y cariño ofrecieron al insigne escritor Leopoldo de Sacher-Masoch los poetas y escritores de Alemania y algunos literatos extranjeros que, invitados por el comité formado al efecto, se asociaron gustosos á tan simpática manifestacion.

Perdió el campo sus galas, y los árboles
muestran su triste desnudez; ya el torpe
viento del Sur arrebató inclemente
el hermoso ropaje y las bellotas
al venerado roble de Guernica,
de fiera libertad símbolo augusto,
ó yo te enviára, noble hermano mio,
una corona con sus frondas hecha,
para ceñir tu frente radiosa.

—

No en vano por tus venas vá mezclado
con vieja sangre hispana el generoso
raudal de eslava sangre. Tus mayores,
guerreros fueron, y tambien guerrero
valiente has sido tú; pero hoy combates
con un arma más noble, con la pluma.
En la lengua hermosísima de Goethe
tú la verdad proclamas sin rebozo;
porque prefieres la verdad más fea
á la mentira más encantadora,
y porque ansías que Alemania llegue
á ser la hermosa, fulgurante estrella
que les muestre á los pueblos el camino,
y les haga anhelar, no la sangrienta
gloria de Roma, mas la esplendorosa
gloria de Atenas inmortal.

El hombre
nace á sufrir; la muerte sóla puede,

con sus manos de hielo descarnadas,
romper las ligaduras que sujeto
le tienen á la rueda del tormento.
Vanos son sus lamentos y sus gritos.
Siempre así sufrirá, si no reniega
de la herencia fatal del fratricida;
si de Caín feroz no se transforma
en manso Abel, de tigre en corderillo;
si de su pecho no destierra el ódio,
poniéndole al amor franca la puerta.
Tus obras, hijo insigne de Galitzia,
son de la vida espejo fiel: en vano
la voz de los hipócritas se alza
contra tí; tú desprecias sus denuestos,
y nos enseñas la verdad desnuda.
Para curar la llaga, es lo primero
quitar la horrible costra que la encubre.
Por desventura nuestra, la mentira
tiene muchos apóstoles; no pliegues,
pues, tu estandarte, amado hermano mio.
La luz se haga y huyan las tinieblas
despavoridas; la verdad se siente
llena de gloria en el sublime trono
que la mentira le robó; y tu nombre,
noble Sacher-Masoch, brille por siempre,
de centuria en centuria trasmitido
por tus maravillosas creaciones,
y ensalzado por todos los que en su alma
mantienen vivo el culto de lo bello.

PAISAJE.

IMITACION DEL INGLÉS, DE JOHN KEATS.

A ROSA LLANOS KEATS.

Sobrina del malogrado poeta (1).

Places of nestling green for poets made.
Story of Rimini.

Bella era la mañana. De puntillas
estaba yo en el cerro, gozosísimo
el fresco aire aspirando. Este en reposo
se hallaba entónces como pocas veces.
Era la calma tal, que los botones
que orgullosos mostrábanse en los tallos

---

(1) John Keats sólo tenía 24 años cuando falleció en Roma el 24 de Febrero de 1821. Con todo, ha dejado obras bastante bellas para que su nombre sea inmortal. La composicion que hoy ofrezco á mis lectores es sólamente un fragmento de la que empieza con el verso:

I stood tiptoe upon á little hill.

Cuando por vez primera leí esta composicion,

adelgazados con primor, no habían
perdido las diademas estrelladas
que formáran las lágrimas de Aurora,
por Oriente al mostrar la cara rubia,
medio velada por guedejas de oro.

Blancas eran las nubes; blancas, limpias,
cual recien trasquiladas ovejuelas
que frescas salen del arroyo claro
en el que se han bañado con deleite;
dulcemente dormían de los cielos
en la pradera azul ilimitada.

Suave se deslizaba entre las hojas
un callado rumor, audible apenas,

---

me pareció *intraducible*; pero las mismas dificultades que ofrecía la traduccion me movieron á intentarla. La tentativa que he hecho me ha probado que no me equivoqué al creer que esas dificultades eran insuperables. Tales cosas dice Keats, y dícelas de tal modo, que ó no se pueden decir en castellano, ó por lo menos *yo* no sé como se pueden decir. Lo que he hecho no es, pues, una *traduccion*, sino una *imitacion* palidísima, y nada más. No dudo que álguien más conocedor de los recursos de nuestro idioma habría logrado acercarse más al original.

No quisiera que lo que dejo dicho, que es la verdad y nada más que la verdad, se atribuyese á modestia, ó lo que sería peor, á falsa modestia.

que era el suspiro del silencio mismo;
las sombras que oblicuaban en el prado,
en perfecto reposo se veían.
A los ojos recreo no faltaba,
por ávidos que fuesen; era dulce
seguir la larga, sinuosa línea
del horizonte; contemplar con gozo
la suave y bella curva de una fresca
alameda sin fin; y en las frondosas
hondonadas y rápidos declives,
adivinar el curso de las aguas.

*
* *

Miré un rato, y sentíme tan ligero
cual si Mercurio mismo con sus alas
formando un abanico, á mis talones
enviado hubiera su divino soplo.
Alegre me sentí y me parecía
que placeres sin término aguardábanme.
Púseme al punto á hacer un ramillete
rico en colores y en perfumes rico.
Aquí abundan las reinas del verano,
en cuyo torno giran las abejas,
por el jugo dulcísimo atraidas.
Abriga aquí á las flores delicadas
un lozano codeso; hierba verde
las raíces rodea, manteniéndolas
verdes, húmedas, frescas; dando sombra

á las humildes, lindas violetas,
que con sedoso musgo entrelazándose
forman hojosos nidos. Aquí un seto
de avellanos y zarzas, coronado
de guirnaldas hermosas de aromática,
lozana madreselva, se me ofrece.
El verde-claro de arbolitos jóvenes
contrasta acá y allá con el oscuro
verde del musgo hermoso que rodea
de derribados árboles el tronco.
De un arroyo clarísimo se oye
el dulce susurrar; creo murmura
desatinadamente de sus bellas
hijitas, las azules campanillas,
que hermoso tapiz forman: tal vez llorá
porque tan lindas flores, arrancadas
se verán brutalmente de sus frescos
lechos, y sin piedad, por infantiles
manos desparramadas en la senda,
para morir en ella tristemente.

* * *

¡Extended vuestros pétalos de nuevo,
caléndulas ardientes! de los áureos
párpados la humedad enjugad pronto;
ordena el gran Apolo que estos dias
en muchas harpas que ha templado él mismo
se canten con amor vuestros loores.

Y cuando él de nuevo bese amante
las gotas de rocío en vuestros pétalos,
que embelleceis mi vida, y de vosotras
yo cuido, referidle: tal vez venga
luego su voz fortísima en el viento
cuando en remoto valle yo discurra
sin ver esta campiña deleitable.

* * *

Aquí hay dulces guisantes, que parecen
dispuestos á volar con sus alitas
de rosa y blanco; ved cómo se agarran
con puntiagudos dedos por doquiera,
formando en torno de los tiernos tallos
delgados anillitos. Un instante
aquí junto á estas encorvadas tablas
detenéos; y luego, aproximándoos
del claro arroyo á la juncosa orilla,
ved de Natura la obra delicada:
el dulce murmurar del arroyuelo
más dulce sonará en vuestros oidos
que arrullo de zoritas cenicientas.

¡Cuán silenciosamente aquella curva
trazan las aguas límpidas! No envían
ni el más leve rumor á las pendientes,
llorosas sargas. Ved allí unas hierbas
lentamente avanzando sobre el agua,
á través de las sombras de colores.

Muy bien leer podríais dos sonetos
antes que aquellas hierbecitas lleguen
á donde la corriente acelerándose,
un sermon natural, con su murmullo
predica sobre el lecho cascajoso.
¡Qué multitud allí de pececillos
muestran sus cabecitas, oponiendo
á la corriente el cuerpo! Así, felices
gozan del sol los rayos, que suaviza
con su frescura el agua. ¡Cuál los peces
en luchar sin descanso se complacen
con la corriente que hace su ventura!
¡Ved cómo en la menuda arena apoyan
el argentado vientre! Alzad la mano,
Y en el instante mismo desparecen:
pero mirad de nuevo, y allí se hallan
de nuevo jugueteando. Mirad cómo
las ondas limpidísimas deléitanse
al llegar á esos berros, que les brindan
frescura entre sus hojas de esmeralda.
Mientras que se refrescan, dán frescura
y humedad, con que vivan los berrillos,
manteniendo así un cambio de favores,
como los hombres buenos que se gozan
en acciones benéficas. Pintados
jilgueros, caer se dejan, uno á uno,
de las ramas más bajas; un instante
detiénense no más; toman un sorbo

de agua, y chirrían de placer, y luego
alisan el plumaje, y todos juntos
se marchan gozosísimos, mostrando
el negro y oro de sus lindas alas.

*
* *

Cuando estoy en un sitio así, querría
que nada ménos dulce interrumpiese
mis pensamientos, que el rumor suave
de las faldas de alguna hermosa jóven
sobre las flores que la orilla alfombran;
quisiera oir la deliciosa música
de sus piés diminutos cuando pisan,
al andar, las lozanas acederas.

¡Oh, sería de ver su sobresalto,
y el carmin del rubor de sus mejillas,
si así jugando yo la sorprendiese,
abstraida en sus dulces pensamientos!

Dejad que poco á poco la conduzca
del arroyo á la orilla; permitidme
sus lábios contemplar, que ríen casi,
y su mirada baja. Dejad toque
un instante su mano con la mia;
permitid que un instante oiga gozoso
su dulce respirar: cuando me deje,
vuelva ella á menudo los divinos
ojos, y mire, con amor me mire
por entre sus flotantes crenchas negras,

LA VIDA QUE ME AGRADA.

En buen hora otros guíen
la nave del Estado,
y cansen la cabeza
con los problemas árduos
que ya por luengos siglos
agitan los humanos;
codicie el ambicioso
los honores más altos,
y para conseguirlos
viva como un esclavo,
adulando á los grandes,
sirviendo á los tiranos;
yo no tengo ambiciones,
pues lo único que amo
es la libertad dulce
y el placer regalado.
Son mi adorada Lola
apoyada en mi brazo,
recorro la campiña
haciendo lindos ramos

con las silvestres flores
que doquiera encontramos,
y con ellas adorno
su pecho levantado
y sus lindos cabellos
sedosos y rizados.
Del arroyo en el borde
cansados nos sentamos
á la sombra agradable
de un roble centenario;
del agua al dulce arrullo
amantes nos besamos,
del amor las dulzuras
inefables gozando;
y al fin el grato sueño
nos sorprende abrazados,
y en mayores delicias
ya dormidos, soñamos.
Así yo viva, y otros
gobiernen el Estado.
Media hora de dicha
vale más que mil años
de honores y de glorias
con penas conquistados.

EN LA ALHAMBRA.

Sorberbias salas, lindos miradores,
de los que arrobadísimo contemplo
pedazos de la tierra que parecen
por lo hermosos, pedazos ser del cielo.

—

Columnas gallardísimas, estanques
en cuyas aguas míranse los mirtos;
arcos sin par y techos primorosos,
bellos jardines siempre tan floridos.

—

Muros en que escribieron los creyentes
Dios sólo es grande, *es vencedor Él sólo*;
nicho soberbio en que el Koran guardábase,
alicatados de carmin y de oro.

—

Pebeteros de oro que despiden
en sutil humo aromas de dulzura;

cantos divinos de argentinas voces,
risas de huríes, música de guzlas.

—

Frescas estancias, búcaros de flores,
lechos mullidos, fuentes de alasbastro;
blandos divanes, gruesas alkatijas,
bellas esclavas, baños perfumados.

—

Diz que al dejaros suspiró el rey Chico,
diz que lloró al marcharse, y no lo extraño;
ántes que abandonar tal paraiso,
¿cómo no prefirió morir lidiando?

Mirador de Lindaraja, 7 de Junio de 1885.

FÁTIMA LA ZORAYA

(LUCERO DE LA MAÑANA).

—¡Mira, yo te amo, matinal lucero!—
dijo á Zoraya Boabdil el Chico,
—y por un sólo beso de tus lábios
diera la vida en este instante mismo.

—

—¿La vida por un beso? No te creo;—
la hermosa replicó—por no perderla
huyes ante las huestes del cristiano,
dejas tu Alhambra y tu Granada bella.

—

Mucho estima la vida quien tal hace
pues más que el reino y que el honor la
[quiere;
no es posible que un sér tan egoista
por sólo un beso la existencia deje.

—

—Te equivocas, lucero matutino;
te equivocas, hurí, rostro de diosa;

más que reinos y alcázares sin cuento
quiero yo un sólo beso de tu boca.

—

—No debo, pues; besarte, no, *Zogoibi* (1)
si un beso mio, tanto, tanto vale;
y aunque ménos valiera, yo no tengo
mis ósculos de amor para un cobarde.

—

¡Corre, corre, y oculta tu vergüenza
en la abrasada Libia! no te sigo.
Dios contra tí y tu raza se pronuncia,
y en tu Alhambra se vé la cruz de Cristo.

—

Un cristiano me quiere; no un cobarde
como tú, Boabdil ¡oh rey sin honra!
un valiente que en cien y cien encuentros
fué herido de su pátria por la gloria.

—

Dijo la hermosa; Boabdil el Chico
el corcel aguijó y fuése llorando.
Y es fama que el desden de la doncella
más le afectó que el verse destronado.

—

En Zoraya pensaba el infelice

---

(1) *Desdichadillo*. Así llamaban los granadinos á su último rey moro.

cuando al gemir mirando hácia Granada,
oyó el duro reproche crudelísimo
de su orgullosa madre la sultana. (1)

—

¡Llora, rey sin corona! ¡llora, llora!
¡llora como mujer, *¡desdichadillo!*
¡llora como mujer, pues no supiste
como hombre defender lo que has perdido!

(1) Aixa la Horra.

LO DE MUCHAS.

—«¿Qué será ¡Oh Dios! de mi amado,
que no le puedo encontrar?
¿Dónde está, anciano, sabeis?
¿Le visteis, señor, pasar?
—«Si á tu amado no conozco,
¿cómo puedo contestar?»
—¡«Oh, señor! Mi amado es rubio,
gallardo como el que más;
azules sus bellos ojos,
y sus labios de coral.
Aunque veinte años no tiene,
del pecho le pasa ya
la hermosa barba de oro.
¿Vísteisle, anciano, quizá?»
—«Víle, niña; mas no pude
su gallardía admirar,
porque tendido dormía,
vuelta hácia el cielo la faz;
en sus ojos no ví azul,

ni en sus labios ví coral;
pero ví su luenga barba,
que ya más no crecerá.
Por aquí hace un rato, niña,
le llevaron á enterrar.»
La niña llora y exclama
gritando: Llevadme allá
donde reposa el que amé
con él quiero descansar
en su helada sepultura.
¡Qué frio sin mí tendrá!»
Envuelto en airosa capa
por allí pasa un galan,
y á la doncella le dice:
—¡Qué linda eres por San Blás!
Y si llorando eres linda,
¿sonriendo qué serás?
No llores, y vén conmigo,
que yo calmaré tu mal.»
—«Voy, señor, al camposanto.»
—«Espera. Mañana irás.»
y si quieres niña hermosa,
yo te podré acompañar.
Mañana vendremos juntos.
El muerto no escapará.
¿Vienes, niña?»—«Voy, señor;
que sois apuesto y galan.»

A LEDA.

ANACREÓNTICA.

Los miserables eunucos
contra mis versos clamaron;
hizo necios aspavientos
la caterva de sopranos,
porque del amor los goces
en todos los metros canto.
Mas no porque chillen ellos
he de quedar yo callado.
Rodéenme las muchachas,
y corónenme de pámpanos,
y á la márgen del arroyo
bailemos hasta cansarnos,
cantando dulces canciones
á Venus y al jovial Baco,
que son los únicos dioses
amigos de los humanos.
A esas deidades benévolas
con todo el corazon amo;

no al fiero Marte irascible,
ni á Júpiter, el dios bárbaro
que á los mortales aterra
con sus mortíferos rayos.
La muchacha más bonita
me estreche en sus gruesos brazos;
su fragantísimo aliento
embriágueme yo aspirando,
y libe el néctar dulcísimo
de sus purpurinos labios.
La vida es corta; pasemos
todas sus horas amando.
No de otro modo la linda
mariposa en el verano,
sabiendo que de su vida
el término viene rápido,
de flor en flor vuela, y liba
del cáliz el licor grato.
Pues la muerte viene pronto,
pasemos la vida amando.
No por gusto aquí vinimos,
que á la fuerza nos enviaron;
disipemos, pues, las penas
del amor con el encanto,
y que rabien los hipócritas
y que chillen los sopranos

LA TIERRA MEJOR.

En torno de una mesa de posada,
á la orilla del Ebro,
catorce bebedores una tarde
diz que se reunieron.

—

Con profusion el vino de la Rioja
una moza escanciaba,
roja como un clavel, blanca cual lirio,
gallarda cual la palma.

—

Los bebedores, gracias al vinillo,
más y más se animaban;
se alargaban los brindis, y más fuertes
eran las carcajadas.

—

De comarcas distintas eran todos,
y así, no es cosa extraña,

que á ponderar su tierra cada uno
alegre comenzára.

—

—No hay en todo el planeta,—dijo uno—
tierra como Castilla;
aquí el cielo es azul, el vino rojo,
y morenas las niñas.

—

—¿Cómo?—dijo afilándose el bigote
un portugués finchado.—
Las niñas de mi tierra son más bellas,
los hombres más bizarros.

—

—¡Viva,—dijo uno con la copa llena,—
el solar asturiano!
Que más amigas bellas allí tengo
que dedos en las manos.

—

Otro dijo:—¿Mas donde habrá muchachas
como las de Galicia?
No hay corazon tan duro que no pongan
como unas mantequillas.

—

—¡Alto, señor gallego! En todo el mundo
ni tampoco en sus islas,
tierra hay como Aragon, hombres tan no-
[bles,
ni niñas tan bonitas.

—

—¡Qué desgrasia que osté nunca haya ez-
[tao
ayá en Andalusía,
en la tierra que yaman por hermosa,
de María Zantízima!

—

—Que no ha visto á Valencia yo aseguro
quien alaba otra tierra;
pues de todas, la tierra valenciana,
siempre fué la primera.

—

—De vino de Leon un sólo sorbo
vale más amiguitos,
que de la fría horchata valenciana
seis lagos y diez rios.

—

—No hable de bellas tierras quien la vega
de Múrcia no haya visto.
De seguro que allí estuvo, señores,
de Adan el paraiso.

—

—Si los que nacen escojer pudieran
siempre la pátria suya,
yo aseguro que nadie nacería
fuera de Cataluña.

—

—Siempre, siempre los hombres más va-
[lientes

fueron los extremeños;
y de Cortés la pátria además tiene
niñas como luceros.

—

—¡Bien se vé que tu tierra se halla léjos
de la bella Navarra!
Del valor, la honradez y la hermosura,
ninguna otra es la pátria.

—

—Tierra florida, mares azulados,
y aun más azul el cielo,
hacen que sean las Baleares islas,
de España el floron bello.

—

Ningun canario había allí presente,
ó de fijo dijera
que es de todas las tierras, la canaria
la mejor y más bella.

—

—¿Cómo osais ponderar vuestros paises
si hay aquí un vizcaino?
¿No sabeis que á Vizcaya envidia tiene
el mismo paraiso?

—

Las muchachas allí no son mujeres,
sino ángeles divinos;
los hombres son euskaros, y con eso
lo que son está dicho.

—

No hay tierra tan famosa, ni tan noble,
tan sana, ni tan bella,
Veremos si hay aquí quien no estando ébrio
esta verdad me niega.

—

Y contestó la linda escanciadora
el cielo señalando:
—Allí el país mejor; allí está el puerto
que buscan los humanos.

—

Allí á todos *el Padre* nos aguarda
en su trono sentado;
allí, olvidando razas y paises,
todos serán hermanos.

IN MEMORIAM M. V. S.

OBIIT A. D. MDCCCLXXXV.

R. I. P.

¡Oh Dios! Aunque viviera mil centurias
no olvidaría de Noviembre el doce.
De Lóndres ayer trájome el correo
una carta con gran orla de luto,
y en ella la noticia de la muerte
de la mujer más noble de la tierra,
al mismo tiempo que la más hermosa.
Era tan bella, que entre las beldades
más famosas de Albion, no un sér humano,
sino deidad del cielo parecía;
y como el sol eclipsa á las estrellas,
á las demás beldades eclipsaba
la beldad de su rostro sin segundo.
Ahora está en el Empíreo, y allí mismo
por deidad pasará. Ya me parece
ver que á sus piés se postran los arcángeles
mudos de admiracion y de embeleso.

¡Bien pueden adorar la obra más bella
del Supremo Hacedor¡ ¡Oh quién podría
su hermosura pintar! Con sólo un canto
en el trono de Homero sentaríase,
más alto que el famoso florentino;
que si Beatriz fué hermosa, más hermosa
fué la deidad que lloro en este instante.
Era ella de estatura descollada;
esbelta, aunque de formas opulentas,
capaces de tentar á un dominico.
Su apostura era régia, y en sus hombros
era manto imperial cualquiera manto,
ó mejor que imperial, manto de diosa.
Que era de clara estirpe demostraban
sus diminutos piés, sus manecitas
breves y lindas sin igual. Su rostro,
que adornaban las rosas y los lirios,
era el más bello que mis ojos vieron,
y el más bello que han visto los mortales,
desde que habitan la áspera corteza
de este pobre planeta asendereado.
Recta y fina nariz, y una barbilla
cual la suya, los griegos escultores
no modelaron nunca. Los carmíneos
lábios formaban la más linda boca,
nido de amores celestial. Los ojos
eran castaños, vivos y rasgados;
las orejas pequeñas y muy lindas,

y el cuello grueso, mórbido y erguido.
Las muy arqueadas cejas, á la frente
daban gran majestad, y los cabellos
de oro formaban sin igual diadema.
Un pecho de granito se ablandára
al brillo de su angélica sonrisa;
y su voz, siempre dulce, ¡qué dulzura
sin igual adquiría! ¡Oh Dios, qué encanto!
cuando el amor dictaba sus palabras
y en su acento divino retratábase.
Era su inteligencia esplendorosa,
sus maneras de reina; mas sencilla,
y llena de candor, de agrado llena,
era, cual pocas, tan hermosa dama.
Su corazon sin hiel, de mieles todo,
feliz quien cautivó, si para siempre
lo hubiese poseido, si la horrible
guadaña de la muerte no lo habría
despedazado sin piedad.. ¡Destino
cruel! Aquella hermosa jóven
cuya belleza todos admiraban;
aquella cuyas plantas con delicia
besado hubiera el hombre más altivo,
yace en el camposanto; por su cuerpo
se arrastra asquerosísimo gusano;
por aquel cuerpo que antes despedía
perfume fragantísimo, y ahora
se ha trocado en carroña despreciable.

Dime, muerte cruel, ¿cómo has osado
tronchar rosa tan bella y odorante?
Nada perdona tu segur; lo mismo
abate la purísima azucena
y la admirable rosa de cien hojas,
que el cardo vil y la traidora ortiga.
Perdió la tierra su mejor ornato.
¿Cómo es que de dolor este astro triste
cual herido corcel no salta? ¿Cómo
los mundos todos que en el cielo ruedan
no salen consternados de sus órbitas,
y unos contra los otros estrellándose
se convierten en polvo menudísimo?
Y yo que la adoré ¿cómo aún aliento?
¿Cómo no estalla el corazon de pena?
¿Cómo es que en el Océano de lágrimas
que mis ojos derraman no me ahogo?
¡Oh quién morir pudiera para hallarse
con ella en el imperio de las sombras,
por ella convertido en el imperio
de la esplendente luz! Quinientas veces
yo quisiera morir, sólo por verla
un segundo, y gozarme en su hermosura,
obra maestra del que lo hizo todo.

DULCES MOMENTOS

BALADA

Rápida hendía la gallarda nave
las ondas de cristal,
en las que se miraba retratada
de la luna la faz.

—

Yo contemplaba de mi dulce amada
el rostro angelical,
y embriagado aspiraba con su aliento
aroma celestial.

—

De su voz la inefable melodía
oía resonar,
y su elevado pecho, con delicia
veía palpitar.

—

Yo cariñosas frases le decía,
y ella, viendo mi afan,
con palabras dulcísimas mostrábame
ternura sin igual.

—

Envidiosas las fúlgidas estrellas
temblaban sin cesar;
y envidiando la luna nuestra dicha,
aceleró su andar.

—

Oreaba los rizos de mi amada
suave brisa del mar,
y del amor sentía yo en el pecho
hálito celestial.

—

No envidiaba yo entónces al califa
que reinara en Bagdad,
ni á Júpiter excelso, que los mundos
se complace en guiar.

—

Cierto es que en lo más alto del Olimpo
el dios sentado está;
¿pero tiene á su lado una doncella
de rostro angelical?

—

Bella matrona es Juno; su belleza
bien se puede admirar;

mas dá su doncellez á mi adorada
encanto sin igual.

—

Y la barca bogaba silenciosa
en el azul del mar,
y en el azul del cielo navegaba
la luna sin parar.

—

¡Oh momentos de amable dulcedumbre!
¡No debierais cesar!
¡Eternamente al lado de mi amada
yo quisiera bogar.

AYER Y HOY

1871—1886.

—

En un bosque de robles centenarios
paseábamos los dos;
ella era hermosa y buena como un ángel,
y la adoraba yo.

—

En purísimo fuego por mí ardía
su vírgen corazon;
con dulce voz me dijo:—¡«Qué felices
vamos á ser los dos!»

—

Con sus rosados dedos, una linda
flor de brezo cogió;
yo ví á la flor de gozo extremecerse,
y envidia tuve yo.

—

Sonrió como un ángel, y la hermosa
florecilla me dió
diciéndome:—«Esta flor sea el emblema
de nuestro tierno amor.»

—

«No ama esta bella flor, aunque tan bella,
«el mundano rumor;
«busca la soledad en sus amores,
«como nosotros dos.

—

«Esta linda y modesta flor del yermo
«¡cómo la quiero yo!
«¡guárdala bien, y nuestro amor ternísimo
«siempre bendiga Dios!»

—

Tomé la florecilla, y á los lábios
llevéla con amor;
de gozo henchido, en el instante mismo
palpitó el corazon.

—

¡Oh dia inolvidable! ¡Qué dichoso
entónces era yo!
La vida un paraiso parecíame,
y bendecía á Dios.

—

Angeles parecíanme los hombres
llenos de ardiente amor.

¡«Qué buenos son los hombres, yo decía,
y qué amoroso es Dios!»

—

Fresco como la flor recien nacida
tenía el corazon;
sólo de nombre el ódio conocía.
Era yo todo amor,

—

Pero ¡ay! el mundo, el miserable mundo
de ella me separó;
desde entónces, perdida la esperanza,
siempre llorando estoy.

—

El mundo fea cárcel me parece,
la vida me dá horror;
y lloro el dia infausto en que ¡oh desgracia!
al mundo vine yo.

—

La flor de brezo que amoroso guardo,
ya no tiene color;
la pobre mústia está, cual la esperanza
de mi perdido amor.

—

Más valiera que nunca ella brotára,
y nunca viera el sol;
y no se viera mústia, mústia y seca,
como la miro yo.

—

Más me valiera á mí no haber venido
á este mundo traidor;
así el mundo cruel no asesinára
mi desdichado amor.

ESTACIONES PARA AMAR.

IMITACION DEL INGLÉS, DE BRYANT.

¿Cuál para amar es la estacion propicia
preguntas, caro amigo?
¿Cuándo las bellas ménos resistencia
oponen á Cupido?
Amenudo las niñas, las palabras
escuchan de cariño.
¡Ojalá que los hombres fuesen siempre
en el amar más finos!
Ama cuando de músicos alados
se oye el cantar divino;
cuando exhalan las flores más tempranas
su perfume dulcísimo;
cuando en luz, en aromas y en colores
alza natura un himno
de amor, entónces á la doncella tímida
muéstrale tu cariño.

Ama cuando en el fúlgido verano
el sol ya se ha dormido
en el ocaso, y brillan las estrellas
en el azul purísimo,
cuando la luna cándida ilumina
el bosque frondosísimo;
ama, que hará nacer la dulce hora,
sentimientos dulcísimos.

Ama cuando de otoño los matices
la montaña han teñido;
cuando millares de hojas secas flotan
en el plateado rio;
esta escena le muestra que los dias
de amar son fugitivos:
que debe, mientras ella y tú sois jóvenes,
aceptar tu cariño.

Y ama cuando el bóreas helado
azota cruel los vidrios;
cuando en el ancho hogar chisporrotea
un fuego alegre y vivo;
cuando de tempestad se oyen los tristes,
pavorosos rugidos;
mucho más dulce encontrará la historia
deliciosa y sin par de tu cariño.

AL SR. D. N. L.

Montevideo

EPÍSTOLA.

—

¡Gracias, hermano mio! Tú no sabes
qué profundo placer, cuánto consuelo
debo á tu carta. Un corazon ardiente
y entusiasta es el mio, y con la misma
intensidad él ama y aborrece,
si bien su ódio es siempre pasajero.
Al huracan seméjase en que acaba
tanto más ántes cuanto más terrible.
Su amor, en cambio, es firme cual las rocas
que el Cantábrico mar azota en vano;
inmoble cual las cumbres gigantescas
de Gorbea, Sollube y Ereñozar;
cual la verdad eterno é inmutable.
El amor de otros hombres parecido
es á la fría veleidosa luna,

que ora mira á Levante, ora á Poniente;
á la luna, que ya se mostra grande,
ya chica, ya amarilla, ya bermeja,
ya como *el vil metal* deslumbradora,
ya pura y blanca como argento fino;
ya anchurosa y redonda como un orbe;
ya estrecha, desmedrada y puntiaguda;
No el mio así; sino cual ígneo Febo,
que siempre igual nos muestra el ancho dis-
[co,
foco de eterna, fecundante lumbre.
¡Ese amor tan constante, desde niño
en mi pátria fijé! ¡Con qué delicia
oía los relatos de los viejos;
y leía los cantos de los vates,
celebrando las glorias de otros tiempos,
la entereza viril y las egrégias
virtudes de los hijos de Basconia,
y el arbol inmortal, símbolo augusto
de nuestra fiera libertad euskara!
Mi corazon llenóse de entusiasmo,
quise tambien cantar, y la sonora
lira tomando, aunque con estro rudo,
canté á Lelo, Lartáun y Lekobide,
á Ozmin, á From... á todos los heróicos
varones que á Basconia enaltecieron.
Con más vigor aún, con mayor brío
canté la libertad de las montañas,

y aquel roble sagrado que en Guernica
ostenta su ramaje lozanísimo,
sus frondas de esmeralda, entre las cuales
las bellotas asómanse; el robusto
roble que plantó Dios hace mil años,
y cuya copa anchísima cobija
de Aitor á toda la progenie clara,
que del soberbio Adur al Somorrostro,
y desde el Ebro al mar, tiene su asiento
en las altivas cumbres y en los valles
de las siete provincias. ¡Ay hermano!
Mi voz perdióse en el espacio; el pueblo
á quien yo mis acentos dirigía,
quedóse frio, indiferente, mudo.
—¿Murió la fé?—me dije—¿El entusiasmo
para siempre acabó? ¿Perdió el ibero
el amor que tenía á sus mayores;
el culto de la pátria; en sus destinos
la inquebrantable fé, que en mil azares
valor y aliento le prestó? ¿Qué se hizo
de aquel amor que parecía eterno,
á la divina libertad? ¿No es éste
el pueblo que á vivir encadenado
siempre la muerte prefirió? ¿La estirpe
de Lelo y de Lartáun? Mi acento rudo,
eco no tuvo en las montañas nuestras.
Buenos hermanos que cual yo en el noble
palenque de las letras peleando,

á su pátria enaltecen, cariñosos
sus plácemes me enviaron. Hubo fuera
del gremio literario, aunque no muchas,
algunas noblés almas que aplaudieron.
Lo que en ninguno ví fué un patriotismo
tan grande, un estusiasmo como el tuyo,
sincero, candoroso, vehemente.
Tu inestimable carta al descubierto
tu corazon mostróme caro amigo;
en ella veo rebosar los nobles
afectos que hacen de la estirpe humana
digna imágen de Dios, y que olvidados
inferiores nos hacen á los brutos.
No es, pues, extraño, noble hermano mio,
que tu carta causárame tan grande
placer, ni que la guarde como alhaja
singular que por nada trocaría.

—

—¿Hermano dije?—Sí; la misma tierra
nos ha visto nacer, hincha tus venas
la misma sangre euskara que en las mias
circular siento cual raudal de fuego;
amas lo que amo yo; como yo sientes
bullir en el cerebro las ideas,
y como á pesar tuyo, por tu boca
sale, como torrente desbordado,
el manantial de amor inagotable
que tienes en el fondo de tu pecho.

Dios está en tí. Tu bella carta muestra
que si á las letras tú te consagraras,
lauros inmarcesibles ganarías.
Con todo, en tu modestia, hermano mio,
N. L. firmaste, y fué preciso,
para saber tu nombre, preguntárselo
á José de Umarán, el benemérito
y venerable presidente vuestro,
en el círculo basco que á la orilla
del rio de la Plata habeis fundado,
del Laurak-bat bajo la enseña ilustre,
en la hermosa ciudad que há siglo y medio,
fundó un euskaro insigne, el gran Zabala.
Yo te saludo, hermano; yo te abrazo
con cordial efusion, y con el alma
entera te agradezco el placer grande,
inmenso, que tu carta me ha causado.
Mientras haya uno sólo que me aplauda
como me aplaudes tú, mi voz robusta
aunque no dulce, se alzará en defensa
de la pátria, en loor de los egrégios
varones que supieron ilustrarla,
y del *Fuero* que intacto nos legaron,
Fuero que hoy, por desventura nuestra,
con su fatal soberbia han derrocado
los viles fariseos de alma negra,
que en la ignorancia al pueblo le mantie-
[nen,

y le chupan la sangre de las venas,
como vampiros sin piedad.
¡Hermano!
Mientras aliente cantaré la pátria,
el amor, la virtud; los altos hechos
de los hijos de Aitor, heróicos siempre;
y la sublime libertad; sin ella,
vivir no puede ningun pueblo digno.
Y sobre todas cosas, sin descanso
la *Verdad* cantaré; y á los hipócritas
que en el templo trafican ¡miserables!
fustigaré sin compasion. Yo execro
la falsedad. Mal hayan, noble amigo,
los reptiles que creen que la palabra
sirve para ocultar el pensamiento!
Yo siempre la verdad diré desnuda;
y si de aquese lado de los mares
sigues tu aplauso enviándome, mi ánimo
no decaerá aunque aquí nadie me escuche.
Así el Señor te colme de venturas,
y de mí no se olvide. Yo te abrazo.

EL DIA DOS DE NOVIEMBRE.

HISTORIA QUE PONE LOS PELOS DE PUNTA.
DEDICADA Á LOS VIUDOS

De los negros cipreses á la sombra
paséabase llorando
un infelice viudo, por las calles
del triste camposanto.

—

Pensaba el pobre, con dolor pensaba
en su adorada Alicia,
de amor sol refulgente, que apagado
en la tumba yacía.

—

Lloraba el viudo. ¿Pero quién no llora,
solo al verse en la tierra,
despues de haber tenido como Edgardo
tan dulce compañera?

—

—No llores, buen Edgardo; más no llo-
[res;—

oyó una voz que dijo;—
bien veo que me quieres; desde ahora
siempre estarás conmigo.

—

¿Mas quién le hablaba así? Era una jóven
en su brazo apoyada;
los ojos eran negros, blanco el traje,
muy pálida la cara.

—

Era su esposa, su adorada esposa,
su inolvidable Alicia;
era su mismo rostro, su mirada;
su voz era la misma.

—

Pero estaba muy pálida, mas pálida
que la luna de enero;
y tocando sus manos, parecióle
que eran manos de hielo.

—

Sentía él que al contacto de la muerte
su cuerpo se enfriaba;
que su bullente sangre, poco á poco
en las venas se helaba.

—

—Mi tumba es ancha, Edgardo, vén con-
[migo,
y juntos dormiremos;—

Alicia dijo.—Vén conmigo. Edgardo,
vén; porque tengo celos.

—

En el mundo hay muchachas muy hermo-
[sas,
tú eres aún muy jóven,
y temo que una de ellas, amor mio,
tu corazon me robe.

—

Vén conmigo; mi tumba es ancha, Edgar
[do,
y juntos dormiremos.
Así no tendré frio por las noches:
tampoco tendré celos.

—

¡Cómo! ¿Quiéres marcharte, amado mio?
Que me amabas creía.
Mas no te suelto. Acuéstate conmigo
aquí en la tumba fría.

—

¡Cómo tiemblas! Más frio que los muertos
tú tienes, alma mia.
Pero ya pasará; tambien yo tuve
más frio el primer dia.

—

Se está bien en la tumba, esposo mio,
y allí nadie molesta;

allí nos amaremos sin estorbo,
y no como en la tierra.

—

Edgardo obedeció; con su adorada
bajó á la tumba fría.
Ya se alzarán al son de la trompeta
en el postrero dia.

EL DESPERTAR DE UN ANGEL.

Composicion escrita en bascuence por
D. Antonio Arzac y Alberdi.

Traduccion libre.

A la orilla del mar, entre peñascos,
me encontraba una tarde. Como el viento
impele á la hoja seca, así, á empellones,
á mí las amarguras de la tierra
hasta aquel borde de ésta me llevaron.
Todo en torno era paz, todo silencio;
todo tomaba un tinte de tristeza;
mas mi tristeza era mayor. Las olas
poco á poco avanzaban, sin fracaso,
y en la orilla morían dulcemente.
Ni se oía el chirriar desapacible
de las gaviotas. ¡Ah qué paz, Dios mio!
Mas ¡qué tristeza! En su quietud, la hermosa
pradera de agua que á mis piés tenía,

me parecía un vasto camposanto.
¡Cuántos duermen en él el sueño eterno!

—

Me descubrí, y mi alma conmovida,
se puso á hablar con su Hacedor. Estando
así ocupado, apercibí á una pobre
mujer, en cuyo rostro el sufrimiento
dejado había su profunda huella.
Hácia mí caminaba la infelice,
en los brazos trayendo un tierno niño
más hermoso que el sol. Pronto estuvieron
junto á mí, y me fué dado contemplarlos
á mi sabor. Ellos no me veían.
¿Cómo podían verme, si la madre
sólo miraba al cielo y á las aguas,
y sólo á ella miraba el angelito,
á ella, su madre, porque tan hermosa,
tan celestial mirada como aquella,
sólamente á una madre se dirige?
Yo veía á los dos, y me parece
que áun estoy contemplando aquel divino
cuadro que contemplé con embeleso.

—

De pronto, apareció, junto á un peñasco,
temblorosa barquilla. ¿Qué recuerdo
surgió al verla en la mente de la madre?
Ello es que la infeliz un angustioso
grito lanzó, y la pobre criatura,

asustada rompió á llorar. La madre,
por apagar su lloro, aunque sin ganas,
entonó una cancion. ¡Oh Dios qué triste
es el cantar con lágrimas mezclado!
Huyendo vine á este rincon, y encuentro
tambien aquí las mismas amarguras
que doquier me asediaron. ¡Oh qué mundo,
¡No hay en él un rincon tan escondido
que no llegue el dolor!
Al amoroso
arrullo de su madre, dulcemente
el niño se durmió. La madre entónces
puso sobre una roca al angelito,
mas no apartó de él la protectora
mano, y llevando al corazon la otra,
de rodillas se hincó mirando al cielo.
¿Qué pasó entónces? Qué es lo que decía
el corazon de aquella desgraciada?
¿Qué le pedía á Dios para aquel niño,
que entre el cielo y la tierra colocado,
de piedra en dura cuna reposaba?
¡No sé! ¡No sé! ¡Mas cómo el alto cielo
no había de ablandarse, y condolerse,
y enloquecer, enloquecer de gozo,
viendo aquel cuadro encantador? El tiempo
volaba, avecinábase la noche,
iba cubriendo el mar espesa bruma,
y apareció en el cielo una estrellita.

De pronto el niño despertó, riendo;
los brazos extendió, cual si quisiera
la estrellita coger, y alegremente,
—¡Padre! exclamó;—¡Padre! gritó de nuevo.
Se alzó entónces la madre, y amorosa
á su hijito estrechó, y él los bracitos
al cuello de su madre echó gozoso.
Así permanecieron largo rato.

—

Yo, que inmóvil allí, con la cabeza
entre las manos, les miraba atento,
sentí por mis mejillas, gota á gota,
las lágrimas rodar, lágrimas dulces,
las más dulces que hasta ahora he derramado
¡Oh Dios, qué despertar el de aquel ángel!

EL CANTO DEL DESTERRADO

—

Florida está la tierra
y azul el cielo está;
mas por eso mis ojos
no cesan de llorar.
Las avecillas cantan
el himno matinal;
todo ríe; yo sólo
no ceso de llorar;

—

¿Qué importa que haya flores
si no son las de allá?
¿Qué importa que el sol luzca,
y que se oiga el trinar
de los alados músicos?
Léjos la patria está,
y á mí sólo me gustan
sol y cantos de allá.

—

A mí sólo me gusta
el sol que luce allá,
las flores que allí crecen,
y el melífluo cantar
del ruiseñor y el mirlo
allá en el robledal
que sombrea *la campa*
del santuario foral.

—

¡Ah! Cual yo desterrado
de mi tierra natal,
de ella está desterrada
la antigua libertad.
Mi corazon por eso
tan oprimido está.
¿Qué extraño es que mis ojos
no cesen de llorar?

—

¿No volverán mis ojos
la pátria á contemplar?
¿Del Nervion en las ondas
no me podré mirar?
¿No veré mis montañas,
y de Vizcaya el mar?
¿La dulce lengua euskara
no volveré á escuchar?

—

¿De mi adorada madre

no volveré á besar
los cabellos de plata?
Muy ancianita es ya,
y si no vuelvo pronto
la tengo de encontrar
allá en el camposanto
de mi pueblo natal.

—

¿Ya no volveré nunca,
allá en el nocedal
con mi adorada Mari
el *aurresku* á bailar,
al son de tibia vasca,
y al grato redoblar
del tamboril, que tanto
solíame gustar?

—

¿Ya no veré á mi Mari?
¿Ya no podré besar
sus bellos rizos de oro,
su frente celestial?
¿En sus azules ojos
no me podré mirar?
¿Y su argentina risa
no escucharé jamás?

—

Mas no; el Señor es bueno,
de mí se apiadará,

y vólveré á sentarme
en el paterno hogar;
mi viejecita madre
de gozo llorará,
y mi Mari de gozo,
de gozo reirá.

—

Llegue pronto ese dia,
y cesen de llorar
mis pobrecitos ojos
tan doloridos ya.
Grande será mi gozo;
y allá en el nocedal
con mi adorada Mari
por fin podré bailar.

—

Bailaré como un loco,
bailaré sin cesar
hasta que el sol se oculte
de los montes detrás,
y anuncien las campanas
del templo parroquial
que de bailar no es hora,
que es hora de rezar.

—

¡Qué grato será entónces
con mi Mari tornar
por la florida senda

que conduce al lugar!
¡Qué dulces juramentos
habremos de trocar,
de amarnos siempre, siempre,
de amarnos más y más.

—

¡Oh, Dios, que llegue pronto
dia tan celestial!
Eres bueno, y no puedes
mi pena eternizar.
No quieras, Dios benigno,
hacer que llore más.
De mi Vizcaya el suelo
haz que vuelva á pisar.

UN FIEL AMIGO.

—

EPISODIO DE LOS TERREMOTOS.

———

Alhama de Granada, Enero de 1885.

Acababa el esposo de acostarse
junto á su hijo mayor, un tierno niño
lindo como un querube. Ya la madre
había puesto á su otro pequeñuelo,
niño de pocos meses, tiernamente,
en la linda cunita, junto al lecho.
Luego cubrió de besos al infante,
dirigiéndole frases de cariño;
mas impaciente el otro, de la cama
—¡Vén mamita!—gritó—que tengo frio.
—¡Ya voy, amor!—dijo la madre, y luego,
dando un último beso al mamoncito,
en el lecho se entró. Su primogénito,
tendíala los brazos, y amorosa

ella en los suyos le estrechó diciendo:
—¡Oh! ¡Quiera Dios que cuando llegue el
[dia
pueda abrazarte cual te abrazo ahora!
¡Terrible suerte! ya ni un sólo instante
gozamos de reposo. Si la tierra
se vuelve á estremecer ¿de mis hijitos
qué será, Dios terrible?—Dios *piadoso*
es, Carmencita, aunque *terrible* á veces.
Sin duda ya su cólera aplacóse.
No volverá la tierra, así lo espero,
á estremecerse cual corcel herido.
—Dios te oiga, Luis. La pobre Andalucía
harto ha sufrido ya.—Pon tu confianza
en el Señor; desecha tus temores,
y duerme, amada mia. Los arcángeles
velan el sueño de las criaturas
buenas y hermosas como tú; no temas.
Así el esposo habló con tierno acento.
Y era, en verdad, la jóven madre, bella
como un sueño de amor. ¡Ah! los alárabes
que otro tiempo imperaron en Granada,
una hurí no soñaron tan hermosa.
Rostro oval, tez morena, ojos rasgados,
negros como el cabello. La blancura
de su frente de diosa ¡cuál contrasta
con sus cejas de ébano arqueadas!
Su boca era admirable, un poco gruesos

los labios de carmin, nido de amores;
y jamás los maestros de la Grecia
tal nariz modelaron, tal barbilla.
No hablaré de su cuello grueso y mórbido,
ni de su alto pecho palpitante;
tentar no quiero á nadie; el hombre es débil,
y ante tanta belleza, sucumbieran
los mismísimos padres del desierto.
—¡Quieto, Goliat!--exclama Luis, notando
que el gigantesco perro Terranova
la alcoba á grandes pasos recorría
dando señales de inquietud. Nacido
y criado en la casa, el noble perro
casi un miembro era ya de la familia,
y hacía las delicias de los niños,
á quienes á menudo de caballo
servía, y á sus múltiples caprichos
se amoldaba gustoso. Ahora obediente
á la voz de su amo, el noble perro,
venciendo su inquietud, junto á la cuna
del niño se tendió. ¿Porqué los cielos
turbaron aquel cuadro de ventura?
Fragor como de trueno subterráneo
se oyó de pronto, ¡ay Dios! Comó espantada
saltó la tierra. El techo y las paredes
de la casa se hundieron con fracaso;
el crujir de los muebles destrozados
se oyó, y los tristes gritos de agonía

de los pobres esposos sin ventura.
¿Qué hace entónces Goliat? Las delanteras
patas pone en la cuna, suavemente
con los dientes al niño por la ropa
coge, y se lanza en busca de salida.
Aunque penosamente, se abre paso
por entre los escombros, y en la calle,
sin lesion al infante deposita.
Había allí personas cariñosas
que al niñito recogen, y cuidados
solícitos prodíganle. El fiel perro,
lanzando atronadores alaridos
vuélvese hácia la casa derruida,
y veloz como el rayo, sobre el monte
de escombros lánzase, y sus ladridos,
como pidiendo auxilio el can redobla.
Ya escarba, ya olfatea; al fin encuentra
lo que buscaba, y á la calle lánzase,
en la boca llevando un bulto informe.
Era el niño mayor, pero sin vida;
sus pobres miembros todos destrozados
se encuentran, ¡oh qué cuadro tan horrible!
Tampoco el fiel Goliat se encuentra ileso.
Horrorosas heridas en el lomo
tiene el pobre animal, y la cabeza
medio aplastada. ¡Cómo se estremece
de dolor! ¿Mas qué importa si su noble
mision no ha terminado todavía?

En los escombros otra vez se entra,
sus amos á buscar, mas ¡ay! el pobre
esta vez no volvió. Y cuando más tarde
las tristes ruinas removidas fueron,
el cadáver se halló del fiel amigo.

LAS ESPINAS

EN EL BOSQUE.

—

De un espino lozano, de hojas verdes
y de flores blanquísimas cubierto,
mi hermosa Cloe me pidió un ramito
para adornar su alabastrino seno.
—«¡No, por el cielo!» repliqué al instante;
«nunca una espina plantaré en tu pecho.»

EN EL SALON.

—

Cuando á Cloe mostré el anillo de oro,
y le rogué colmara mis deseos
casándose conmigo, sus mejillas
rojas como la grana se pusieron,
y con trémula voz, estas palabras
dijo alargando el primoroso dedo:
—«Consiento, si prometes firmemente
conmigo siempre ser amante y tierno;

no afrentarme jamás amando á otra
para juntos reir de mis tormentos.»
—«¡No, por el cielo!» repliqué al instante;
«nunca una espina clavaré en tu pecho.»

BOTON DE ROSA.

Á MARÍA REGINA DE ALBÓNIGA.

Osténtase sobre su tallo airoso
verde capullo que en su seno breve
pétalos finos de carmín y nieve
guarda, como la madre el hijo hermoso.
Del rubio Febo el ósculo ardoroso
las verdes hojas del boton conmueve,
cual temblarán tus labios á la leve
presion de un labio amante y fervoroso.
Y al amable calor del dios del dia
entreábrese el capullo y sale ufana
la reina del jardin.
¡Oh, Reina mia!
tú eres en boton rosa galana,
y el amor es el sol, bella María,
que tu capullo entreabrirá mañana.

ELENA DE KIRCONNEL (1)

IMITACION DEL INGLÉS,

DE LA SEÑORA HEMANS.

Estréchame contra tu pecho amante,
con tus labios en mí mantén mi aliento
que se quiere escapar; es morir jóven,
mas siento amado mio, que me muero.
Mírame aún; la lumbre de tus ojos
es la última lumbre que ver quiero;
triste es morir tan jóven, pero exhalo
por tí, amor mio; el postrimer aliento.

---

(1) *La hermosa Elena de Kirconnel*, como la llaman los poetas de Escocia, habiéndose arrojado entre su novio y un rival furioso, fué mortalmente herida por este, y espiró en brazos de aquel.

Por tí, amor mio; lágrimas ardientes
por tus mejillas correrán, yo creo,
cuando mi frio cuerpo que adorabas
duerma en el silencioso cementerio.
Grato era contigo por la orilla
del rio discurrir, mi amante dueño;
el amor que sentíamos hacía
más verde el campo, más azul el cielo.
¡Adios! ¡Yo te bendigo! Vive, vive,
mientras mi corazon yace en el suelo;
con mi sangre tu vida he conquistado.
Abrázame otra vez porque me muero.

LIRIOS DEL RHIN.

TRADUCCION DEL INGLES, DE LORD BYRON.

Estos lirios te envío ¡amada mia!
aunque sé que mucho antes que los toquen
tus lindas manos, estarán marchitos.
Mas no por eso los rechaces dura;
pues que los he cuidado tiernamente,
porque iban á encontrar de tus hermosos
ojos, la dulce, angelical mirada,
y á hacer que tu alma busque aquí á la mia,
cuando los veas lánguidos y mustios
y sepas que en la márgen se cogieron
del sacro Rhin, y que de amor en prenda,
mi corazon al tuyo los ofrece.

MORFEO.

Triste mi vida es, suplicio horrible
que ya aguantar no puedo;
al mismo Hércules fuerte soterrara
tan formidable peso.

—

Tan sólo el sueño, de la muerte imágen,
dá tregua á mi tormento;
tan sólo un dios de mí se compadece,
el amable Morféo.

—

Implacables los dioses fueron siempre;
su corazon de acero,
no es cual el de los hombres, generoso,
y compasivo y tierno.

—

Ellos con nuestras penas se divierten,
ellas son su embeleso;

á esos tiranos bárbaros se deben
todos nuestros tormentos.

—

¡Abajo, pues, los dioses! De cabeza
caigan, y caigan presto,
de morondanga los crueles dioses
que inventaron los griegos.

—

A fé que los inventos de los bárbaros
tampoco son muy buenos;
á todas las deidades conocidas
aventaja Morféo.

—

Destronemos al bárbaro tonante,
á Júpiter soberbio,
y en su trono de oro y esmeraldas
pongamos á Morféo.

—

¡Abajo, pues, los dioses! ¡Sólo viva
el chato dios del sueño!
Tan sólo él dá tregua á mis dolores
con su dulce beleño.

—

Por él olvido yo que aquí en la tierra
hállome padeciendo;
él alegra mi espíritu cansado,
con deleitosos sueños.

—

¡Qué visiones me envía tan divinas
el amable Morféo!
Por eso entre los dioses implacables,
á él es á quien prefiero.

—

Mas cuando al despertar veo que todo
fué mentira, fué sueño;
cuando me veo atado á mi cadena,
maldigo de Morféo.

Á ELISA.

ANACREÓNTICA.

En buen hora otros guíen
la nave del Estado,
y de la cosa pública
anden en el cotarro,
halagando á los tirios,
hiriendo á los troyanos.
¿Qué me importa que el ruso
quiera extender el brazo,
y ensanchar sus dominios
aunque son ya tan vastos?
¿Qué me importan los planes
del coloso germano,
ni que Erin desafíe
al inglés leopardo?
¿Qué me importa que Cánovas,

el poder anhelando,
no duerma porque sabe
que Sagasta está sano,
y que aún liberales
tenemos para un rato?
Para mí no hay más mundo
que este retiro plácido
que lame con sus hondas
el Ibaizabal manso.
¡Qué bien se está mi Elisa,
viendo de este emparrado
las anchas, verdes hojas,
los racimos dorados!
De esa uva tán madura
dáme un hermoso grano;
pero no con los dedos:
dámelo con los lábios,
y así he de darte un beso,
Elisa, dulce encanto.
Llena las verdes copas
con aquél celebrado
néctar que dan las vides
tan queridas de Baco,
aquellas que fecunda
el Rhin, el rio sacro
que hace siglos celebran
con igual entusiasmo
los galos belicosos

y los fuertes germanos.
Poco importa que sea
el Rhin germano ó galo,
mientras produzca vino
al paladar tan grato;
poco importa que el mundo
esté mal gobernado,
mientras en él se encuentren
niñas cual tú, mi encanto.
Mas que la áurea corona
del imperio más vasto
quiero yo, bella Elisa,
un beso de tus lábios.
Bésame, y olvidemos
las penas y cuidados.
La tarde es apacible,
el rio corre manso,
el ambiente perfuman
con su aroma los nardos,
juegan las mariposas
de flor en flor volando,
un instante no cesa
del ruiseñor el canto,
y hasta los insectillos
zumban regocijados.
¡Alárgame la copa,
Elisa, ángel amado!
A un tiempo beberemos

juntando nuestros labios.
Perdido es todo el tiempo
que no se pasa amando;
amemos, y otros guíen
la nave del Estado.

EL ROBLE DE GUERNICA.

ZORTZICOA. (1)

I.

Yo canto el viejo roble
que allá en Guernica está,
emblema el más bendito,
de antigua libertad.
Los más soberbios reyes
su copa al contemplar,
humildes veneraron
la antigua libertad.

II.

Durante veinte siglos
la vieja libertad
en el roble bendito
tuvo trono y altar.
¡Malhayan los que el árbol

(1) La música de este zortzico es original de D. Bartolomé Ercilla.

osaron maltratar;
los que osados hirieron
la santa libertad!

III.

A la bendita sombra
del roble secular,
juntábanse los hijos
del más noble solar;
y allí el bien procuraban
de su tierra natal,
bajo la santa egida
de vieja libertad.

IV.

De odiosa tiranía
las sombras huirán,
y lucirá de nuevo
el sol de libertad.
Pronto los vizcaínos
se podrán congregar
á la sombra del roble.
¡Viva la libertad!

MI CORAZON.

IMITACION DEL ALEMAN, DE HEINRICH HEINE.

Á María de Ch....

El mar tiene, de perlas ¡cuántos miles!
tiene el cielo, de estrellas ¡qué legion!
mas es mi corazon mayor que ambos;
pues contiene mi amor.

—

El mar es grande, y es muy grande el cielo,
pero es mucho mayor mi corazon,
y más que las estrellas y las perlas
resplandece mi amor.

—

Ven, tú, María, hermosa doncellita,
vén, María á mi grande corazon;
mi corazon y el mar, y el mar y el cielo
se derriten de amor!

LA CANCION DE LA SIRENA.

—

Mi morada del fondo de las aguas
por nada trocaría;
es una gruta de coral y perlas,
de ágatas, de turquesas y almandinas.

—

Duermo en un leçho de lustrosas algas
y de sedoso musgo,
de las olas que no se duermen nunca,
al incesante arrullo.

—

Todos los dias peino mis cabellos
con un peine de nácar;
mis lindas compañeras humedécenlos
con aguas perfumadas.

—

Al escondite, yo y mis compañeras
aquí entre los peñascos,

con los fuertes tritones mis amigos
muchas veces jugamos.

—

De ellos el más gallardo á mí me quiere;
muchas veces, corriendo,
como es vivo, me alcanza, y coger logra
mis flotantes cabellos.

—

Su peso hácia atrás echa mi cabeza,
y entónces el taimado,
con burlona sonrisa el rostro acércame,
y me besa en los lábios.

—

Este triton es rey de los tritones,
yo su reina seré;
y entónces, si me busca entre las rocas,
ya no le escaparé.

—

Mucho mejor se vive que en la tierra
en mi hermosa mansion;
no me aprieta el corsé ni los zapatos,
ni llevo *polison*.

—

Mis cabellos ván sueltos y flotantes,
y no gasto flequillos;
mas un triton á veces se entretiene
en hacerme unos rizos.

—

No dejaré á la boda de invitaros
cuando me case yo;
que el banquete será cosa soberbia
me dice mi triton.

—

De carnes habrá especies muy diversas,
y los vinos más caros;
mas las sirenas somos medio peces,
y así no habrá pescados.

—

A mi triton irritará el que pidan
de besugo una cola;
por que ha de creer el pobre que se burlan
de su querida esposa.

—

Empero me calumnian los que dicen
que cola tengo yo;
Nunca tuvieron las sirenas cola;
tiene cola el triton.

ELLA Y YO.

NOCTURNO.

—Lo que has de hacer si antes que tú me
[muero
yo quisiera saber,—
me preguntó mi amada, y yo le dije:
—Pronto te lo diré.

—

Siempre tendido en tu sepulcro helado,
alma mia, estaré,
y con amargas lágrimas, la tierra
sin cesar regaré.

—

Lirios y siemprevivas y heliotropos
á tus piés plantaré,
y estas hermosas flores, con mis lágrimas
sin cesar regaré.

—

—Mas tú qué harás si antes que tú me
[muero?
luego le pregunté,
y ella me dijo:—¡Amado! ¡Si tú mueres,
yo tambien moriré.

EN CARNAVAL.

DOLORA.

Negro antifaz cubría su semblante
y mirándome á mí,
preguntó;—¿Me conoces?—y le dije:
—Bien te conozco; sí.
Bien te conozco; eres la mentira
con un lindo disfraz.
Tu traje es de florista, mas no tienes
ninguna flor que dar.
Quitóse el antifaz, y—¿Me conoces?
me dijo sin rubor.
—Tu rostro es antifaz impenetrable,
No te conozco; no.

Á ANGEL ALLENDE SALAZAR.

Nació á la sombra del bendito roble
que nuestras libertades simboliza,
y supo defenderlas en la liza
con palabra elocuente, ánimo inmoble.
Nunca tuvimos adalid más noble.
La ley infausta que ¡ay! nos esclaviza
rompiera él con palabra que electriza,
cual fiero paladin con un mandoble.
Todos aquí mientras vivió le amamos;
duerme ahora so el árbol de Guernica,
y amargamente todos le lloramos.
En un amor inmenso confundamos
el árbol que la historia deifica,
y el jóven cuya muerte lamentamos.

BRINDIS.

EN LA FIESTA LITERARIA Y MUSICAL
DEL 27 DE MARZO DE 1886,
EN EL TEATRO GAYARRE.

¡Qué bella reunion! Qué deliciosas
impresiones se sienten viendo unidos
de Bilbao las muchachas más hermosas,
de Vizcaya los hijos distinguidos!
Esta hora cuento entre las más dichosas,
cuento este dia entre los más queridos,
que es dicha singular, sin par ventura,
ver la union del saber y la hermosura.

—

¿Qué no hará esta hermandad? ¿Algo im-
[posible
puede para ella haber? Noble energía
el pátrio amor le dá; su irresistible

impulso salvará á la pátria mia.
Con entusiasmo y fé todo es factible.
Muy ancha y fácil ha de ser la vía,
si el corazon secunda á la cabeza
y si al saber ayuda la belleza.

—

¡Ojalá nuestra union sea estrechísima
para servir á nuestra noble tierra!
Vizcaya es nuestra madre queridísima;
todo cuanto adoramos ella encierra.
A esta madre sirvamos amadísima.
Siempre haya en ella paz, y nunca guerra,
Para Vizcaya todo y por Vizcaya.
Que otra divisa entre nosotros no haya.

A LA PUERTA DEL CASTILLO.

LEYENDA.

—

—¿De cuál de las tres hermanas
noticias quereis, señor?
¿Cómo se halla, preguntais
la que primero nació?
¿La de la morena tez?
¿La del rostro seductor?
¿Aquella cuyos cabellos
y ojos, negrísimos son?
—No pregunto yo por esa,
amable anciano, no, no.
—Preguntais por la segunda?
Aún es más bella, señor;
que si es pálido su rostro,
seduce por la expresion
dulce, y la gran hermosura
cuyo igual jamás se vió;
y de sus ojos castaños

tiene envidia el mismo sol.
¿Quereis saber de la pálida
—No de la pálida, no,
sino de la niña rubia
que me robó el corazon.
La de los ojos azules
de dulcísimo fulgor;
la de doradas guedejas,
la de la argentina voz.
—¿Por la menor preguntais?
—Pregunto por la menor.
—Como tan hermosa era,
para sí la quiso Dios.
Ayer mismo la enterraron;
pero ¿qué teneis, señor?
—Frio; pues mi alma me deja,
que va de la de ella en pós.—
Estas palabras diciendo,
el triste se desplomó.
Y el viejo, compadecido,
dijo con trémula voz:
—Helado está ¡santo cielo!
el pobre ha muerto de amor.
A los piés de la doncella
haré que le entierren hoy.
¡Cual yo en la tierra sus cuerpos,
sus almas junte el Señor!

ROMANCE.

—«¿Por qué lloras, trovador,
el de la gorra de grana,
el del harpa de marfil
con la argentada cigarra?
¿Por qué cuelga siempre al viento,
que entre las cuerdas de plata
parece vírgen que llora,
tu harpa enlutada á la espalda?
Antes muy alegres coplas
de dia y noche cantabas;
ahora cantas tristes trovas,
y solo de noche cantas.
Cuando llegas al castillo,
y aquí al amor de la llama
te sientas junto al hogar
con mis pajes y mis damas,

en vez de cantar, como antes,
cual la miel, dulces baladas
de brujas que en sus palacios
de diamantes y esmeraldas
recibían á valientes
por cuyo amor suspiraban,
con canciones embriagándoles
como embriagó á Oger Morgana;
y de bravos que vencían
con sus armas encantadas
á dragones y gigantes
por libertar á una dama,
silencioso y pensativo
miras cual las llamas bailan;
ni nos hablas de amoríos,
ni cantas de amor tonadas.
Por qué te vas con los pájaros
á llorar en las montañas,
y de las doncellas huyes,
y á tus amigos no aguardas.
Sé que dos noches atrás
te sorprendí en tu cabaña
escribiendo una cancion
con letras de oro y pintadas;
al copiarla, el pergamino
con tus lágrimas mojabas,
y llamas y corazones
en vez de flores pintabas.

Si lloras porque no tienes
palacio en vez de cabaña,
y porque en lugar de gorra
no ciñes yelmo de plata,
yo te armaré caballero,
y he de hacer que la cigarra
que en tu airosa gorra brilla
brille en el yelmo posada;
con tal que cuando aquí vengas
nos cantes dulces baladas,
sin distraerte, cual sueles,
viendo bailar á las llamas;
con tal que no llores, vate,
el de la gorra de grana,
el del harpa de marfil
con la argentada cigarra.»
Y el discreto trovador,
tímido punteando el harpa,
miró al suelo, y con suspiros
más aún que con palabras:
—«Si lloro, le respondió,
y no canto cual cantaba,
y voy con los pajarillos
á quejarme en la montaña;
si hora ambiciono castillos,
blasones, y fuertes mallas,
y á pesar mio, mis ojos
van tras un yelmo de plata,

es porque en el corazon
tengo una flecha clavada,
y para la herida no hay
más bálsamo que las lágrimas:
es que, como á las estrellas
la luna en brillo aventaja,
la que amo es más bella y rica
que las sultanas del Asia;
y tan solo de rodillas
debe ella ser adorada,
y es profanarla quemar
de amor incienso en sus aras.
Por eso lloro, y al ver
armas mi corazon salta;
por eso si quiero hablarle
de temor caigo á sus plantas:»
—«Noble es el astro que adoras,
respondió la hermosa dama
alzando al poeta, y dándole
á besar la mano blanca;
noble es el astro que adoras,
trovador de la cigarra,
el del harpa de marfil,
el de la gorra de grana;
mas no tanto que no puedas,
si es que hasta tí ella se baja,
contemplarla frente á frente
como al sol en la montaña.

Ámala así, trovador;
como hasta aquí sigue amándola,
pues si los cantos, al cielo
llegan, que el ruiseñor canta,
bien pueden hasta una reina,
y más á una simple dama,
llegar tus ayes, poeta,
y los acordes de tu harpa;
y sabe que por muy rica
que sea la niña que amas,
para cantarla y quererla
harpa y corazon le faltan.»
Y diz que desde aquel dia
tornó á sus dulces baladas,
y á sus historias de brujas,
y encanto á ser de las damas,
el enamorado vate
de la argentada cigarra.

(Del catalan, de D. Joaquin Rubió y Ors.)

AMOR IGNORADO.

IMITACION DEL ITALIANO

Cada vez que contemplo un cementerio,
me acuerdo de la bella y dulce Lola,
que para todos fué un hondo misterio,
siempre pálida y triste, siempre sóla.
Nunca en su oido resonó el acento
del amor, que es del ánima el contento.

—

Víla sufrir, y consumirse luego,
como flor que ha perdido su perfume,
como beso que ya no tiene fuego,
como amor no pagado se consume.
¡Lola amaba! El tristísimo misterio
ya sepultado está en el cementerio.

LA CANCION.

Volaba la nave; los fuertes remeros
bogaban cantando. ¡Qué hermosa su voz!
¡Qué claras se oían las nobles palabras
en ambas orillas del ancho Nervion!

—

«La vida es la barca que volando pasa,
la tumba insondable es el ancho mar;
¡boguemos, hermanos! ¡boguemos cantando
que en el mar sin fondo tambien Dios está!

—

«Nosotros pasamos cual pasa la nave
hendiendo las ondas del manso Nervion;
mas nunca se extingue la raza titánica
que lleva la sangre del gran padre Aitór.

—

«Nosotros pasamos, y pasan los siglos;
mas siempre las ondas del manso Nervion

llevarán los cantos de amor y de gloria
que cantan los hijos valientes de Aitór.

—

«¡Boguemos, boguemos! Y antes que los [años
nuestra vida apaguen, maten nuestra voz,
cantemos que siempre el vasco invencible
reinará en las márgenes del manso Nervion.»

EL PREBOSTE DE LEQUEITIO.

LEYENDA.

I.

En su estancia está el preboste
don Rodrigo Adan de Yarza,
el anciano más hermoso
de la costa de Cantábria.
Aunque ochenta inviernos tiene,
no hay una arruga en su cara.
¡Qué nobleza en su ancha frente!
¡Qué fulgor en su mirada!
No le ha encorvado la edad;
derecho está como un haya
que de los vientos se mofa
de excelso monte en la falda.
Contempla el noble preboste
varios trofeos de caza;
colmillos de jabalíes,
de cuatro ciervos las astas,

de un lobo enorme la piel
suspendida de una lanza,
y otras reliquias así,
que llenan toda la estancia,
y del noble caballero
las aficiones declaran.
De pronto la puerta se abre,
y un ujier dice en voz alta:
—«Lucía de Mendiburu,
hija de Ruy; la muchacha
que del preboste ilustrísimo
tiene audiencia demandada.»

II.

La niña entra, y el preboste
maravillado se queda
al ver tanta gallardía,
al mirar tanta belleza.
Quince años tiene la jóven,
y asombra ya por lo esbelta,
por sus curvas tentadoras,
por su apostura de reina.
Sus lábios son de carmin,
y sus dientes son de perlas,
sus cabellos son de oro,
de nácar su frente bella,
y en sus dulcísimos ojos
el cielo azul se refleja.

Así es que el noble preboste
maravillado se queda.

III.

El anciano, que es galante,
así le dice—«Lucía
con acierto te nombraron,
porque eres lumbre divina,
y tus fulgurantes ojos
al sol no tienen envidia.
Admirado te contemplo,
y te doy la bienvenida.
¿En qué te puede servir
el preboste, hermosa niña?
No temas; cual padre amante
remedio pondré á tu cuita,
si remediarla es posible.
Sin temor habla, hija mia.»

IV.

—¡Gracias, señor! Quiera el cielo
premiaros con mano pródiga
la bondad que me mostrais;
en vuestra alma generosa
piedad hallaré de fijo,
y remedio para mi honra.
Oid, pues, señor preboste,
de mi desgracia la historia.

Un mancebo de Lequeitio
hace tiempo me enamora
con dulcísimas miradas
y con palabras melosas
que ablandáran, no á una niña,
sinó tambien á una roca.
Así el corazon le he dado,
y con él el alma toda.
A cumplir su juramento
se niega el ingrato ahora;
su solemne juramento
de hacerme un dia su esposa.»
—¿«Y porqué obra así el traidor?
¿Es que tal vez quiere á otra?»
—No, señor. Segun él dice,
yo reino en su pecho sola;
mas su padre, un gran señor,
es el que estorba la boda,
pues tiene para su hijo
una riquísima novia,
y mi casa es harto pobre,
aunque con timbres que la honran.»
—«Pues yo te juro, Lucía,
que justicia se hará pronta.»
—«No jureis, señor, que el jóven
de familia es poderosa.»
—«No teme Adan el preboste
á nadie. Pronto le nombra.»

V.

—«¡Temo señor!»—«¿Por qué temes?
¿Ya de mi justicia dudas?
¿Que te ampararé cual padre
no te dije por ventura?»
—«Mas que seais mi enemigo
quiere la cruel fortuna.
Contra vos mismo, señor,
vine á pediros ayuda.
Vuestro hijo es mi amante.»—«¡Qué oigo!
¿Qué me dices, por Santa Ursula?
Casarle yo deseaba
con Isabel de Murúa;
pero, pues te ama y le quieres,
has de ser esposa suya.
Ven á besar á tu padre,
bellísima criatura.
Su mano ha de darte el mozo;
así el Señor me dé ayuda!»

A JOSÉ MANTEROLA

Enfermo, muy enfermo ¡ay! arrastrando
penosamente de la vida el fardo
recibí la noticia de tu muerte.
Te envidié, porque hallaste ya el sosiego
negado á los que habitan este valle
de perdicion, triste, hondo, tenebroso.
¡Cuánto en cambio lloré la desventura
de la infeliz Euskaria! En tí ha perdido
¡oh Manterola! un hijo predilecto.
Y los que en vez de espada vengadora
la péñola esgrimimos por la pátria
¡en tí qué compañero hemos perdido!
Contigo por piloto ¡qué gozosos
al norte que marcabas navegábamos!
Mas no te olvidaremos, tu memoria
ha de ser como estrella fulgurante
que nos ha de marcar el derrotero
hasta alcanzar la libertad perdida.

MIS DESEOS

El cielo azul tiene sus estrellitas,
sus arenas el mar;
pero más numerosas son mis penas,
¡ay! y en aumento ván.

—

Un angelito que de mí se apiade
¿dónde se encontrará?
¿Dónde una niña hermosa que me quiera,
y que se deje amar?

—

He de quererla tanto, de agradarla
mostraré tanto afan,
que hasta las más amadas, de seguro
envidia la tendrán.

—

Ella será mi reina, ella en mi pecho
siempre un trono tendrá,

y á sus plantas postrado, nunca, nunca
cesaré de adorar.

—

Cual mira el heliotropo al sol brillante,
como al Norte el iman,
así yo busco de sus dulces ojos
la lumbre celestial.

—

¡Qué delicia sus múltiples encantos
despacio contemplar,
y en cada uno de ellos cien mil besos
ardientes estampar!

—

Qué delicia expresarle mi cariño,
y embriagado escuchar,
trémula de placer y de ternura,
su voz angelical!

—

Goce yo un dia así tan venturoso
para luego espirar,
que sin amor la vida me es odiosa
no la puedo aguantar.

SABLAZO AMOROSO.

SONETO.

Blanca eres más que el alba; tus rosadas
mejillas y tu blonda cabellera
para ella la Aurora bien quisiera,
aunque por su oro y grana es celebrada.

Fuerza es, Célia, que seas adorada,
y tu fama se extienda por la esfera;
la niña más gallarda y hechicera
es claro que ha de ser la más amada.

Por eso te amo yo, Célia querida,
y siempre te amaré; y es bien seguro
que si no me amas perderé la vida.

En cambio, si me escuchas ¡qué futuro
de delicias me aguarda! Embebecida
me escuchas, ángel mio. ¡Dame un duro!

A ESTEFANIA.

Yo te miraba, niña y me decía
—¡«Qué rostro celestial!»
Si sonríe tan bien, si es tan graciosa,
¿Quién no la ha de adorar?

—

Yo te adoro; tu imágen en mi pecho
nunca se borrará;
siempre en mi corazon, querida niña,
un altar tú tendrás.

—

Quisiera ser el aire que respiras,
la brisa que tu pelo hace ondear,
la sangre que circula por tus venas,
y la luz que en tus ojos presa está.

—

Quisiera ser la tierra que tú pisas;
tengo envidia al dedal
de argento, que tu dedo rosadito
acariciando está.

—

El corpiño quisiera ser, que ciñe
tu talle escultural,
y la horquillita que en tus rizos de oro
medio escondida está.

—

Sobre el cano Gorbea los celajes
de oro no brillan más,
que en tu frente de nácar los cabellos,
¡oh rubia angelical!

—

Si un poquito tan sólo, dulce encanto,
me quisieses amar,
de mi cuitado corazon huiría
la tristeza mortal.

—

Pero si no me quieres, niña hermosa,
me verás espirar;
á los piés del Eterno mi pobre alma
entónces volará:

—

Y aunque así tu desvío martirízala,
al Señor rogará
que en la tierra, y despues allá en lo alto,
te dé felicidad.

A ELLA.

SONETO.

—

Canten otros tu gracia y donosura,
los mil encantos de tu rostro hermoso,
de tus ojos el brillo esplendoroso,
de tu mirar la angélica dulzura.

Celebren de tus labios la frescura,
de tu boca el perfume delicioso,
de tu voz el acento melodioso,
de tu mórbido cuello la blancura.

Llámente fragantísima verbena;
llámente rosa, reina de las flores,
blanco jazmin, purísima azucena.

De su paleta agoten los colores.
Yo sólo he de decirte que eres buena,
y que te adoro, amor de los amores.

A LICINA.

DEDICATORIA DE UN LIBRO.

¿Hay algun privilegio semejante
de la palabra escrita al privilegio,
cuando el arte admirable de la imprenta
la fija y multiplica, y por el orbe
la difunde? Millares de personas
á un tiempo mismo leen los renglones
que trazára en estudio silencioso
el autor. Y cuando éste frío yace,
de los negros cipreses á la sombra,
allá en el camposanto, queda el libro;
y aunque pasen mil años, en sus páginas
el hombre halla solaz y halla consuelo.
Y tal vez dice del autor:—«Este hombre
»supo amar y sentir. Dios y la pátria,
»y la belleza y la verdad no fueron
»vanas palabras para él. A todo

»lo grande y bello, siempre ardiente culto
»rindió su corazon. ¡Sea bendita
»su memoria! Sus obras son consuelo
»de buenos y sensibles corazones.»
Así dirán tal vez, pero yo diera
toda esa gloria y mucho más por sólo
una alegre sonrisa de Licina;
y por bien empleadas mis tareas
doy, si consigo sólo un instante
causarle de placer, con este libro.

AMOR.

—Qué dice el mar, cuando la orilla besa,
en su eterna cancion?
Qué les dice la espuma á las arenas?
—Siempre les dice: *¡amor!*

—La abeja que se esconde en la corola
¿qué le dice á la flor?
y la flor á la abeja ¿qué le dice?
—Ambas dicen: *¡amor!*

—¿Al lirio qué le dice en dulce beso
el esplendente sol?
¿Y qué contesta el lirio estremecido?
—Ambos dicen: *¡amor!*

—Qué dice con sus trinos melodiosos
el pardo ruiseñor?

Qué dice el negro mirlo en la floresta?
—Ambos dicen: *¡amor!*

—

—¿El rocío qué dice al lindo pétalo
de inefable dulzor?
Y el pétalo á la gota de rocío?
—*¡Amor*, *amor*, *amor!*

—

—¿El arroyo qué dice cuando corre
por el valle, veloz?
—*¡Amor!* dice.—¿Y qué dice en la montaña?
—*¡Amor!* y siempre *¡amor!*

—

—Qué dice el *cri*, *cri*, *cri*, del negro gri-
[llo?
¿Qué del sapo el *clin*, *clon*?
¿Qué dicen los planetas y los soles?
—*¡Amor*, *amor*, *amor!*

—

—¿Qué dice el agua que hasta el cielo sube
convertida en vapor?
¿Y qué dice la lluvia bienhechora?
—*¡Amor*, *amor*, *amor!*

—

—Qué dice la estrellita rutilante
con su hermoso fulgor?

¿Y qué dice el gusano que se arrastra
—Ambos dicen *¡amor!*

—

—Mis labios qué pronuncian con delicia?
—*¡Amor*, *amor*, *amor!*
—¿Y qué contesta el corazon herido?
—*¡Dolor*, *dolor*, *dolor!*

RISA Y LÁGRIMAS.

Cuando nació Sebastian,
aunque llorando nació,
hubo cohetes y música,
alegría y diversion.
Y cuando del natalicio
llega algun aniversario,
sus amigos felicítanle
con la sonrisa en los labios.
Y sollozando, él exclama
de su cuarto en un rincon:
—¡Todos porque vivo alégranse
y sólo reniego yo!
Puesto que estar en el mundo
es la desgracia mayor,
pésame debieran darme
y no *felicitacion*.

A TRINIDAD.

EN SU ÁLBUM.

Eres, hermosa Trini, segun dices,
del país de la risa,
y lo creo; que allí donde tú habitas
habita la alegría.

—

La clara lumbre de tus ojos fúlgidos
más que el sol ilumina,
y llena el corazon de luz y encanto
tu angélica sonrisa.

—

Náufrago de este mundo en las tormentas,
llegar quiero á la orilla;
apiádate de mí, bella andaluza,
y sálvame la vida.

—

Apiádate de mí, fragante rosa
del jardin de la risa.
Mi esperanza eres tú; tú puedes darme
consuelo y alegría.

—

Yo quiero mi existencia consagrarte,
yo quiero hacer tu dicha.
Yo haré que en tu hermosísimo semblante
brille siempre la risa.

—

Si me escuchas, bendito sea el cielo
que embellece mi vida
enviándome una amada tan hermosa
del país de la risa.

—

Si me rechazas, nunca en mi semblante
se ha de ver ya la risa;
lloraré eternamente, y la tristeza
me quitará la vida

A FELICITAS.

Eres linda; tus ojos, con delicia
siempre contemplo yo;
pues parecen, por vivos y brillantes,
antorchas del amor.

—

Esbelta eres cual palma que se mece
al soplo matinal
de la brisa cargada de perfumes
de rosas y azahar.

—

Linda eres, niña, y lindos son tus ojos
de admirable fulgor.
¡Lástima grande, niña, que en el pecho
no tengas corazon!

EL PESCADOR DE CAÑA
Y LA SOLTERONA.

FÁBULA.

—

De las Arenas en el muelle hallábase
pescando don Francisco,
con una caña cual su calma grande;
pero ni un pescadito,
ni un diminuto *pancho* en todo el dia
sacó el desdichadillo.
Doña Luisa, soltera ya jamona,
se le acercó y le dijo:
—¿Cómo vamos, D. Pancho? ¿En todo el dia
ni siquiera un *panchico*
ha sacado V. hoy? Yo por más hábil
pescador le he tenido.
Antes que el sol salió vino usté al muelle,
desde casa lo he visto,

¿y en tantas horas con tan larga caña
no ha sacado un *panchito*?
—Y V. señora, que pescando lleva
cerca de medio siglo,
¿cómo es que no ha pescado todavía
el ansiado marido,
así se llame Juan Anton, Silvestre,
Diógenes ó Panchito?
Usted, señora, en los salones pesca,
y yo pesco en el rio;
mas es el resultado que obtenemos
enteramente el mismo.
Así habló el pescador; la solterona
bien mereció el castigo.
Quien no enfrena la lengua bien merece
le impongan correctivo;
y si grosero estuvo, estuvo justo
el señor don Panchico,
y honró con su respuesta, de la caña
al gremio nobilísimo.

EL RUISEÑOR Y EL PAVO.

FÁBULA.

—Nadie canta cual yo—decía un pavo
á un lindo ruiseñor que se mecía
en la más alta rama de un endrino.—
Cómo á cantar te atreves no comprendo,
haciéndolo tan mal. ¿Aplausos quiéres
ganar con ese canto miserable?
—No canto yo por conquistar aplausos,—
contestó el ruiseñor.—Canto tan sólo
porque en cantar hallo placer.—¡Qué necio!
Yo con mi canto embriago á los mortales,—
el pavo replicó.—Escucha un segundo,
verás que canto el mío tan sublime;
esto es cantar, y lo demás es cuento.—
A graznar empezó, y huyó asustado
el ruiseñor al bosque. Una ruidosa

carcajada soltó el soberbio pavo,
y dijo:—Ha huido el pobre de vergüenza.
No volverá á cantar, estoy seguro,
ahora que ha oido al rey de los cantores.
No os asombre del pavo la jactancia,
que es muy propia del tonto la arrogancia.

EL BESUGO EN LA PARRILLA

FÁBULA.

Sobre la parrilla furioso gritaba
un triste besugo que asándose estaba:
—«Mil veces maldígote, infame parrilla,
y de un aletazo te enviara á Sevilla,
ya que en mis dolores feroz te complaces;
que es tu pecho férreo se vé en lo que ha-
[ces.»
—«Hermano besugo»,—la parrilla dice—
«sin justicia alguna tu labio maldice.
Los rojos carbones que tus carnes asan,
mis pobres costillas sin piedad abrasan.
De ellas, pues reniega; no de la parrilla,
que es dulce, inocente, amable y sencilla.»
¡Vieja bachillera!»—un carbon exclama—
«Sabes que las víctimas somos de la llama,
que en cenizas trueca nuestro cuerpo entero.
La culpa de todo tiene el cocinero;
ese desalmado, pícaro tunante,
con una cerilla nacida en Cascante
ántes encendiónos.» Y el mozo contesta:

«¿Y creeis vosotros que para mí es fiesta
estar todo el dia al fogon pegado?
Malhaya, malhaya mil veces el hado
¡que me dió este oficio!—Antes de la cara
los ojos quitárame si un besugo asára
por gusto. La culpa la tiene mi amo,
el amo maldito contra quien yo clamo;
el fiero tirano, el cruel D. Benito,
un hombre despótico, un hombre maldito.»
Si aquestas razones el amo escuchára,
de fijo culpable no se declarára,
culpára de fijo á la suerte dura,
la suerte terrible de la criatura,
que con gran frecuencia comer necesita.
—«¡Vive Dios!»—diría—«que si así no fuera,
besugos no asára, carbon no encendiera.
Víctima y triste soy, que no verdugo;
á los crueles hados maltratarnos plugo.»
En este vil mundo se halla encadenado
doquiera el mal. El bien ¿quién lo ha encon-
[trado?
Búscalo, pues, presto. Y he de darte un duro,
lector, si lo encuentras. Mas sé de seguro
que no has de ganarlo. Doquiera se halla
el mal en la vida; mas dice mi abuelo
que el bien su morada no tiene en el suelo.

IR POR LANA
Y SALIR TRASQUILADO.

Anhelando don Juan terrena gloria
se casó con la tímida Liboria,
y ésta le trajo una maldita suegra,
que le hizo pasar la pena negra;
de modo ¡Dios eterno!
que buscando la gloria halló el infierno.
Esto se llama, dice Fray Conrado,
ir por lana y volverse trasquilado.

EPITAFIOS.

Que pueden servir de modelo á los poetas de campo santo.

MADRE É HIJO.

Mi madrecita y yo juntos vivimos
treinta meses y medio.
Ella murió primero y yo seguíla.
¡Tras la vaca el ternero!

—

En la tumba de D. Tomás de la Alquería.

Yace aquí el cuerpo de D. Tomás Gil,
á quien mató una bala de fusil.
Llamábase Alquería el malhadado;
pero como Alquería no quería
rimar, creí que Gil querría.
¡Quiera Dios que en el cielo esté sentado,
y le extraigan la bala del costado!

—

En la tumba de un dormilon.

El que aquí duerme durmió sin cesar,
y hoy que aquí duerme ya no duerme más.

—

En la tumba de dos enemigas.

Aquí yace Juana López
junto á su señora suegra.
¡Juntas están, y no grita
ni la jóven ni la vieja.

—

En la tumba de dos esposos.

Junto al bruto su marido
yace aquí Petra Ribazo.
Mucho extraña la cuitada
que no le dé un puñetazo
ni siquiera una patada.

—

En la tumba de un avaro.

Aquí un avaro reposa,
y se encoge el desdichado,
porque en su afan de ahorrar, quiere
ahorrar un poco de espacio.

—

En la tumba de un «sampaloro.»

Nunca pudo el que aquí yace

rechazar un vaso lleno.
Ponle aquí un vaso de vino,
y ha de salir á beberlo.

—

En la tumba de un escribano.

—¿Oyes arañar la losa?
Algun tigre ó algun gato
yace aquí.—No, no, señor.
—¿Pues quién es?—Un escribano.

—

En la tumba de un fraile.

Aquí yace un franciscano,
que acostumbrado á pedir,
aun muerto alarga la mano.

—

De un médico.

Matando gente vivió
y un colega le mató.
Si otro médico no hubiera
él todavía viviera,
y matando viviría
hasta en el postrero dia.

—

De un abogado.

Las mayores falsedades

defendió para vivir,
Para probar que está vivo
es capaz de sonreir.

—

De un herrero.

Martillando, á sus vecinos
nunca dejó descansar
Por mucho que ellos martillen
ya no le han de despertar.

—

De un poeta.

Acopiando consonantes
toda la vida pasó;
pero no acopió garbanzos,
y así, la pata estiró.

—

De un escribano.

Cuando murió este escribano
eran sus uñas tan largas,
que para ellas fué preciso
hacer aparte una caja.

—

De un solteron.

Fuí soltero, y no tuve
suegra, mujer, chiquillos.

¡Ojalá que mi padre
hubiese hecho lo mismo!

—

De un sastre.

Dónde se encuentra este sastre
no es fácil averiguar;
pues la entrada en el infierno
prohibida les está
á los sastres, que hay algunos
más malos que Satanas,
y este teme que uno de ellos
su cetro quiera usurpar.

—

De un poderoso.

Superior se creyó un dia
á los hombres sus hermanos.
Hoy sobre su cuerpo arrástranse
los asquerosos gusanos.

—

De un sereno.

De la vida la mitad
pasó el sereno cantando,
y la otra mitad roncando.
Ahora duerme sin roncar,
y más ya no ha de cantar.
Dejadle; está descansando.

—

De un sabio.

Ni un segundo, con su ciencia
logró alargar su existencia.
¡Mísero saber profundo!
¿Para qué sirve en el mundo?

—

De un ignorante.

Sabiendo que ni el más sabio
puede á la muerte escapar,
jamás él quiso estudiar,
y á fé que tuvo razon.
¿Para qué las ciencias son
si el mayor sabio se muere
como el mayor ignorante?
Bien claro de esto se infiere
que el saber no vale nada
al terminar la jornada.
—¿Y antes sirve?—De punzante,
insufrible padecer.
—Pues segun eso, á mi ver
razon tuvo el ignorante.

—

De un maestro de escuela.

Los ministros canovistas
de hambre al pobre le mataron.

Véngase él matando de hambre
á los míseros gusanos,
del gran Cánovas hermanos.

—

De un calvo orejudo.

¡Dadme un gorro! Tengo frio,
mucho frio en la cabeza.
Diez varas ha de tener
si ha de cubrir mis orejas.

A JESUSA.

¡Ay qué mundo tan triste ¡Jesusa!
¡Qué triste y qué feo!
Cada dia que pasa, parece
que más lo aborrezco.
El amor, que yo busco anheloso,
proscrito lo veo;
do quier reina el atroz egoismo,
hijo del infierno.
Este mundo tan triste, amor mio,
dejára contento;
pero en él estás tú, bella niña.
Por eso me quedo.
¡Ah! La luz de tus ojos alumbra
el antro más negro;
tu divina ronrisa embellece
el mundo más feo.
Sin tí, triste sería y oscuro
el más alto cielo;

y contigo, un edén deleitable
sería el infierno.
¡Oh Jesusa! Que pueda yo siempre
ver tu rostro bello.
Adorarte es mi único goce.
Ningun otro quiero.

EL HARPA DE AITOR (1).

Era de noche. Densos nubarrones
ocultaban la luna, las estrellas
centelleaban con fulgor extraño,
y acariciaba mi abrasada frente
un suave vientecillo. En Arriluce
sentado yo, en las rocas que se elevan
de Guecho entre las playas arenosas
de Ereaga y Lamiako, contemplaba
atentamente las dormidas aguas
del mar, que por momentos encendía
fosforescente luz. Una indecible
sensacion de dolor y de tristeza
oprimía mi pecho. ¡Oh Dios, qué ganas
tenía de llorar! ¿«Para qué vivo—»

---

(1) Esta composicion es como el preámbulo ó introduccion á un tomo de poesías que el autor se proponía publicar.

pensaba,—«sin amar? Pues nadie me ama,
yo quisiera morir. ¡Ah, cómo arrástranse
con lentitud horrible, abrumadora,
las horas del que ni ama ni es amado!
¡Nueva aurora de amor para mí luzca,
ó acábese el sufrir con la existencia!
¡Oh Cantábrico mar! ¿Porqué así duermes
cuando violento el corazon agítase
aquí en mi pobre pecho? ¡Ruge, avanza
como en las negras noches del invierno!
¡Desarraiga estas rocas que hasta ahora
de tu feroz embate se han mofado,
y con ellas arrástrame al abismo!»
Así pensaba yo y me parecía
que era escuchada mi plegaria triste,
y, más pio que el hombre y que los dioses,
el piélago sin límites apiadándose
de mi dolor, tumba en su seno dábame.
Mas ni el agua salía de su sueño,
ni en mi pecho cedía la borrasca,
y una tras otra, lágrimas ardientes
rodaban, mis mejillas abrasando.
Yo no veía término á mis penas;
que el pasado ofrecíame ruinas,
amargura el presente, y el futuro,
de crecientes dolores el cortejo.
De repente surgiendo de las ondas
cual Vénus Citeréa en otro tiempo,

un anciano á mi vista se presenta,
de venerable aspecto, y luenga barba:
de bello rostro, y de estatura prócer.
En un harpa apoyábase muy rica,
que adornaban tallados primorosos,
y cuyas cuerdas eran de oro fino.
Así con voz sonora y reposada
el anciano me habló:—«¡Tu pena cálmese,
hijo de Euskaria! A consolarte vengo,
por tu espantoso padecer movido.
Yo soy el viejo Aitor, el Gran Patriarca.
Con tus cantos amante me has honrado,
como Chaho y Campion y otros cantores
hermanos tuyos. El Señor bendígate,
cual te bendice Aitor, que por centurias
cuenta su edad; el padre de la raza
que en estas costas su morada tiene.
Toma este harpa; más há de treinta siglos
que yo la pulso; pláceme donártela.
Púlsala y canta, pues; y con tus cantos
tu pena dulcifica. Y quiera el cielo
que de mi harpa al son quebradas caigan
las odiosas cadenas cuyo peso
agobia á nuestra Euskaria sin ventura
desde el dia infeliz de Somorrostro.»
Dijo, y despareció, dejando el harpa
en mis manos. Y yo á cantar me puse,
y desde entónces canto y lloro á ratos.

Mis cantos aceptad, y plegue al cielo
que sin llorar canteis toda la vida.
Y plegue al cielo que no dure mucho
de nuestra libertad el negro eclipse.
Pase de esclavitud la negra noche;
de libertad la aurora pronto luzca;
y so el bendito roble congregados,
á Jaungoikoa alzad himno de gracias.

LOS ÚLTIMOS IBEROS

LEYENDAS DE EUSKARIA

POR

Don Vicente de Arana

Un volúmen en 4.º de 452 páginas.—Edicion de lujo.

No siendo posible reproducir aquí íntegros los juicios que acerca de esta obra emitió la prensa de Madrid, de provincias y del extranjero, nos contentaremos con extractar de ellos algunas de las frases que prueban el favorabilísimo veredicto que merecieron el libro y su autor.

LOS ULTIMOS IBEROS, *leyendas de Euskaria*, por D. Vicente de Arana.—

Este ilustrado escritor, cuyo nombre no es desconocido á los suscritores de *La Ilustracion Española y Americana* y *La Moda Elegante Ilustrada*, ha coleccionado en un elegante volúmen algunas bellísimas leyendas históricas, en prosa, relativas á tradiciones y hechos insignes de la noble tierra euskara. Precédelas un discreto prólogo, y las ilustran, por vía de apéndice, varias eruditas notas. Al final aparecen los juicios críticos que se han emitido acerca del libro titulado *Oro y Oropel*, del mismo autor, y entre ellos, los de Hartzenbusch, Pacheco, Sinués, Villavaso, etc.

(La Ilustracion Española y Americana.)

Hacer vivir generaciones que ya fueron; presentarlas con todos los caractéres y todos los colores de la realidad; penetrar en su vida íntima, en sus costumbres, en sus sentimientos; llegar á donde el historiador no puede por no encontrar camino para ello, es sumamente difícil, porque se necesita un gran caudal de datos, que no se adquiere al primer esfuerzo, y tambien una viva y creadora fantasía.

Esa empresa ha acometido, sin embargo,

el señor D. Vicente de Arana en la obra que con el título arriba indicado acaba de publicar, y á pesar de tratarse en ella de un pueblo de fisonomía tan singular y propia como la del pueblo vasco, el Sr. Arana ha debido hacer un retrato notable.

Cada capítulo de este libro es un cuadro de la vida del pueblo vasco en la sucesion de los siglos. En la leyenda *Ochoa de Márnex*, se vé la Vasconia feudal y nobiliaria; en *Los hijos de Amándarro*, se manifiesta el celo de los vizcaínos por sus fueros, celo que les llevaba hasta oponerse con las armas á la entrada del obispo en este territorio; en *Zazpiki ó el enfermo de amor*, se nota el eterno idilio que inspiran estas verdes montañas; en *El Basojaun y la Maitagarri*, el amor del hogar convertido en salvadora virtud; en *El bardo de Uribe* y *Sancho Mitarra*, la Vizcaya caballeresca; en *La muerte de Lekobide*, la Vasconia patriarcal; en *Aitor* y en *Iberia ó la ninfa del Zadorra*, el cariño del autor á las instituciones euskaras, y en todas las demás preciosas leyendas algo análogo; y así, despues de pasar algunas veladas con esas leyendas, parece que se ha asistido al desenvolvimiento de la vida del pueblo vasco en la sucesion de los siglos, y que se tiene la

edad de uno de esos viejos robles de las montañas, que han visto desfilar ante ellos tantas generaciones.

El señor Arana es un literato de elevadas ideas, de imaginacion fecunda, de estilo brillante y animado, de limpia, noble y correcta frase, tras de todo lo cual se vé en sus obras un espíritu generoso y desinteresado, que ama á su país con el amor inmenso de un gran corazon.

(Manuel Troyano.—*El Porvenir Vascongado.*)

Ochoa de Mármex es un bello cuadrito de amores de la edad media en la torre de Lamíndano. A este sigue la notable descripcion histórico-literaria de la hazaña de *Los hijos de Amándarro*. *Sancho Mitarra* es un poemita histórico que parece inspirado por la gracia legendaria de Walter Scott. *La leyenda de Lelo*, fundada en el cántico tradicional vizcaíno llamado *Canto de los Cántabros*, relativo á la guerra de los euskaros con los romanos, sirve á Arana para presentarnos una notable composicion en la que abundan pinturas tan salientes como la de la *sorguiña* de Mendibalz, el retrato del traidor Zara, el aquelarre, el campamento de Aréchaga, y sobre todo la gran

fiesta del plenilunio con los cánticos de los bardos, la tragedia de casa de Tota, el triunfo y la muerte de Lelo, el consejo de los ancianos, y el trágico fin de los criminales amantes. Rápidamente, pero con todo relieve, está recordada en la leyenda *El puente de Proudines*, la terrible tradicion histórica del alcalde de Bayona, á mediados del siglo XIV: breve, pero elocuentísima, y digna de ser reproducida en el lenguaje euskaro y difundida por el país, es la que describe el último dia de un gran caudillo euskaro, con el título de *La muerte de Lekobide*, y bosquejado está con sobriedad y acierto el episodio tradicional de Iñigo Ezquerra en *El Juicio de Dios*. Termina el poético volúmen de Arana con dos trabajos de gran intencion y oportunidad. Las leyendas están muy sentidas y reflejan el inmenso cariño que el autor rinde á las montañas en que naciera, y á que debe el gran caudal de su genuina y característica inspiracion,

(Ricardo Becerro de Bengoa.—*El Norte*. de Bilbao.)

¿Quién que de persona de buen gusto se precie no gozará saboreando aquella candorosa ternura que brota de los ojos de la

pobre Graciosa? ¿Quién que buenos sentimientos posea no aplaude el premio de la virtud y el castigo de la altanería y la maldad? ¿Quién que sienta palpitar el corazon no ensalza, no admira el heroismo de los que, sobrepujándose á sí mismos, acallan las voces de todos los amores, para solo consagrarse al de la pátria y morir por ella? ¿Y quién habrá que no una su aplauso al nutridísimo de la multitud que presencia la merecida coronacion del dichoso Ivan de Basábil? Esto por lo que respecta á los otros: en cuanto á mí, déjeme V. que me extasíe contemplando aquel cuadro de la fiesta del plenilunio. Quiére V. creer que produjo en mí tal fascinacion que me creí trasportado al campamento?

(Niceto de Lóizaga—*Laurak-bat* de Montevideo.—*Carta al autor.*)

El puente de Proudines es una preciosa historia de amor y de ódio, digna de ser cantada por un trovador ó *minnesinger* en los castillos señoriales de la Edad Media. Las leyendas de esta coleccion son dignas hermanas de *Brenda de Kolbein* y *La rosa de Ispaster,* que el Sr. D. Vicente de Arana incluyó en el tomo *Oro y Oropel*, y algu-

nas de las recien publicadas se adelantan á las anteriores por la sobriedad y vigor de la narracion y por el colorido local y de época.

(Francisco Miquel y Badía.—*Diario de Barcelona.*)

Ya algunos ilustres hijos del país vasco publicaron interesantes libros destinados á guardar en sus bellísimas páginas el precioso depósito de algunas de nuestras más poéticas leyendas y tradiciones orales. Hoy otro hijo no ménos ilustre de la Euskaria; un vizcaíno dotado de imaginacion poética y ardiente, de estilo fácil y elegante, de vasta ilustracion y sobre todo de nobles sentimientos; que siente latir su corazon á impulsos del amor santo hácia la nativa pátria, ha venido á reforzar las nobles filas de nuestros modernos poetas. El nombre de Arana figurará de hoy más entre aquellos que constituyen ya los más preciados timbres de la literatura euskara.

(Eduardo de Velasco.—*El Anunciador Vitoriano.*)

Conocido ya ventajosamente en la literatura pátria el Sr. D. Vicente de Arana por varias y notables producciones, singularmente por su libro *Oro y Oropel*, puede sin

embargo decirse que la obra que motiva estos renglones es el trabajo más perfecto y acabado de los que han salido de la pluma del distinguido escritor vizcaíno, con cuya sincera amistad nos honramos. Mas para que no se nos crea bajo nuestra palabra, excitamos á los lectores de este Boletin á que dirijan una ojeada sobre *Los últimos iberos*, en la seguridad de que al tener en sus manos tan preciosa obra, no la han de dejar hasta haber leido y releido la última de sus bellísimas descripciones; y aún despues nos han de manifestar su agradecimiento por el singular placer que les hemos proporcionado inclinándoles á esta lectura.

(Angel Allende Salazar.—*Boletin Histórico.*)

En algunas de estas leyendas el Sr. Arana ofrece á los lectores un cuadro animado y vivo del estado de su país durante la Edad Media. En otras les dá á conocer su *folk lore* y su vida de familia. La historia de los hijos de Amándarro es una de las mejores leyendas de la primera clase. Hay otros episodios históricos de gran interés que están admirablemente relatados, tales como por ejemplo *La leyenda de Lelo* y *El juicio de Dios*. El que lea este libro ad-

quirirá una idea más que superficial de las tradicciones históricas, leyendas populares, supersticiones vulgares y vida privada de una de las más interesantes, y sin disputa la más antígua de las razas europeas. El estilo de este autor es castizo y agradable, y su capacidad para las descripciones y pintura de caractéres y su habilidad para formar el plan de cada leyenda, manantial fecundo de dulce placer y de purísimo deleite para el lector.

(Clemente R. Markham.—*The Academy*, de Lóndres.)

Arana es un verdadero poeta, porque ha sabido interpretar admirablemente las obras más delicadas de Tennyson y Longfellow, y porque en sus trabajos originales, —leyendas, narraciones y cuentos,—refleja siempre la alta inspiracion de una poderosa fantasía y la ternura de los sentimientos más dulces y suaves. *Los últimos iberos*, el libro que acaba de dar á la estampa, es la primera série de una coleccion de leyendas, en las que se admiran esas cualidades, y que reunen, á los atractivos del bello estilo de su autor, el interés de los dramáticos episodios que le han dado motivo para escribirlas.

Esas leyendas son en su mayoría historias de amor; varias, como *Los hijos de Amándarro*, que recuerdan algun soberbio episodio de los anales de Vizcaya; *La leyenda de Lelo* nos parece la más interesante por la complicacion y accidentes de su trama; y *Ochoa de Mármex* la más agradable y sentida, por la profunda leccion moral que encierra. El lenguaje es en todas correcto, elegante, tierno, expresivo y pintoresco.

(Francisco de Asis Pacheco.—*El Liberal.*)

Hay en esta obra algo de la lozanía de la antigua Euskaria. La descripcion de la asamblea so el árbol de Guernica, que es el asunto del primer capítulo, tiene algo de elegía; el cuadro de los caudillos eligiendo por jefe al más diestro en lanzar la barra, que forma parte de *Los hijos de Amándarro*, es bellísimo por su vida y su color; *La leyenda de Lelo* parece un relato de las antiguas crónicas; y al lado de estos cuadros de desolacion y de guerra, se ven episodios tiernísimos como *Zazpiki ó el enfermo de amor*, que parecen el asunto de una balada alemana.

(*El Dia.*)

La frescura de la inspiracion, y el interés que excita todo lo que puede contribuir á darnos á conocer mejor las costumbres de la vieja tierra euskara, donde las tradiciones se remontan á los tiempos más remotos, bastarán para asegurar al libro del señor de Arana un éxito merecido.

(*Revue des Deux Mondes*, de París.)

Los *últimos iberos* es un hermoso álbum histórico literario que los aficionados á la bella literatura leen con afan. En *La leyenda de Lelo* recuérdanse las titánicas guerras de un pueblo montañés aguerrido contra las legiones romanas; en *El puente de Proudines*, las infamias de los señores y potentados contra el pueblo sencillo; en *Aitor* y en *El Juicio de Dios*, los recuerdos más antiguos de la raza euskara, y en las demás leyendas amorosas se vé bien claro el genio pictórico y ardiente del jóven escritor vizcaíno. En esta obra ha asentado el señor Arana su reputacion de escritor fácil, inspirado y elegante.

(Ricardo Becerro de Bengoa.—*El Porvenir*.)

El autor de *Oro y Oropel* es ya ventajosamente conocido en la república de las letras; así es que debiera ser bastante leer

en la cubierta de un libro el nombre de don Vicente de Arana para abrirle con interés, no para juzgarle, sino para apreciar las bellezas que en sus páginas encierra.

El nuevo libro del Sr. Arana es una coleccion de preciosas leyendas, que cada una de ellas, por la belleza de su estilo, por las descripciones, llenas de verdad, de las poéticas montañas de Euskaria, las costumbres patriarcales de aquel país, su historia, sus aspiraciones y sus sueños, es una obra digna de llamar la atencion y que encierra materia suficiente de estudio.

El libro del Sr. Arana *Los últimos iberos* no hay duda que supera á *Oro y Oropel*; es una coleccion de lindísimas leyendas que seguramente han de ser traducidas á otros idiomas. Hace pocos dias han sido premiadas por la Academia francesa otras que no reunen tanto mérito, y cuya muestra hemos publicado.

(E. S.—*La Iberia.*)

Esta obra es muy importante en el concepto literario y patriótico, y aun pudiera añadirse en el histórico, porque, aun prescindiendo de lo más ó ménos histórico del fondo de las leyendas de que se compone, su introduccion y sus notas aclaratorias le

dan derecho á ser afiliado entre los libros que tratan de historia. La primera leyenda del libro es una joya por su concision, por su delicadeza, por su sentimiento, y por su limpieza de estilo. *A orillas del Urumea* es deliciosísima por lo sentida, sencilla y bien escrita.

(Antonio de Trueba.—*El Noticiero Bilbaino.*)

El autor de *Oro y Oropel* ha alcanzado un nuevo triunfo tan legítimo y tan envidiable como el que le proporcionó aquel bellísimo libro. Bajo cualquier aspecto que se considere su nueva obra, merece los más calurosos plácemes de la crítica séria é imparcial, y es por todos conceptos digna del renombre que el autor tiene alcanzado en el noble palenque de las letras. Su lectura nos ha proporcionado gratísimo solaz, nos ha hecho pasar horas deliciosas, ha despertado en nuestro corazon emociones dulces y profundas, y nuestro único deseo es que todos nuestros abonados lean este hermoso libro, y leyéndolo sientan, gocen y se deleiten como nosotros.

(Vasco.—*Irurac-bat.*)

A la belleza del asunto unen estas leyendas el primor de la forma.

(*Hispano Americano*, de París.)

Leyendo el libro del Sr. Arana, se sienten las luchas de su espíritu: á la vez que ama el pasado, cuyas grandezas acrecientan la fantasía del poeta y el trascurso de las edades, es hijo de su siglo, cuyos progresos aplaude y cuyos empeños admira. El libro es una coleccion de leyendas en prosa, mucho más poéticas que otras composiciones líricas que vemos á cada instante, y que fuera del ritmo nada tienen de poéticas. No hay más que ojear cualquiera de estas leyenditas, para convencerse de que el autor de *Los últimos iberos*, con ser buen prosista, más que prosista es poeta.

Todas las leyendas se parecen en lo que el autor refleja su personalidad, y en él es eminentemente personal el sentimiento de la pátria, la delicadeza de sentimientos, la ternura de afectos, el amor á la independencia y la libertad, el triunfo de la virtud y del bien en todos los conflictos dramáticos, la dulce sencillez en la expresion, el lirismo, la constante contemplacion de la naturaleza. Así es que algunas de sus leyendas

resultan idilios tan tiernos como los de Garcilaso, ó baladas como las de Tennyson y los más espirituales poetas alemanes. Contemplando la naturaleza se le esponja el corazon; presenciando los goces del hogar ó los hermosos amores de la virtud, se extasía; cantando su pátria, sus guerreros y sus hazañas, su libertad y su independencia, se inflama. En la composicion más importante de este tomo, la de más dichosa inspiracion y más entonada, *La leyenda de Lelo*, hay nobleza de sentimientos, hermosas y robustas descripciones, entonacion prosódica, naturalidad en la narracion, brio en ciertos efectos, y algo de byrónico en algunos pasajes. Las enérgicas canciones de los bardos en la fiesta del plenilunio están muy bien sentidas. El concepto de la mujer, que el Sr. Arana hace brotar de los labios de la bruja, tiene gracia é intencion. En las escenas trágicas con que termina la leyenda, hay grandeza y vigor.

Los últimos iberos es, bajo todos conceptos, un libro estimable, sembrado de pensamientos delicados, y en el que los personajes aparecen vivificados al calor de sentimientos nobles y purísimos. Pocas obras hemos leido que despierten más generosos sentimientos ni envuelvan el cora-

zon en los suaves perfumes de la virtud como las *Leyendas de Euskaria*.

(Julián Settier.—*Revista de España*.)

Este libro es verdaderamente poético. Arana es poeta, más todavía cuando escribe en prosa que en verso, porque es indudable, sobre todo para las personas de una cultura superior, que en prosa el que es verdadero poeta expresa con mayor naturalidad y belleza todas las gradaciones más delicadas de su sentimiento. El que resplandece en la produccion de Arana, es el de su país. Todo lo Euskaro llena su corazon, pero aunque sus descripciones revisten ese carácter local, un interés general, un sentimiento más humano no deja por esto de ser como la moral preferente y el fin último de esta obra.

(La Ilustracion Militar.)

Revistiendo de una forma con frecuencia muy artística, y siempre literaria, los datos de la tradicion popular, el Sr. de Arana, cuyo talento recuerda amenudo, en la pintura de los tiempos antíguos de los euskaldunas, á Ossian ó mejor dicho á Macpherson, parece haber tomado por modelo las narraciones del cuentero querido allende

los montes. Antonio de Trueba. Sin embargo, en sus creaciones el bascofilismo se exhala en notas incomparablemente más vibrantes que en las de su maestro y amigo.

(Albert Sabine.—*Polibiblion*, de París.)

En sus páginas rebosa candor y frescura de imaginacion, unida á un estilo ancho, fácil y naturalismo, con algo de la dorada languidez *tomisoniana*. Además sevé en ellas— don más fecundo todavía— cierto sentido de lo épico y de lo majestuoso, cierta grandiosa armonía de las proporciones, que dá altura á las leyendas, asemejándolas á las elevadas montañas de Vasconia. No puedo apartar de la mente la idea de un poema heróico cuando leo ciertos pasajes de *Los últimos iberos*.

En mi concepto, las más hermosas y acabadas de todas las narraciones son *La leyenda de Lelo*, donde hay cuadros trazados con inspiracion innegable, y *Sancho Mitarra*, preciosa alegoría del sentimiento patriótico, tan robusto y firme en los montañeses. Agrádanme tambien por todo extremo algunos episodios de las demás. El juego de barra de *Los hijos de Amándarro* me recuerda la *Iliada;* los alegres herreros de

Ochandiano, ciertos bellos relatos alemanes sobre aprendizaje y fraternidad obrera; el torneo poético en que triunfa el bardo de Uribe, tiene asimismo color germánico; el viejo Lekobide, de ciento treinta inviernos, muriendo cara al sol en brazos de su hermosa biznieta, está reclamando un escultor para su imponente figura; la *maitagarri* y el *basojaun* son dos séres fantásticos que sólo caben en la poesía soñadora y panteística del Norte... Y así andan sembradas por el libro multitud de escenas, de tipos, de mitos y de hechos tradicionales que le comunican sabor propiamente euskaro y primitivo.

(Emilia Pardo Bazan.—*El Imparcial.*)

La leyenda melancólica y sublime que se desenvuelve en el amor y en la esperanza; ese soplo vivificador del espíritu que se llama sentimiento; ese ropaje literario cuyas galas puede sólo otorgar el verdadero estilista; tal es el libro que nos ocupa, y con el cual confirma el Sr. Arana el justo renombre de insigne escritor.

(Antonio Hidalgo de Mobellan.–*Los Dos Mundos.*)

La imaginacion de Arana, semejante á un rayo de luz, ha ejercido la mágia de sus

evocaciones en todos los ámbitos de la vida euskara; ha teñido las escenas del presente con los suaves colores de una fantasía tierna y vagarosa, y al llegar á las brumas del pasado, filtrándose por entre la multitud de multiformes vapores, ha sabido destacar en aquellos limbos, vivientes apariciones.

(Arturo Campion.—*Revista Euskara.*)

Este precioso volúmen, elegantemente impreso en Madrid en el acreditado establecimiento del Sr. Fortanet, consta de 452 páginas en 4.°, de copiosísima lectura, cuyo índice es el siguiente: *Prólogo. Los últimos iberos. Ochoa de Marmex. Los hijos de Amándarro. Zazpiki ó el enfermo de amor. El basojaun y la maitagarri. A orillas del Urumea. El bardo de Uribe. El amor de los viejos. La batalla de Illundona. Sancho Mitarra. La leyenda de Lelo. El puente de Proudines. La muerte de Lekobide. El juicio de Dios. Aitor. Iberia ó la ninfa del Zadorra. Apéndice. Juicios críticos de ORO Y OROPEL.*

A pesar del poco tiempo trascurrido des de la publicacion de este tomo, han sido ya traducidas á varios idiomas algunas de las leyendas que contiene.

El precio del libro es SEIS pesetas, y los

pedidos se dirigirán á D. Andrés de Arana, calle de Henao, A (Ensanche) Bilbao, ó á Don Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, número 2, Madrid, remitiendo el importe en sellos de correos ó en letra de fácil cobro.

Indice.

Páginas.

ADVERTENCIA.

Leyendas del norte.

Preludio. 1
Dedicatoria. 3
Exposicion. 7
Invocacion. 11
Harald el de los cabellos de oro. . 15
El Conde Ingolfo. 27
Rolf el Andarin. 37
Los dos reyes. 57
Egil el escalda. 61
El primer rey cristiano. 67
La traicion. 83
La batalla de Stad. 95

Páginas.

La batalla de Loncarty. 99
La cautiva. 105
Quien mal anda mal acaba (Hakon el Malo). 123
El rey Olaf Triggweson. 129
La Sombra de Odin. 159
Sigrida la orgullosa. 163
Barba de hierro. 169
La princesa Thyri. 175
La batalla de Svolde. 185
El rey Olaf el Santo. 201

Poesías sueltas.

Florestan y Graciosa.—Idilio. . . 255
A la Maitagarri. 267
A Sacher Masoch. 271
Paisaje. 275
La vida que me agrada.—Anacreóntica. 283
En la Alhambra. 285
Fátima la Zoraya. 287
Lo de muchas. 291
A Leda.—Anacreóntica. 293
La tierra mejor. 295
In Memorian M. V. S. 301
Dulces momentos. 305
Ayer y hoy. 309
Estaciones para amar. 313

INSTITUCION SANCHO EL SABIO - Caja de Ahorros de Vitoria - OBRA SOCIAL

Páginas.

Al Sr. D. N. L.—Epístola. . . . 315
El dia dos de Noviembre. . . . 321
El despertar de un ángel. . . . 325
El canto del desterrado. . . . 329
Un fiel amigo. 335
Las espinas. 341
Boton de rosa.—Soneto. 343
Elena de Kirconnel. 345
Lirios del Rhin. 347
Morfeo. 349
A Elisa.—Anacreóntica. 353
El roble de Guernica. 357
Mi corazon. 359
La cancion de la sirena. 361
Ella y yo. 365
En carnaval.—Dolora. 367
A Angel Allende Salazar.–Soneto. 369
Brindis. 371
A la puerta del castillo.—Leyenda. 373
Romance. 375
Amor ignorado. 381
La cancion. 383
El Preboste de Lequeitio.—Leyenda. 385
A José Manterola. 391
Mis deseos. 393
Sablazo amoroso.—Soneto . . . 395
A Estefanía. 397

	Páginas.
A ella.—Soneto	399
A Licina.	401
Amor.	403
Risa y lágrimas.	407
A Trinidad.	409
A Felicitas.	411
El pescador de caña.—Fábula . .	413
El ruiseñor y el pavo.—Fábula. .	415
El besugo en la parrilla.—Fábula.	417
Ir por lana y salir trasquilado. .	419
Epitafios.	421
A Jesusa.	429
El harpa de Aitor.	431
LOSULTIMOS IBEROS-Juicios críticos.	435